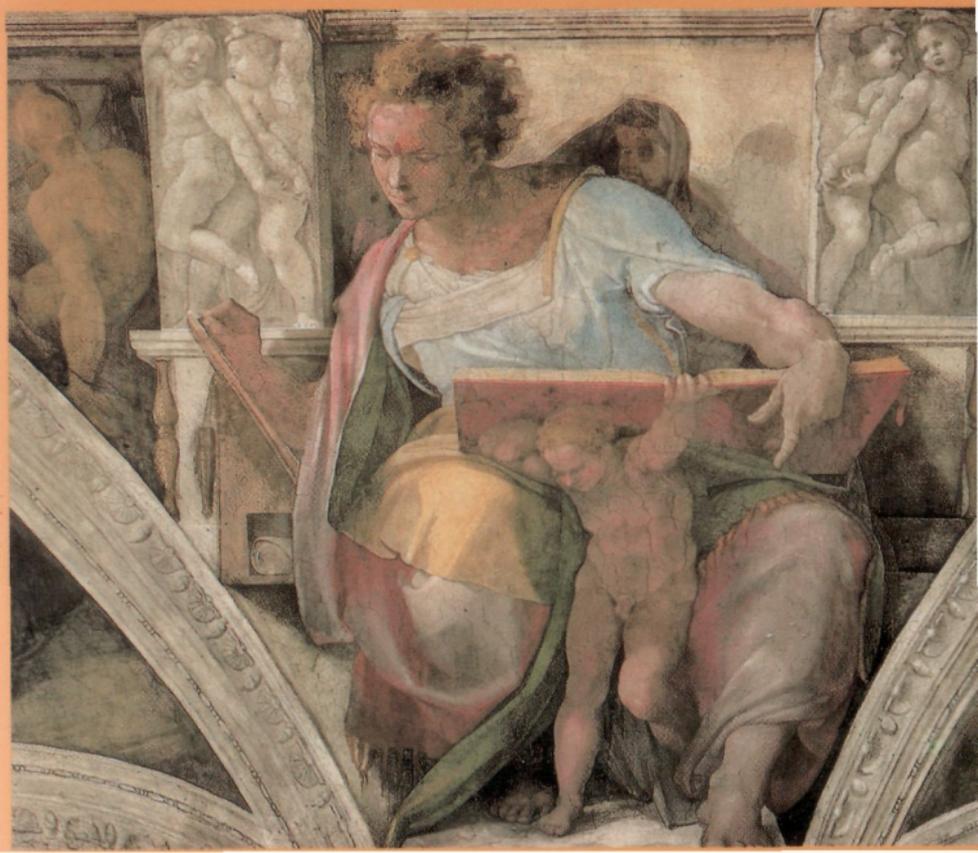


Guía espiritual del Antiguo Testamento

El primer libro de Samuel



GUÍA ESPIRITUAL
DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Dirigida por GIANFRANCO RAVASI

JOSÉ LUIS SICRE

PRIMER LIBRO DE SAMUEL

Por JOSÉ LUIS SICRE

PRIMER LIBRO
DE SAMUEL

EDITORIAL HERDER
BARCELONA

CIUDAD NUEVA
MADRID

EDITORIAL HERDER
BARCELONA

CIUDAD NUEVA
MADRID

Diseño de la colección: RIPOLL ARIAS

© 1997, Città Nuova Editrice, Roma

© 1997, Empresa Editorial Herder, S.A., Barcelona

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los propietarios del Copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: LIBERDÚPLEX, S.L.
Depósito legal: B - 10.983-1997
Printed in Spain

ISBN: 84-254-1999-9 Herder Código catálogo: RGB0009
Provença, 388. Tel. (93) 457 77 00 - Fax (93) 207 34 48 - 08025 Barcelona

ÍNDICE

| | |
|-------------------------------------------------|----|
| <i>Prefacio</i> | 9 |
| <i>Introducción</i> | 11 |
| Título del libro..... | 11 |
| Contenido..... | 12 |
| Autor..... | 18 |
| Valor histórico del primer libro de Samuel..... | 22 |
| Historia y política..... | 25 |
| Mensaje teológico..... | 34 |
| <i>Bibliografía</i> | 37 |

TEXTO Y COMENTARIO

| | |
|------------------------------------------------------------------------|----|
| EL AGOTAMIENTO DEL MUNDO ANTIGUO (1Samuel 1-7)..... | 43 |
| <i>Infancia de Samuel: Lo antiguo y lo nuevo</i> (1Samuel 1-3)..... | 44 |
| El niño pedido al Señor (1Samuel 1,1-20)..... | 45 |
| El niño cedido al Señor (1Samuel 1,21-2,10)..... | 55 |
| Dios se revela a Samuel (1Samuel 3)..... | 62 |
| LA APARICIÓN DEL MUNDO NUEVO: SAÚL, ELEGIDO REY (1Samuel 8-12)..... | 69 |
| <i>El pueblo pide un rey</i> (1Samuel 8)..... | 70 |
| <i>Unción privada de Saúl</i> (1Samuel 9,1-10,16)..... | 78 |
| Presentación del protagonista (1-2)..... | 82 |
| La búsqueda de las asnas (3-13)..... | 83 |
| La revelación previa a Samuel (14-16)..... | 84 |
| El encuentro con el profeta (17-21)..... | 85 |
| El banquete (22-24)..... | 86 |
| La noche (25)..... | 87 |
| La unción (9, 26-10,1)..... | 87 |
| Las señales (10,2-7)..... | 88 |

| | |
|-----------------------------------------------------------------------|-----|
| Una orden capital (10,8) | 91 |
| El cumplimiento de las señales (9-13)..... | 91 |
| Saúl vuelve a casa (10,13-16) | 92 |
| <i>Despedida de Samuel</i> (1Samuel 12)..... | 92 |
| | |
| SAÚL RECHAZADO (1Samuel 13-15) | 99 |
| | |
| <i>Condena definitiva de Saúl</i> (1Samuel 15) | 99 |
| | |
| DAVID, SUSTITUTO DE SAÚL (1Samuel 16-31) | 109 |
| | |
| <i>David, ungido rey</i> (1Samuel 16,1-13) | 110 |
| Diálogo entre el Señor y Samuel (1-3) | 112 |
| Samuel y los ancianos de Belén (4-5a) | 115 |
| Samuel y la familia de Jesé (5b-13a) | 115 |
| Samuel vuelve a Ramá (13b)..... | 118 |
| <i>Primer encuentro de David con Saúl</i> (1Samuel 16,14-17,58) .. | 120 |
| El encuentro en el campo de batalla (1Samuel 17) | 121 |
| <i>Paseo por el amor y la muerte</i> (1Samuel 18,10-19,17) | 135 |
| Primer intento de asesinato (1Samuel 18,10-16) | 135 |
| Intento de que los filisteos maten a David (1Samuel 18,17-29)..... | 137 |
| Los dos hermanos salvan a David (1Samuel 19,1-17) | 141 |
| <i>David, jefe de banda</i> (1Samuel 22-26)..... | 144 |
| Matanza de los sacerdotes de Nob (1Samuel 22,6-23) | 145 |
| David perdona la vida a Saúl (1Samuel 24) | 150 |
| David, Nabal y Abigail (1Samuel 25)..... | 156 |
| <i>Dos vidas separadas y antitéticas</i> (1Samuel 27-31) | 173 |
| David se pasa a los filisteos (1Samuel 27,1-28,2) | 174 |
| Saúl y la nigromante (1Samuel 28, 3-25) | 176 |
| David, excluido de la batalla (1Samuel 29)..... | 182 |
| Muerte de Saúl (1Samuel 31)..... | 184 |

PREFACIO

Una «Guía espiritual a la lectura del primer libro de Samuel» puede resultar algo tan extraño como una «lectura espiritual» de *El País*, el *ABC* o *La Vanguardia*. ¿Qué lectura «espiritual» puede hacerse de la inestabilidad política, la corrupción, la amenaza de la droga o el problema del paro? ¿Es posible descubrir a Dios en medio de tanta mentira y desilusión? Este breve comentario al primer libro de Samuel pretende demostrar que, en esas situaciones críticas, Dios siempre está presente, y que la fe nos ayuda a descubrirlo. Los problemas del antiguo Israel, sus angustias e incertidumbres ante cambios políticos trascendentales, los intentos fallidos, contienen un mensaje vivo para todos nosotros, que alienta nuestra fe y nuestra esperanza.

El comentarista del primer libro de Samuel debe tener en cuenta tres rasgos esenciales de la obra: su carácter profético, su intención política, y su enorme valor literario.

A primera vista, lo profético viene dado por la figura de Samuel. Pero se encuentra también en toda una manera de ver a Dios en la historia. Ver a Dios en la historia no significa adoptar una postura espiritualista, que sólo lo descubre en las personas santas y en los ejemplos de virtud. Dios está en medio de las ambiciones políticas, las luchas de intereses, las decisiones equivocadas, el amor y el odio,

la alegría y el miedo, la vida y la muerte. No como un Dios impasible ante los acontecimientos, al que todo le da lo mismo. Será un Dios que juzgue y condene. Un Dios cercano al que actúa según su corazón, pero que responde con un silencio ominoso al que desobedece sus órdenes. Sin embargo, incluso en sus momentos de mayor silencio y rechazo, Dios sigue presente.

En segundo lugar, el libro tiene una fuerte carga política, como se observa en la manera de enjuiciar la monarquía y, sobre todo, en su defensa a ultranza de David frente a Saúl. Por eso, para entender el primer libro de Samuel es esencial no limitarse a unos cuantos pasajes edificantes, y valorar mucho las intenciones políticas que mueven al autor. Cuando se tiene en cuenta este juego de intereses tan humanos es cuando se capta a fondo el mensaje de la obra y resulta de enorme valor para el cristiano de hoy.

En tercer lugar, el libro es una espléndida obra literaria, perfectamente trabada, con temas que aparecen y reaparecen, igual que los *leit-motiv* de una ópera wagneriana. Una lectura que sólo busque verdades teológicas olvida que el autor no sólo intentó transmitirnos verdades inspiradas, sino hacerlo de forma agradable y artística. Por eso concederé también importancia a estos aspectos literarios, sin caer en la trampa de análisis modernos que alejan el texto del lector, en vez de acercarlo.

En síntesis, visión profética, problemas políticos y creación literaria nos pondrán en contacto con algo mucho más profundo: el mensaje sobre la cercanía de Dios en medio de las circunstancias humanas más adversas.

INTRODUCCIÓN

Título del libro

Originariamente, lo que ahora conocemos como los dos libros de Samuel formaban un solo libro en hebreo, como lo indican el Talmud, Orígenes y san Jerónimo. El hebreo, al escribirse sin vocales, permitía incluir mucho texto en pocas páginas. Al traducirse el libro al griego, que usa vocales, resultó bastante más extenso, y se dividió en dos «rollos». El primero que aplicó esta división al texto hebreo fue Daniel Bomberg en su edición de la Biblia Hebrea (Venecia 1516-1517). A partir de entonces se hizo habitual.

Por otra parte, los traductores griegos dieron a estos libros los títulos de 1 y 2 «de los Reinos», que también se impusieron en las traducciones griegas y latinas (aunque san Jerónimo prefería el de «Reyes»). Con esto, los que para nosotros son 1 y 2 Reyes se convierten en 3 y 4 de los Reinos o de los Reyes. Nuestro uso actual es una mezcla de la tradición hebrea y de la greco-latina. Seguimos hablando de Samuel, pero dividiéndolo en dos libros.

El título del libro (o libros) de Samuel sólo puede explicarse por lo que dice el Talmud: «Samuel escribió su libro y también Jueces y Rut». Pero carece de fundamento atribuir a Samuel la autoría del libro, porque su muerte tiene lugar

mucho antes de que ocurran los principales hechos narrados. Y tampoco es el protagonista principal, ya que este puesto corresponde a David. El título tradicional sólo se justifica parcialmente por el hecho de que la obra comienza hablando de Samuel y porque éste desempeña un importante papel en la elección de los dos primeros reyes, Saúl y David.

Contenido

El primer libro de Samuel, que empalma directamente con la época de los jueces, nos pone en contacto con un acontecimiento político de especial relevancia –la aparición de la monarquía– y con algunos de los personajes más famosos de la historia de Israel: Samuel, Saúl, David. El abundante material de estos capítulos podemos dividirlo en cuatro partes principales:

1. El agotamiento del mundo antiguo de los jueces (cap. 1-7).
2. La aparición del mundo nuevo: Saúl, elegido rey (cap. 8-12).
3. Saúl, rechazado (cap. 13-15).
4. David, sustituto de Saúl (cap. 16-31).

Veamos con más detalle el contenido de cada una de estas partes.

EL AGOTAMIENTO DEL MUNDO ANTIGUO DE LOS JUECES (1SAM 1-7)

Esta primera parte del libro podemos subdividirla en tres secciones. La primera (cap. 1-3) comienza hablándonos de una mujer, Ana, y de su deseo de tener hijos, que culminará en el nacimiento de Samuel. Pero sirve para

ponernos en contacto con el sumo sacerdote Elí, que también cumplía las funciones de juez de Israel. No es un juez como los anteriores, pleno de vigor y decisión para salvar a su pueblo en los momentos de peligro. Es un pobre anciano, ciego, incapaz de distinguir entre la oración y la borrachera, débil con sus hijos, cuya mala conducta significa un atentado contra Dios y los hombres. Elí, sacerdote y juez, tampoco escucha directamente a Dios, como Débora o Gedeón; su palabra le llega a través de un profeta anónimo o de un niño, Samuel. Estamos en la época de los jueces, pero el deterioro ha llegado a límites insospechados.

La segunda sección confirma este desgaste y corrupción de lo antiguo al exponer las vicisitudes del arca (cap. 4-6). El ataque de los filisteos provoca una primera derrota de los israelitas en Afec; sin embargo, llenos de entusiasmo, creen que el arca resolverá sus problemas y van con ella a una nueva batalla. No sirve de nada. El arca cae presa de los filisteos y mueren los dos hijos de Elí, JofnÍ y Fineés. Al enterarse de la noticia, también mueren Elí y su nuera en el momento de dar a luz. La vida continúa en el niño que nace, pero recibe un nombre que simboliza toda la tragedia del momento: Icabod, «Sin gloria». Sin embargo, el hecho de que los filisteos se hayan apoderado del arca no significa que el Dios de Israel sea débil. Lo demostrará claramente en Asdod, Gat y Ecrón, forzando a los filisteos a devolverla. Incluso entre los israelitas que la reciben, el arca mostrará su terrible poder castigando a quienes la desprecian. Este objeto de culto no está al servicio de Israel de forma incondicional. Dios mantiene su libertad. Por otra parte, desaparece el santuario de Siló; el arca no vuelve allí.

La tercera sección nos habla de Samuel en su edad adulta, cumpliendo la función de juez (7,2-6), salvando militarmente a Israel (7,7-14) y actuando como sacerdote (17b).

De esta forma, el último juez, cuyo principal interés es que el pueblo se convierta a Dios, es al mismo tiempo el salvador de Israel.

LA APARICIÓN DEL MUNDO NUEVO: SAÚL, ELEGIDO REY (1SAM 8-12)

Samuel ha llegado a viejo. Nombra a dos hijos suyos para que realicen la función de juez, pero se repite la historia de Elí con distintos personajes. Esos dos hijos se comportan inadecuadamente y el pueblo se rebela contra ellos exigiendo a Samuel que les nombre un rey como en los demás pueblos. El profeta se resiste en un primer momento, viendo esa petición como un atentado contra la realeza de Dios y una locura política. Pero el pueblo insiste en sus deseos y Dios ordena a Samuel que le haga caso. Tiene lugar entonces la unción privada de Saúl (9,1-10,16), a la que seguirá la elección pública (10,17-27). El nuevo rey demuestra pronto sus cualidades militares liberando a Yabés de Galaad de un ataque amonita (cap. 11). Y Samuel puede dar por terminada su misión con un discurso de despedida no carente de tono polémico: el pueblo tiene el rey que ha pedido; pero hay algo más importante que eso, permanecer fieles al Señor y servirlo de todo corazón (cap. 12).

La principal dificultad de estos capítulos radica en que parecen contener dos puntos de vista muy distintos (uno optimista, otro pesimista) a propósito de la monarquía. En 1Sam 8, Saúl la considera un atentado contra la realeza de Yahvé y un grave perjuicio para el pueblo, que padecerá la explotación económica y social de los monarcas. Sin embargo, la tradición sobre la unción de Saúl (9,1-10,16) deja al futuro rey en muy buena luz, y la instauración de la monarquía parece algo con lo que Dios está plenamente de

acuerdo. La visión negativa y la positiva aparecen unidas en 10,17-27, cuando se elige públicamente a Saúl; Samuel indica al principio que la petición de un rey significa rechazar a Dios (v. 18), pero la elección se hace con la ayuda del Señor, y al final se dice expresamente que a Saúl lo siguieron «los mejores, a quienes Dios tocó el corazón», mientras sólo se le oponen los malvados (v. 26s). El relato siguiente, la victoria sobre los amonitas (cap.11), deja en muy buena luz a Saúl (v. 12s) y significa la inauguración de la monarquía. La despedida de Samuel (cap.12) vuelve a la ambigüedad: el rey ha sido pedido y elegido por el pueblo, Dios lo ha dado (v. 13). Pero pedir un rey ha sido una gran maldad, como dice Samuel (v. 17) y reconoce el pueblo (v. 19). Sin embargo, la consecuencia que se saca no es abandonar la monarquía, sino seguir con ella sirviendo fielmente al Señor (v. 20-25).

SAÚL, RECHAZADO (1SAM 13-15)

Esta parte comienza con un tono optimista. El nuevo rey se dedica a reorganizar el ejército, y pronto lo vemos luchando contra los filisteos, junto con su hijo Jonatán. Pero el horizonte se cubre inmediatamente de nubes. Saúl desobedece la orden de Samuel de esperarlo siete días y es condenado por el profeta en nombre de Dios: «Si hubieras cumplido la orden del Señor, tu Dios, él consolidaría tu reino sobre Israel para siempre. En cambio, ahora tu reino no durará. El Señor se ha buscado un hombre a su gusto y lo ha nombrado jefe de su pueblo, porque tú no has sabido cumplir la orden del Señor» (13,13-14). Este texto es la clave de interpretación de todo lo que sigue. En adelante, Saúl será un hombre rechazado por Dios. Cuando continuamos leyendo la batalla contra los filisteos (interrumpida por la intervención de Samuel), advertimos que Saúl no

es el protagonista principal, sino su hijo, Jonatán, que aparece como valiente, inteligente, gozando del favor del pueblo; Saúl, en cambio, da órdenes absurdas a la tropa, se enfrenta a la oposición de los soldados. Al terminar la lectura del capítulo 14, un lector imparcial está convencido de que ese nuevo jefe de Israel «según el corazón de Dios» es Jonatán.

Pero este interrogante no se desvela de inmediato. El capítulo siguiente habla de un nuevo pecado de desobediencia de Saúl. En él se cuenta la campaña ordenada por Dios contra los amalecitas; aunque Saúl la lleva a cabo, no cumple exactamente lo que el Señor le ha mandado, y este pecado de desobediencia provocará el rechazo irrevocable del Señor: «El Señor te arranca hoy el reino y se lo entrega a otro más digno que tú» (15,28). ¿Quién será ese otro más digno? ¿Jonatán? El lector no se siente ya tan seguro, porque de Jonatán no se ha dicho nada en el capítulo 15. Pero el autor no nos deja mucho tiempo en suspenso.

DAVID, SUSTITUTO DE SAÚL (1SAM 16-31)

Hasta el final del libro, todos los capítulos están dominados por el tema de las relaciones entre David y Saúl. Después de presentarnos al nuevo personaje, ungido por Samuel cuando era todavía muy joven (16,1-13), el autor cuenta cómo llegó a entrar en contacto con el rey. Sobre este tema disponía de dos tradiciones muy distintas: una lo presentaba como músico que llega a la corte para calmar a Saúl cuando le viene el ataque del mal espíritu; otra contaba que Saúl conoció a David cuando éste venció al filisteo Goliat. Es posible que una tercera tradición lo presentase como uno de esos muchachos valientes seleccionados por Saúl para formar parte de su ejército, al que convierte en su escudero. El autor no quiso prescindir de ninguna de estas tradiciones, aunque resultase difícil compagnarlas.

Pero este David que entusiasma inicialmente al rey terminará convirtiéndose en su mayor enemigo. Todo comienza por la envidia que le provoca el canto de las mujeres israelitas. Luego será el pánico sagrado que experimenta al advertir que David triunfa en todas sus empresas, y que incluso sus hijos, Jonatán y Mical, se entusiasman con el muchacho. Saúl recurrirá entonces a todos los medios posibles para eliminar a David: arrojarle la lanza en tres ocasiones; prometerle la mano de su hija con la condición de que luche contra los filisteos; mandar apresarlo en su casa. Sus intentos siempre fracasan, aumentando su miedo y su rencor. Pero David también se siente inseguro, y comienza una vida errante. Primero a solas, luego se le añade un grupo de cuatrocientos hombres, que terminan convirtiéndose en seiscientos. En esa etapa de jefe de banda, David tendrá ocasión de perdonar la vida a Saúl en dos momentos, porque es el ungido del Señor (cap. 24 y 26); pero también aprenderá a perdonar a personajes menos importantes, como Nabal (cap. 25). La inseguridad impulsa a David a buscar refugio entre los filisteos, poniéndose al servicio del rey Aquís de Gat. Esto no significa que traicione a su pueblo; al contrario, traiciona a Aquís, engañándolo a propósito de las campañas que realiza. Pero esta política de doble juego parece insostenible cuando se acerca el momento culminante: la batalla decisiva de los filisteos contra Saúl y los israelitas. David marcha a la guerra con Aquís, en contra de su pueblo; pero la desconfianza de los otros príncipes filisteos lo libra de tener que luchar contra Saúl. En un perfecto montaje en paralelo de las escenas, el autor nos muestra cómo David vuelve al sur mientras los filisteos marchan al norte para enfrentarse a Saúl en la llanura de Yezrael. Allí muere el primer rey de Israel y termina el libro que debemos comentar.

El conocedor de la historia bíblica se siente desconcertado ante este final un tanto abrupto. Sabe que falta algo

importantísimo: la reacción de David ante la noticia de la muerte de Saúl y Jonatán (por los que entonará una bella elegía) y los conflictos posteriores entre David y la familia de Saúl hasta que se convierte en rey de Judá y de Israel. Pero quien llevó a cabo la división del libro de Samuel en dos partes (1 y 2Sam), consideró más adecuado terminar la primera con la noticia de la muerte del rey.

Autor

Al hablar del título hemos excluido que el profeta Samuel fuese su autor: tendría que haber contado muchas cosas ocurridas después de su muerte. El mismo Talmud, que atribuye la autoría al profeta, dice que el libro fue completado por Gad y Natán. Entonces, ¿quién escribió los libros de Samuel? La pregunta se planteó hace muchos siglos, y el primero en darle respuesta fue el autor de 1Cro 29, 29-30: «Las gestas de David, de la primera a la última, están escritas en los libros de Samuel, el vidente, en la historia del profeta Natán y en la historia del vidente Gad, con todo lo referente a su reinado y lo que le sucedió a él, a Israel y a todos los reinos vecinos». Tres obras independientes, las tres de origen profético, estarían en la base del relato actual. Pero esto no resuelve todos los problemas, porque el primer libro de Samuel contiene numerosos datos anteriores a las gestas de David.

Podemos decir que fue Abrabanel quien abrió paso a la ciencia bíblica moderna con la siguiente teoría: el libro no fue escrito en tiempos muy antiguos, sino varios siglos después, como lo demuestra una serie de pasajes (1Sam 5,5; 6,18; 9,9; 7,2; 27,6; 2Sam 6,8). Abrabanel coincide con los sabios del Talmud en que Samuel escribió lo ocurrido en su tiempo, igual que hicieron Natán y Gad. Pero quien unió

todos estos relatos y organizó el libro fue el profeta Jeremías. Estamos ya a finales del siglo VII o comienzos del VI, muy lejos de los acontecimientos que se narran. Abrabanel incluso admite que la indicación de 9,9 pudo añadirla Esdras (siglo V).

La ciencia bíblica moderna está de acuerdo en admitir un largo proceso de formación del libro. Pero los autores no coinciden a la hora de explicarlo. Me limito a exponer las principales teorías.

Teoría de las fuentes. 1Sam habría sido compuesto de forma parecida a los libros del Pentateuco, utilizando las famosas fuentes Yahvista y Elohista, ya que dichas fuentes no terminaban con la marcha por el desierto, sino que seguían hablando de la época de Josué, Jueces, Samuel y los orígenes de la monarquía. Esta duplicidad de fuentes permite explicar la existencia de duplicados en nuestro libro: una visión positiva y otra negativa de los orígenes de la monarquía; dos rechazos de Saúl; diversas tradiciones sobre cómo se pone David en contacto con Saúl; David perdona la vida a Saúl dos veces, etc. El autor final se encontró ante relatos paralelos sobre los mismos acontecimientos, pero no quiso eliminar ninguno de ellos, sino conservar todos los datos. Expresado en imágenes: existían dos o más ríos paralelos (las «fuentes» o documentos Yahvista, Elohista, etc.), y el autor hace que confluyan sus aguas en un solo río. Pero son como aguas de distintos colores, que no se mezclan, y podemos seguir las distinguiendo. Esta postura fue la más aceptada hasta la aparición de la obra de Noth, y sigue siendo defendida por bastantes autores.

Teoría de los bloques. Mientras la hipótesis anterior cuenta con extensos relatos que abarcan desde los orígenes de la humanidad y de Israel hasta la época de David y Salomón (los ríos), la que ahora comentamos prefiere la idea de blo-

ques independientes, unidos más tarde por un redactor. El libro aparece aquí como un edificio construido a base de elementos previos. Existía un bloque que hablaba de Samuel (1Sam 1-3), otro del arca (1Sam 4-6 + 2Sam 6); otro de la subida de David al trono (1Sam 16 - 2Sam 7). El redactor del libro se limitó a ensamblarlos, realizando a veces pequeños cambios.

Teoría de la Historia deuteronomista. Propuesta por Martin Noth en 1943, recoge ideas de la hipótesis anterior, pero con un enfoque radicalmente nuevo. Según Noth, los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes formaban en su origen una obra histórica redactada por un solo autor, en Palestina, durante la época del destierro a Babilonia (mediados del siglo VI a.C.). Dicho autor no usó las fuentes del Pentateuco, sino una serie de documentos sueltos del más diverso origen: sobre la conquista de Cisjordania, los jueces de Israel, la infancia de Samuel, los orígenes de la monarquía, la historia de Saúl, la subida de David al trono, la historia de la sucesión, etc. Esa obra presentaba la historia del pueblo desde Moisés hasta el destierro de Babilonia. Comenzaba con una gran introducción histórico-teológica (el Deuteronomio) y estaba estructurada en las siguientes partes:

1. Historia de Moisés (Deuteronomio).
2. La conquista de Cisjordania (Josué).
3. El período de los jueces (Jueces + 1Sam 1-7).
4. Saúl, David, Salomón (1Sam 8 hasta 1Re 11).
5. La época de los reyes de Israel y Judá (1Re 12 - 2Re 25).

Para dar unidad a su obra, el autor se sirvió de un marco cronológico (muy perceptible en el libro de los Jueces) y de un recurso literario: siempre que hay un personaje importante, pone en su boca un discurso que explique el

sentido de los acontecimientos y exhorte a la fidelidad a Dios (Josué, Samuel, David, Salomón); si no dispone de un personaje de relieve, incluye unas reflexiones personales que cumplen una función parecida (comienzo del período de los jueces; reflexión tras la caída de Samaria en 2Re 17).

Con vistas a nuestro comentario al primer libro de Samuel es importante recordar lo siguiente: *a)* Los primeros capítulos (1Sam 1-7) forman parte del período de los jueces, ya que el sacerdote Elí y el mismo Samuel son presentados como los últimos jueces de Israel. *b)* La historia de David continúa en el segundo libro de Samuel e incluso en los capítulos iniciales del primer libro de los Reyes. *c)* Por consiguiente, el primer libro de Samuel está estrechamente relacionado con lo que antecede y con lo que sigue; si limitamos el comentario a estos capítulos es por puro motivo de conveniencia. *d)* El discurso de despedida de Samuel (1Sam 12) no debemos verlo como un dato aislado, sino en estrecha relación con otros discursos anteriores y posteriores.

Teoría de la doble redacción de la Historia deuteronomista. Aunque la obra de Noth ha tenido gran influjo en la investigación bíblica, casi nadie acepta hoy que la Historia deuteronomista fuese escrita por un solo autor a mediados del siglo VI. Parece más convincente la postura de F. M. Cross: la Historia deuteronomista tuvo dos redacciones principales, una de corte optimista, en tiempos del rey Josías (finales del siglo VII a.C.), y otra marcadamente pesimista, posterior al destierro a Babilonia. Pero, como es frecuente en la ciencia bíblica, ni siquiera los partidarios de una teoría coinciden al detallarla. Mientras Nelson no atribuye a la segunda redacción ni un solo texto de los libros de Samuel, Peckham piensa que la historia de Saúl y David fue escrita por Dtr¹ y revisada por Dtr²; en realidad, debería decir que fue esbozada por Dtr¹ y plenamente desarrollada por

Dtr²; es lo que se deduce de su análisis. Según Mayes, la contribución del historiador contemporáneo de Josías estaría en 1Sam 7,2.5-14; 8,4-6a.18-22; 10,17.20-21b.25-27; 11,7*.12-14, sin que podamos detectar en estos materiales un espíritu antimonárquico. El editor Dtr de tiempos del exilio añade 7,3-4; 8,6b-10; 10,18-19; 12; éste sí es antimonárquico por principio; para él, lo importante no es el rey sino el pueblo, y su bienestar depende de la observancia de la ley de la alianza.

En los últimos años se está imponiendo *un tipo de lectura del primer libro de Samuel* distinto del tradicional. Más que fijarse en las contradicciones del texto o la duplicidad de tradiciones, los autores se esfuerzan por hacer una lectura global, sincrónica, más literaria y menos histórico-crítica. Es la línea que observamos en los estudios de Garsiel, Miscall y Polzin, por poner unos ejemplos. Con ello no se resuelve el problema del autor, pero se entiende más a fondo el mensaje del libro en su forma final.

Valor histórico de 1Samuel

Quien termina de leer el libro se plantea inevitablemente el problema de su historicidad. Esto no ocurría hace años, cuando se daba por supuesto que todo lo contado en la Biblia era absolutamente objetivo. Los tiempos han cambiado, y hoy se admite sin dificultad que los autores sagrados podían modificar los datos según sus intereses o incluso inventarlos cuando les convenía. En muchos casos no se trataba de mero capricho; era la imposibilidad de conocer con detalle lo ocurrido, que los obligaba a reconstrucciones bastante arriesgadas. A partir de tradiciones sueltas, agrupándolas y completándolas, se redactó gran parte de la historia de Israel. Por otra parte, al hablar de los «historia-

dores» de Israel no debemos proyectar nuestra idea del historiador moderno, o del filósofo de la historia. El historiador israelita no tiene la mentalidad de nuestro tiempo ni analiza los hechos con nuestros mismos criterios de objetividad y fidelidad al pasado por encima de todo.

Por lo que respecta a 1Samuel, habría que distinguir entre las diversas partes. La primera (infancia de Samuel, tradiciones del arca) se basa en elementos legendarios, aunque puede ofrecer interesantes datos históricos: importancia del santuario de Siló en aquellos tiempos (confirmada por lo que dice Jeremías en su discurso de 7,1-15), amenaza de los filisteos, función del arca en la guerra; otros datos nos dejan perplejos y es preferible no emitir un juicio tajante en favor ni en contra.

La segunda parte, sobre la aparición de la monarquía, suena más a construcción teológica que a reproducción exacta de los hechos. Los capítulos 8-12 sugieren que la monarquía nace a petición de todas las tribus. Pero los motivos y circunstancias que se aducen son muy distintos según las tradiciones. En el capítulo 8, el pueblo no se siente amenazado, sino que quiere un rey para ser como las demás naciones; en el capítulo 9, es Dios quien elige a Saúl «para que libre a mi pueblo de la dominación filistea» (9,16); en el capítulo 12, Samuel dice que los israelitas pidieron un rey cuando se vieron amenazados por el amonita Najas (12,12). En buena lógica, el historiador deberá concluir que no sabemos cómo y por qué surgió la monarquía en Israel. Incluso la participación de todas las tribus en este hecho resulta muy discutible. Dos datos sueltos hacen pensar que la monarquía nació en la tribu de Benjamín, y que poco a poco se fueron incorporando otras tribus: 1. cuando Saúl organiza el ejército, lo sitúa en Micmás, las montañas de Betel y Guibeá; un espacio muy reducido, que sólo sirve para defender el territorio benjaminita; 2. cuando se dirige a sus ministros, los llama

«benjaminitas». Aunque estos datos parezcan de poco valor, ofrecen una imagen más conforme con la situación anterior entre los cananeos, cuando los reyes sólo extendían su dominio a pequeñas zonas. De todos los relatos, el que parece ofrecer más garantías es el de la intervención de Saúl en la liberación de Yabés de Galaad (cap. 11). También es muy probable que fuese ungido rey en Guilgal, un santuario de notable prestigio. En cambio, su unción privada por Samuel no ofrece muchas garantías; y el discurso de despedida del profeta es obra de un autor deuteronomista.

En la tercera parte (cap. 13-15), al historiador le desconcierta la forma tan sintética y partidista en que se habla de Saúl una vez ungido rey, marcada por el deseo de desprestigiar al primer rey de Israel; es una forma de justificar la subida al trono de David; la objetividad histórica brilla por su ausencia.

Lo mismo podríamos decir de la cuarta parte (capítulos 16-31), donde se cuentan las relaciones de David con Saúl; aparte de la falta de objetividad, y del marcado interés por defender a David de posibles acusaciones, estos capítulos recuerdan más una novela histórica que auténtica historiografía. Sin embargo, considero exagerada la postura de algunos autores contemporáneos que niegan toda historicidad a la figura de David, considerándola un invento de narradores posteriores. Estas teorías radicales crean muchos más conflictos de los que pretenden resolver.

En resumen, 1Sam no permite reconstruir la historia de Israel de manera tan clara como pensaban algunos historiadores de hace pocos años. Pero esto no debe extrañarnos ni movernos a infravalorar el libro. La tradición judía siempre tuvo claro qué era lo esencial en este libro (junto con los de Josué, Jueces y Reyes). Les dio el título de «Profetas anteriores». Lo importante no es el posible valor histórico de estos libros, sino el girar en torno a las figuras

de Josué, Samuel, Elías, Eliseo y tantos otros profetas conocidos o anónimos. Desde esta perspectiva profética es como se quiere presentar la historia de Israel.

Historia y política

Curiosamente, aunque el valor histórico de 1Sam se presente a mucha discusión, lo que no admite duda es su fuerte carga política. Para comprender mejor este problema conviene insertar el libro en el conjunto de la historiografía bíblica. Algo que llama poderosamente la atención es la importancia que concedieron los israelitas a contar su pasado, llevando a la práctica la máxima de Goethe: «Cada generación debe escribir de nuevo la historia». ¿A qué se debe esta actitud de los israelitas? La respuesta «oficial», la más difundida entre los estudiosos de la Biblia, es que la historia es para Israel el lugar del encuentro con Dios. La fe de este pueblo no se basa en mitos atemporales, ajenos al espacio y al tiempo que nos rodean. Es una fe que nace y se desarrolla en contacto directo con los acontecimientos de nuestro mundo. A través de ellos, Dios revela su amor, su perdón, su interés por el hombre, su afán de justicia, sus deseos y planes con respecto a la humanidad. No es una revelación que cae del cielo, perfectamente esbozada y concretada en todos sus pormenores, de una vez para siempre. Dios se revela poco a poco, paso a paso, no a través de un libro, sino a lo largo de la vida. El Antiguo Testamento es una búsqueda apasionada de Dios, un intento divino de ser conocido más perfectamente, una lucha humana por penetrar en el misterio del Señor.

Y así, igual que los cristianos conocemos a Jesús por lo que él hizo y dijo, por lo que el Espíritu sigue realizando en la Iglesia, también los antiguos israelitas conocieron a Dios por lo que hizo y dijo a lo largo de la historia. Nada

tiene de extraño que los israelitas se preocupasen tanto de escribir lo ocurrido, o, mejor dicho, de recordar «las maravillas que el Señor ha hecho por su pueblo».

Esta interpretación oficial corre el peligro de idealizar los hechos y de no valorarlos rectamente. Sin duda, hubo en Israel autores que vieron la historia como lugar del encuentro del hombre con Dios, y precisamente por ello dedicaron gran parte de su vida a escribirla. Pero muchos de los documentos que utilizan no fueron escritos desde esa perspectiva.

La comparación con otro ámbito cultural puede aclarar la situación. A. K. Grayson, hablando del interés que concedían los asirios y babilonios a contar el pasado, lo explica por los siguientes motivos: 1. propaganda política; 2. finalidad didáctica; 3. exaltación del héroe; 4. utilidad práctica, para los calendarios, la adivinación, etc.; 5. conciencia de la importancia de recordar ciertas cosas.

Si excluimos el cuarto apartado, los restantes nos ayudan a comprender por qué los israelitas escribieron tanto sobre el pasado. Personalmente, pienso que el motivo de la propaganda política está, a veces, mucho más presente en la Biblia incluso que el estrictamente religioso. Así lo advirtieron los fariseos, que no aceptaron en el canon los libros de los Macabeos, sus grandes adversarios. Ellos no se fijaron en su valor religioso, sino en su valor como arma política. Por otra parte, ya a comienzos de siglo hablaba H. Winckler de esta tendencia de la historiografía antigua: «Una exposición histórica siempre persigue [en Oriente] un fin determinado, y éste es, naturalmente, demostrar lo justificado de las pretensiones políticas planteadas por las partes que daban pie a redactar el conjunto de la historia (rey, partido)».¹

1. Cf. Allgem. Evang.-lutherische Kirchenzeitung, n. 50 (1903) col. 1198. Citado por K. Budde, *Geschichte der althebräischen Literatur*, 1909, pág. 63, nota 1.

Aunque la distinción entre lo político y lo religioso carece de sentido para un israelita antiguo, puede ser esclarecedora para un lector actual. Por otra parte, así se explica que muchas páginas de la Biblia resulten poco «edificantes» para los cristianos actuales y no les vean ningún provecho; leídas a la luz de motivos políticos adquieren todo su relieve e interés. La historia de David —la más extensamente tratada en la historiografía bíblica— demuestra claramente este hecho.

No hace falta leer con mucha atención estos capítulos para advertir que el autor es un partidario decidido de David y enemigo declarado de Saúl. Y esto exige una explicación previa.

Según la teoría clásica de Albrecht Alt, la monarquía surgió en Israel con carácter carismático: el rey subía al trono por elección divina y aclamación del pueblo. Dicho con otras palabras, no estaba en vigor el principio hereditario. A Saúl no tenía que sucederle necesariamente un hijo suyo. En esta hipótesis, no tiene nada de extraño que David fuese el segundo rey de Israel. Sin embargo, la teoría de Alt ha sido sometida a fuerte crítica en los últimos años. Hoy día, los comentaristas están de acuerdo en que la monarquía surgió en Israel con carácter hereditario, igual que en los pueblos vecinos. Consiguientemente, el que David sustituyese a Saúl representaba un problema difícil de justificar. ¿Era David un usurpador? ¿Había conspirado contra Saúl y sus descendientes para hacerse con el trono? La única forma de salvar a David es condenar a Saúl. Presentarlo como un rey que no cumple bien la misión que Dios le ha encomendado, y que hará que el mismo Dios elija a un nuevo monarca. Pero a ese nuevo monarca se le podía acusar también de haberse pasado a los filisteos. Con ello, si David es un usurpador y un enemigo de su pueblo, también su descendencia queda en entredicho. Los capítulos que van

desde 1Samuel 16 hasta 2Samuel 7, conocidos generalmente como la «Historia de la subida de David al trono», abordan con detalle estas acusaciones dándoles respuesta.

CONSPIRÓ PARA SER REY

El autor se encuentra ante un dato aparentemente conocido e innegable: la profunda amistad entre David y Jonatán, hijo de Saúl. Prefiere no ocultarlo. Inmediatamente después de la victoria sobre Goliat dice: «Jonatán se encariñó con David; lo quiso como a sí mismo (...) Jonatán y David hicieron un pacto, porque Jonatán lo quería como a sí mismo; se quitó el manto que llevaba y se lo dio a David, y también su ropa, la espada, el arco y el cinto» (1Sam 18,1-4). Podríamos malinterpretar este texto, viendo en él una simple referencia a un amor homosexual. Las palabras de David cuando se entera de la muerte de Jonatán («¿cómo sufro por ti, Jonatán, amigo mío! ¡Ay, cómo te quería! Tu amor era para mí más maravilloso que el amor de mujeres») podrían confirmar este aspecto. Si nadie puede defender a David de haber sido mujeriego y adúltero, no hay por qué esforzarse en defenderlo de esto otro.

Lo realmente interesante en este texto, desde el punto de vista político, es la idea de que los dos hicieron un pacto. No se dice en qué consiste. Pero la intriga del lector aumenta cuando, poco más tarde, oye hablar nuevamente de ese pacto, calificado ahora de «pacto sagrado» (1Sam 20,14). Hasta que finalmente se desvela su contenido: «Jonatán le estrechó la mano (a David), invocando a Dios, y le dijo: “No temas, no te alcanzará la mano de mi padre Saúl. *Tú serás rey de Israel y yo seré el segundo*. Hasta mi padre, Saúl, lo sabe”. Los dos hicieron un pacto ante el Señor» (1Sam 23,17). Cómo se iba a verificar este relevo en el poder es lo que no queda claro. En ningún momento se habla

de matar a Saúl. Pero la sospecha de una conspiración parece bastante fundada. Y que esta sospecha corría entre el pueblo lo confirma una tradición posterior. Años más tarde, cuando David ya era rey y tuvo que huir de su hijo Absalón, un tal Semei lo insultó desde lejos diciéndole: «¡Vete, vete, asesino, canalla! El Señor te paga la matanza de la familia de Saúl, cuyo trono has usurpado» (2Sam 16,8).

Además, Saúl parece consciente de este hecho. A su hijo Jonatán le reprocha: «¡Hijo de mala madre! ¡Ya sabía yo que estabas conchabado con el hijo de Jesé, para vergüenza tuya y de tu madre! Mientras el hijo de Jesé esté vivo sobre la tierra, ni tú ni tu reino estaréis seguros» (1Sam 20,31). Y más tarde, dirigiéndose a sus paisanos: «Oíd, benjaminitas. Por lo visto, también a vosotros el hijo de Jesé os va a repartir campos y viñas y os va a nombrar jefes y oficiales de su ejército, porque todos estáis conspirando contra mí, nadie me informa del pacto de mi hijo con el hijo de Jesé, nadie siente pena por mí ni me descubre que mi hijo ha instigado a un esclavo mío para que me aceche, como está pasando ahora» (1Sam 22,7-8).

El autor no calla la posible acusación. Incluso insiste en ella. Pero lo hace para darle respuesta plena desde tres puntos de vista: histórico, psicológico y teológico.

Desde el punto de vista histórico, deja claro que: 1. David nunca se atrevió a atentar contra el Ungido del Señor, aunque tuvo dos ocasiones de acabar con su vida (1Sam 24 y 26); 2. aunque formaba parte de las tropas mercenarias de los filisteos, no intervino en la batalla de los montes de Gelboé, donde Saúl y sus tres hijos perdieron la vida; 3. no se alegró de la muerte de Saúl y Jonatán, como lo demuestra la elegía que compuso en su honor (2Sam 1); 4. mandó matar al presunto asesino de Saúl (2 Sam 1).

Desde el punto de vista psicológico, insiste en que la culpa de la rivalidad entre David y Saúl es de éste, que se muestra

envidioso (18,8s), intenta matarlo (18,10-11; 19,1), le tiende trampas, es su enemigo (18,19), lo persigue continuamente (cap. 24 y 26). La prueba es que, en ciertos momentos, Saúl reconoce su culpa (24,18-22; 26,21.25). Saúl es desequilibrado, enfermo, vengativo (22,17-19), pecador abandonado por Dios (16,14), practica la nigromancia (cap. 28), un cobarde que no osa luchar contra Goliat (cap. 17). David, por el contrario, aparece valiente, confiando en Dios, humilde (18,23), querido por el pueblo y por los hijos de Saúl (Jonatán y Mical). Sin malicia, perdonando siempre.

Desde el punto de vista teológico, el autor indica que, si David llegó a rey, no fue conspirando contra Saúl, sino porque: *a)* Dios estaba con él; *b)* Dios le había prometido el reino. El hecho de que *Dios guía a David*, está con él y legitima su postura se encuentra en una serie de observaciones (1Sam 16,13.18; 18,12.14.28) y en boca de los más distintos personajes (17,37; 20,13.23; 22,3; 23,12.14, etc.). Los textos que hablan de consultar el oráculo de Dios (23,2.4.9-11; 2Sam 2,1; 5,19-23) ponen de relieve el mismo tema. Y la aparición totalmente imprevista del profeta Gad (1Sam 22,5) viene a decirnos que David no va a Judá por propia iniciativa, sino por orden de Dios. La segunda idea, *la promesa del reino*, va creciendo de forma dramática y se encuentra en boca de distintos personajes: lo admite a regañadientes Saúl (18,8; 20,31); entusiasmo la idea a Jonatán (20,15; 23,15-17); Saúl lo reconoce positivamente más tarde (24,21; 26,25); lo dan por hecho los filisteos (21,12), Abigail (25,30), Abner (2Sam 3,9-10.18-19), las tribus de Israel (2Sam 5,2). Dicho sea de paso, el reino que se anuncia a David no es el futuro imperio, que abarcará diversos pueblos extranjeros, ni el reino de Judá, sino el de Israel (las diez tribus del norte).

En definitiva, la opinión del autor es clara: el único que conspiró contra Saúl fue Dios, molesto porque no había

obedecido sus órdenes. David mantiene en todo momento una postura correcta ante Saúl, limitándose a huir para no ser asesinado.

SE PASÓ A LOS FILISTEOS

Es también indiscutible que David, perseguido por Saúl, formó una tropa de seiscientos hombres, y más tarde se puso al servicio del rey Aquís de Gat. Un hecho tan conocido que el autor no puede negarlo. Y esto representaba una seria acusación contra David, ya que los filisteos fueron los peores enemigos de aquel tiempo. Pero el autor sitúa este dato en su contexto para responder a la acusación.

1. David fue desde el principio el mayor adversario de los filisteos. Lo demuestra el que matase a Goliat, y sus frecuentes campañas contra ellos (18,27; 19,8; 23,1-5); 2. Llegó a Filistea huyendo de Saúl (21,11-16; 27,1-12), como último recurso para salvar su vida; 3. estuvo al servicio de los filisteos, pero los engañaba (27,7-10); 4. no participó en la batalla de Gelboé, porque los jefes filisteos no se fiaban de él; en ese momento se hallaba en el sur, persiguiendo a los amalecitas (cap. 30; cf. 31,1).

CONSPIRÓ CONTRA LOS SUCESORES DE SAÚL

Antes de entrar en la respuesta del autor es preciso recordar algunos datos. A la muerte de Saúl, Judá nombra rey a David, mientras Israel se mantiene a las órdenes de Isbaal, hijo de Saúl, aunque el mando del ejército lo ostenta su hombre fuerte, Abner. Pero Abner es asesinado por Joab (general de David), y a los dos años de reinado asesinan también a Isbaal. Viéndose desamparados, los del norte, después de cinco años de desconcierto, en que no saben cómo regirse, acuden a David para que rei-

ne también sobre ellos, cuando ya lleva siete años reinando en Judá.

Interesa tener presente los siguientes datos: 1. David no habría llegado a rey de Israel si hubiesen vivido Abner e Isbaal; 2. ambos murieron asesinados en circunstancias que algunos podrían considerar extrañas; 3. la tradición mantiene como un dato indiscutible que «la guerra entre las familias de Saúl y de David se prolongó; David fue afianzándose, mientras que la familia de Saúl iba debilitándose» (2Sam 3,1); 4. una tradición que no se encuentra en estos capítulos de la «Historia de la subida», sino en 2Sam 21, 1-14, atribuye a David la orden de muerte de siete descendientes de Saúl.

La postura del autor es clara. Descarta este último dato (2Sam 21,1-14), quizá por pertenecer a una época posterior de la vida de David, y que tan molesto debía resultarle. Se limita a hablar de los asesinatos de Abner y de Isbaal. En ningún caso tuvo parte David. El responsable de la muerte de Abner es Joab, que terminará pagándolo (1Re 2,5), y David lamenta profundamente lo ocurrido, entonando una elegía por el general del norte (2Sam 3,33-34) y negándose a comer aquel día. «Así supieron todos, y lo supo todo Israel, que el asesinato de Abner, hijo de Ner, no había sido cosa del rey» (2Sam 3,37). En cuanto al asesinato de Isbaal, es fruto de rencillas internas. Y cuando los asesinos se presentan ante David creyendo darle una buena noticia, éste ordena matarlos. La última prueba de que David no conspiró contra la casa de Saúl es que no pretendió convertirse en rey de Israel. Fueron los israelitas quienes fueron a hacerle la propuesta (2Sam 5,1-5).

Todos estos datos confirman que la «Historia de la subida» tiene una gran carga política. Es imposible comprender estos capítulos si no los leemos desde este punto de vista. Quedan dos cuestiones por responder: 1. ¿consigue el

autor salvar a David de toda sospecha?; 2. ¿cuándo fue preciso llevar a cabo esta defensa de David?

La primera se presta a distintas interpretaciones, por ser muy subjetiva. La presentación de David en muchos libros de «Historia Sagrada» e incluso en la mentalidad popular demuestra que el autor consiguió su propósito: disculpar por completo a David. La postura del historiador debe ser más profunda, y siempre le cabe la sospecha de que algunos datos han sido interpretados en favor del rey. Por ejemplo, en 2Sam 3,21 queda claro que David y Abner llegan a un pacto para que reine sobre los israelitas, aunque Isbaal todavía vive. Si el plan falla es por la muerte prematura de Abner. También la tradición de 2Sam 21,1-14 (que el autor de la «Historia de la subida» no incluye en su obra) deja a David en mal lugar. En definitiva, parece que David ambicionó el reino, no sólo del sur (lo cual es claro por su conducta), sino también del norte. ¿Tomó algunas medidas en este sentido, fomentando el debilitamiento de la casa de Saúl? Es más difícil demostrarlo, pero quedan ciertas sospechas. Cada lector, teniendo en cuenta también las tradiciones posteriores, deberá hacerse un juicio personal.

Más difícil de resolver es la segunda pregunta: ¿cuándo fue preciso defender a David de estas acusaciones? Quizá durante su mismo reinado, quizá durante el de Salomón. Algunos autores incluso pondrían la composición de la obra siglos más tarde. En cualquier caso, adviértase que a David no había que defenderlo ante los judíos, paisanos suyos, sino ante los del norte. En cualquier momento de conflicto entre Israel y Judá tiene sentido esta historia, sobre todo en el siglo VII, si aceptamos que Josías llevó a cabo una política de reunificación del norte con el sur. Para conseguirlo era fundamental eliminar malentendidos. Por eso, aunque la obra fuese escrita en el siglo X, como piensan muchos, su mensaje seguía en vigor siglos más tarde.

Mensaje teológico

Después de lo anterior, debemos preguntarnos si está justificada una lectura teológica del libro. Y la respuesta es, indiscutiblemente, sí. Al menos para los cristianos. Aunque el autor sólo se propusiera una defensa política de David, estos capítulos se nos han conservado como «Sagrada Escritura» por motivos más profundos.

No olvidemos un detalle importante: antes de que se formase el canon judío habían surgido ya los libros de las Crónicas, que ofrecen una visión muy distinta de David, libre de debilidades y pecados, completamente dedicado al culto y a la alabanza de Dios. Los que elaboraron el canon judío (recogido después por los cristianos) podían haberse limitado a esta segunda versión de la historia del rey, olvidando la antigua o no considerándola «canónica». Sin embargo, recogieron las dos. Porque también en la primera vieron un valioso mensaje, no sólo político, sino teológico.

Quizá la lección más importante de esta «Historia de la subida» es la relación entre política y teología, o entre Dios y la historia. A través de estos capítulos, que a veces nos resultan bastante partidistas, va quedando clara (o intuimos) una imagen de Dios. La del Dios que se compromete con el hombre hasta las últimas consecuencias, a pesar de todos los fallos y pecados, aunque este hombre tienda a manipularlo continuamente. Para exaltar a David y hundir a Saúl el autor no ha dudado en introducir a Dios siempre que lo considera conveniente. Tenemos la impresión de que lo ha puesto al servicio de los vencedores. Y Dios se ha dejado, para sacar adelante sus planes de forma misteriosa. Dentro de una concepción atea de la historia, lo que acabamos de decir carece de sentido. Un historiador vería aquí una simple manipulación política de la idea de Dios, basa-

da en los intereses del autor y en la ingenuidad de los lectores. El cristiano no puede interpretar los hechos de esta forma. Aun admitiendo todas las manipulaciones posibles, debe descubrir detrás de los acontecimientos la mano de ese Dios que conduce la historia hasta su manifestación plena en Jesucristo. Así, la historia de David se convierte en un caso típico para reflexionar sobre las relaciones entre Dios y nuestro mundo y nuestra historia, para alentar la fe y la esperanza en medio de unos acontecimientos que parecen ocultar el rostro del Señor.

Junto a este gran mensaje, el autor ha intentado transmitir otras ideas capitales dentro de la teología bíblica, que analizaremos con más detalle en el comentario: Dios elige lo pequeño; salva con lo pequeño; guía y protege; exige una obediencia incondicional; la venganza es del Señor.

El capítulo que terminará siendo el más importante para la historia de Israel y para los cristianos es 2Sam 7, que contiene el famoso oráculo de Natán, pero que cae fuera de nuestro ámbito de estudio.

BIBLIOGRAFÍA

Recojo sólo algunos títulos más significativos, sobre todo de los últimos años, en los que podrá encontrarse una bibliografía más abundante.

Comentarios

- G. Auzou, *La danza ante el arca. Estudio de los libros de Samuel* (Actualidad bíblica 15), Madrid 1971.
- A. Caquot y Ph. de Robert, *Les Livres de Samuel* (Commentaire de l'Ancien Testament VI), Labor et Fides, Ginebra 1994.
- P. K. McCarter, *1 Samuel* (The Anchor Bible 8), Garden City 1980.
- H. J. Stoebe, *Das erste Buch Samuelis* (KZAT), Gütersloh 1973.

Lectura literaria

- M. Garsiel, *The First Book of Samuel. A Literary Study of Comparative Structures, Analogies and Parallels*, Revivim Publishing House, Jerusalén 1990.
- P. D. Miscall, *1 Samuel. A Literary Reading*, Indiana University Press, Bloomington 1986.
- R. Polzin, *Samuel and the Deuteronomist. A Literary Study of the Deuteronomistic History. II: 1 Samuel*, Harper & Row, San Francisco 1989.

Estudios

Sobre Samuel

- P. Mommer, *Samuel. Geschichte und Überlieferung* (WMANT 65), Neukirchen 1991.
- A. Weiser, *Samuel. Seine geschichtliche Aufgabe und seine religiöse Bedeutung* (FRLANT 81), Gotinga 1962.

Sobre los orígenes de la monarquía

- L. M. Eslinger, *Kingship of God in Crisis: A Close Reading of 1 Samuel 1-12* (Bible and Literature Series 10), Sheffield 1985.
- F. Langlmet, *Les récits de l'institution de la royauté (1Sam. VII-XII). De Wellhausen aux travaux récents*: RB 77 (1970) 161-200.
- B. C. Birch, *The Rise of the Israelite Monarchy: The Growth and Development of 1 Samuel 7-15* (SBL Diss. Series 27), Missoula 1976.
- Boecker, H. J., *Die Beurteilung der Anfänge des Königtums in den deuteronomistischen Abschnitten des 1. Samuelbuches - Ein Beitrag zum Problem des «deuteronomistischen Geschichtswerkes»* (WMANT 31), Neukirchen 1969.
- G. E. Gerbrandt, *Kingship According to the Deuteronomistic History* (SBL Diss Ser 87), Atlanta 1986.
- D. Jobling, *Deuteronomic Political Theory in Judges and 1 Sam 1-12*, en Id., *The Sense of Biblical Narrative*, vol. 2 (JSOT Sup. Ser. 39), Sheffield 1986, 44-87.
- T. Veijola, *Das Königtum in der Beurteilung der deuteronomistischen Historiographie. Eine redaktionsgeschichtliche Untersuchung* (AASF B/1981), Helsinki 1977.

Sobre la historia de la subida de David al trono

- J. Conrad, *Zum geschichtlichen Hintergrund der Darstellung von Davids Aufstieg*: TLZ 97 (1972) 321-332.
- W. Dietrich, *David, Saul und die Propheten. Das Verhältnis von Religion und Politik nach den prophetischen Überlieferungen vom frühesten Königtum in Israel* (BWANT 122), Stuttgart 1987.
- D. M. Gunn, *The Story of King David. Genre and Interpretation* (JSOT Sup. Ser. 6), Sheffield 1978.

- F. Langlmet, *David et la maison de Saül*: RB 86 (1979) 194-213.384-436.481-513; 87 (1980) 161-210; 88 (1981) 321-332; Id., *David fils de Jessé. Une édition prédeutéronomique de l'histoire de la succession*: RB 89 (1982) 5-47; Id., «*David-Jonathan-Saül*» ou le «*Livre de Jonathan*» 1 Sam 16,14-2Sam 1,27*: RB 101 (1994) 326-354.
- H. Seebass, *David, Saul und das Wesen des biblischen Glaubens*, Neukirchen 1980.
- T. Seidl, *David statt Saul. Göttliche Legitimation und menschliche Kompetenz des Königs als Motive der Redaktion von 1 Sam 16-18*: ZAW 98 (1986) 39-56.

TEXTO Y COMENTARIO

EL AGOTAMIENTO DEL MUNDO ANTIGUO (1Samuel 1-7)

Estos capítulos abarcan desde el nacimiento de Samuel hasta su ancianidad (cf. 7,15-17). Podríamos interpretarlos como una exposición de toda su vida y actividad, pero en contra de ello tenemos los siguientes datos:

1. Los capítulos 1-7 sólo contienen dos leyendas sobre Samuel niño (caps. 1 y 3), un resumen genérico que lo presenta como profeta (3,19-21), y otro resumen global (7,15-17). De acuerdo con esto, sólo conoceríamos tres intervenciones concretas de Samuel: el anuncio a Elí, el juicio de Mispá y la guerra contra los filisteos.

2. Los relatos más famosos en los que interviene Samuel se encuentran a partir del capítulo 8: orígenes de la monarquía, elección y condena de Saúl, unción de David (cap. 8-16; 19,18-24). Esto impide considerar 1Sam 1-7 como resumen de su vida. Y sugiere que lo más importante lo hizo Samuel cuando parecía que su misión había acabado (cf. 8,1ss).

3. Además, los capítulos 1-7 contienen un bloque extenso e importante en el que Samuel no desempeña papel alguno: la historia del arca (4,1-7,1).

Por consiguiente, estos capítulos no son una síntesis de la vida y actividad de Samuel. Su función consiste en servir de puente entre el mundo antiguo de los jueces y el mundo nuevo, representado por la monarquía.

Infancia de Samuel: lo antiguo y lo nuevo (1Samuel 1-3)

Al leer estos capítulos, impresiona el desgaste y corrupción del mundo antiguo, representado por las figuras de Elí y de sus hijos. Elí, presentado como «juez» (4,18), no ha hecho, sin embargo, nada grande por Israel. Aparece como un anciano bondadoso, pero incapaz de distinguir entre la oración y la borrachera, débil con sus hijos, dominado por unos muchachos que no respetan a Dios ni al pueblo y que encuentran la misma repulsa por parte de Dios y de la gente. Quedan lejos los antiguos libertadores de Israel. Ahora se han convertido en opresores. Por eso, Dios se comunica con Elí sólo a través de profetas, y para condenarlo. Elí, último de los jueces, es al mismo tiempo el «antijuez». En su tiempo, Israel no se verá libre, sino que irá a la catástrofe completa. Se invierten los papeles, y el pueblo fiel sufre las consecuencias de un mal juez. Frente a este desgaste de lo antiguo, ¿hay motivos para hablar de algo nuevo? ¿No es Samuel pura continuidad de Elí? Más adelante veremos que no. Pero incluso en este bloque tenemos un texto capital que habla de eso nuevo: el canto de Ana, con su referencia al Ungido (2,1-10). Y será Dios quien lleve a cabo este profundo cambio de situación.

Los distintos episodios están vinculados por el lugar en que suceden (Siló) y se desarrollan por personajes contrapuestos:

Ana y Elí (1,1-2,10): Advertimos el contraste entre el hombre respetable, el sacerdote de un famoso santuario, y la mujer estéril, despreciada e insultada. Ana es símbolo de vitalidad, rebeldía frente a su destino, obstinación, humildad, independencia, generosidad. Elí, hierático, sentado en su silla, está más muerto que vivo.

Samuel y los hijos de Elí (2,11-26): Esta sección muestra distintas actitudes ante Dios y ante el pueblo. Prepara la siguiente.

Dos profetas ante Elí: un profeta anónimo (2,27-36) y Samuel niño (cap. 3) cumplen la misma función: denunciar al sumo sacerdote por los pecados de sus hijos y anunciarle el hundimiento de su dinastía.

EL NIÑO PEDIDO AL SEÑOR (1SAMUEL 1,1-20)

Mucha gente acusa al Antiguo Testamento de antifeminista, de relegar a la mujer a un puesto secundario, sin tener en cuenta sus enormes valores. Quien lea este episodio deberá cambiar de opinión. El autor va a contarnos un cambio trascendental en la historia de Israel: el paso de la judicatura a la monarquía. Cualquier historiador moderno enfrentado a una tarea semejante (pienso en el cambio que se produjo en Italia de la monarquía a la república después de la Segunda Guerra Mundial) habría abordado el problema tratando de los condicionantes políticos, históricos, económicos, de dicho cambio. Si tuviese que empezar hablando de una persona habría elegido, sin duda, a un varón. El autor bíblico comienza hablando de una mujer. Será ella, Ana, la madre de Samuel, quien ponga en marcha la historia.

¹*Había un hombre de Ramataim de los sufitas, de la serra-nia de Efraín, llamado Elcaná hijo de Yeroján hijo de Elihú hijo de Toju hijo de Suf, efraimita.* ²*Tenía dos mujeres: una*

se llamaba Ana y la otra Fenina; Fenina tenía hijos, y Ana no los tenía. ³Aquel hombre solía subir todos los años desde su pueblo para adorar y ofrecer sacrificios al Señor de los Ejércitos en Siló, donde estaban de sacerdotes del Señor los dos hijos de Elí, Jofní y Fineés.

⁴Un día, cuando ofrecía el sacrificio (solía repartir raciones a su mujer Fenina para sus hijos e hijas, ⁵mientras que a Ana le daba una sola ración; y eso que la quería, pero el Señor la había hecho estéril. ⁶Encima, su rival la colmaba de insultos para mortificarla, porque el Señor la había hecho estéril; ⁷así ocurría año tras año, siempre que subía al templo del Señor, la insultaba), Ana se echó a llorar y no comía. ⁸Elcaná, su marido, le dijo:

—Ana, ¿por qué lloras? ¿Por qué no comes? ¿Por qué te afliges? ¿No valgo yo más que diez hijos?

⁹Ana se levantó cuando terminó la comida en Siló, después de la bebida (el sacerdote Elí estaba sentado en su silla junto a la puerta del templo del Señor), ¹⁰y con el alma llena de amargura se puso a rezar al Señor llorando a todo llorar.

¹¹E hizo esta promesa:

—Señor de los Ejércitos,
si te fijas en la humillación de tu sierva,
si te acuerdas de mí y no te olvidas de tu sierva,
y le das a tu sierva un hijo varón,
se lo entrego al Señor de por vida,
y no pasará la navaja por su cabeza.

¹²Mientras ella rezaba y rezaba al Señor, Elí observaba sus labios. ¹³Y como Ana hablaba para sí, y no se oía su voz aunque movía los labios, Elí la creyó borracha ¹⁴y le dijo:

—¿Hasta cuándo te va a durar la borrachera? A ver si te dejas de vino.

¹⁵Ana respondió:

—No es así, señor. Soy una mujer que sufre. No he bebido vino ni licor, estaba desahogándome ante el Señor. ¹⁶No

creas que esta sierva tuya es una descarada; si he estado hablando hasta ahora, ha sido de pura congoja y aflicción.

¹⁷Entonces Elí le dijo:

—Vete en paz. Que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido.

¹⁸Ana respondió:

—Que puedas favorecer siempre a esta sierva tuya.

Luego se fue por su camino, comió, y no parecía la de antes. ¹⁹A la mañana siguiente madrugaron, adoraron al Señor y se volvieron a su casa de Ramá. Elcaná se unió a su mujer Ana, y el Señor se acordó de ella. ²⁰Al cabo de los días, Ana concibió, dio a luz un hijo y le puso de nombre Samuel, diciendo:

—¡Al Señor se lo pedí!

Desde un punto de vista literario, estos versos podrían dividirse de acuerdo con la localización de las distintas escenas:

- a) en Ramá (1-2);
- b) en Siló, la familia a solas (3-8);
- c) en el santuario de Siló, Ana y Elí (9-18);
- d) en Ramá (19-20).

La primera escena constituye la introducción; la segunda plantea el conflicto; la tercera busca la solución; la cuarta supone la superación del problema.

Sin embargo, ya que el autor quiere hacernos vivir el drama de la protagonista, lo esencial no son las localizaciones del relato. En este sentido, parece preferible organizar el texto de forma distinta:

- a) Introducción: la familia de Elcaná, insinuando un conflicto entre la fértil y la estéril.

b) El conflicto: ambientación (v. 3), conducta de Elcaná (4-5), conducta de Fenina (6-7a), reacción de Ana (7b). El responsable último es Dios.

c) La búsqueda de solución por parte de los protagonistas principales: Elcaná, Ana, Elí (8-18).

d) La solución: Dios se acuerda (19-20).

Aunque esta división del texto es casi idéntica a la que se obtiene mediante las localizaciones de las escenas (sólo el v. 8 pasa a formar parte de un apartado distinto), tiene la ventaja de agrupar en un solo bloque los diversos intentos de solucionar el problema de Ana y dejar clara la rebeldía de la protagonista frente a su destino.

Introducción (1-2)

El narrador nos presenta a un personaje hasta ahora desconocido, situándolo en el espacio y en su familia. El espacio es la serranía de Efraín, concretamente el pueblo de Ramataim o Ramá (con este nombre aparece en 1,19; 2,11; 7,17, etc.), la Arimatea del Nuevo Testamento (Mt 27,57; Jn 19,38). Es probable que se encontrase bajando de las montañas centrales hacia el Mediterráneo, a unos treinta kilómetros de la costa, a la altura de Tel Aviv.

Si el nombre del pueblo sólo aparece en este relato, la región a la que pertenece es la más importante en los primeros tiempos de Israel: «la serranía de Efraín». Con ella están relacionados personajes tan famosos como Josué, Ehud (Jue 3,27), Débora (Jue 4,5), Gedeón (Jue 7,24), Tolá (Jue 10,1), Micá (Jue 17,1), el levita anónimo casado con una mujer de Belén (Jue 19,1), Sebá hijo de Bicrí, que se rebeló contra David (2Sam 20,21).

Si la región basta por sí misma para dar relevancia al protagonista de la historia, el autor refuerza esta impresión ofreciendo una extensa genealogía que se remonta hasta su

tatarabuelo. No es frecuente que los narradores remonten hasta tan alto la ascendencia de un personaje. Pero nada concreto podemos decir de ellos. Parece que el primero de todos, Suf, dio nombre al clan y a la región, que aparece mencionada como comarca de Suf (1Sam 9,5). Y el narrador, como con cierto orgullo, termina diciendo que Elcaná era «efraimita».

Completando su presentación del personaje, nos dice el narrador que tenía dos mujeres: Ana («Gracia») y Fenina («Corales»). No es un dato frecuente en la época, y puede sugerir la importancia y riqueza del personaje. También recuerda a las tradiciones patriarcales, y los conflictos que provocaba este hecho para la convivencia familiar. El orden de presentación indica que la primera mujer, la más querida, es Ana. Pero la favorecida con el don de la fecundidad es Fenina. ¿Nos encontramos ante el tema típico de que «los últimos serán los primeros»? ¿Ha planteado este hecho conflictos semejantes a los de Raquel y Lía? El autor no lo dice por el momento. Se limita a presentar a sus personajes. Ni siquiera sabemos cuál de ellos atraerá su atención... y la nuestra.

El conflicto (3-7)

El relato procede con un cambio de lugar y la presentación de nuevos personajes. De la vida diaria, que ni siquiera ha sido esbozada, se pasa a una costumbre anual de la familia: peregrinar a Siló para adorar y ofrecer sacrificios al Señor de los Ejércitos. La importancia del santuario radicaba en que en él residía el arca de la alianza (1Sam 4,3.4). Esto hace que se considere a Siló «la morada de Dios, la tienda en que habitaba con los hombres» (Sal 78,60). Jue 18,31 da a entender que fue el único o principal santuario de los primeros tiempos. Con motivo de la fiesta anual, las muchachas salían a bailar en corro (Jue 21,12).

19.21). El contexto de una fiesta alegre, con bailes y danzas, es importante para comprender la situación de Ana en el relato posterior. En Siló se adora al Señor con una advocación especial, «Yahvé de los Ejércitos». Es la primera vez que encontramos este título en el Antiguo Testamento, y parece vinculado inicialmente a dicho santuario.

El cambio de lugar (de Ramá a Siló) provoca también la mención de nuevos personajes, los sacerdotes que offician allí, Jofní y Fineés. Resulta extraño que se mencione a estos dos personajes en lugar de a su padre, Elí, que ocupará un puesto preponderante en el relato posterior. Ehrlich lo explica porque Elí, ya demasiado anciano, no podía officiar como sacerdote. Esta misión la cumplían sus dos hijos. El texto griego, facilitando las cosas, ha añadido a Elí antes de los dos hijos. Ambos personajes llevan nombres egipcios, cosa que no debe extrañar dado el fuerte influjo de Egipto en aquella zona y por aquel momento. La mención de los hijos de Elí prepara el relato de 2,12-17 sobre su conducta depravada.

De la ceremonia anual el autor nos traslada a lo ocurrido en un año concreto, cuando Ana, después de que Elcaná ofreciese el sacrificio, se echa a llorar y no come. Son los dos primeros verbos con que el narrador describe las acciones de Ana. Esta reacción la explica el narrador con un largo paréntesis que abarca gran parte de los versos 4-7. Año tras año, el sacrificio no es motivo de alegría para la familia, sino de disensión y tristeza. Ana se siente afligida porque sólo recibe una ración y porque su rival se ensaña con ella. Detrás de todo ello está el hecho de la esterilidad, «porque el Señor había cerrado su seno», idea que se repite dos veces. Con esto, el autor ha introducido a un nuevo personaje, aunque no se presenta en escena: el Señor, que actúa de forma negativa para Ana, privándola de hijos, de raciones más numerosas y de respeto. Hasta que Ana estalla, llora, se niega a comer.

El relato anterior presenta dos problemas distintos, aunque muy relacionados entre sí: la esterilidad y el conflicto entre la mujer estéril y la fecunda. Ambos problemas se unen en Sara, la esposa de Abrahán, que debe soportar también el desprecio de la fértil Agar; y vuelven a unirse en Raquel, esposa de Jacob, cuya esterilidad la enfrenta a su propia hermana Lía. Esto no significa que la estéril siempre deba ser humillada: lo confirma el caso de la madre de Sansón. Es importante recordar estos casos para comprender mejor lo que sigue.

La búsqueda de solución (8-18)

Para una mujer de aquel tiempo, es difícil aceptar la esterilidad y la frecuente humillación que supone. Por eso, es lógico que se busquen soluciones. Si nos remontamos a Sara, lo primero que se le ocurre es recurrir a un subterfugio legal. Le dice a Abrahán: «El Señor no me deja tener hijos; llégate a mi sierva, a ver si ella me da hijos» (Gén 16,2). De acuerdo con la ley, si Agar tiene un hijo con Abrahán, el niño que nazca será hijo de Sara. Es importante advertir que Sara conoce el origen de su problema («el Señor no me deja tener hijos»), pero no le pide a Dios que intervenga; se limita a poner medios humanos, unos medios que no solucionan nada y son fuente de nuevos problemas. Más tarde, cuando Dios prometa su intervención («para cuando yo vuelva a verte, en el plazo normal, Sara habrá tenido un hijo»), Sara se ríe por lo bajo y desconfía de que se cumpla la promesa (Gén 18,10-12). Consciente de su problema, ha buscado una solución humana, le ha fallado y se ha resignado. Sara no espera milagros ni cree en ellos.

Algo distinto es el caso de Raquel. Al principio busca la solución en el marido: «O me das hijos o me muero» (Gén 30,1). Pero Jacob no es Dios para resolver el problema. Y Raquel, igual que Sara, se consuela con tener hijos

de la esclava. Así nacen Dan y Neftalí (Gén 30,3-8). Años más tarde, cuando no espera nada, «Dios se acordó de Raquel, la escuchó y la hizo fecunda» (Gén 30,22). Las palabras «Dios la escuchó» debemos interpretarlas rectamente, de acuerdo con el contexto; en ningún momento se ha dirigido Raquel a Dios en busca de auxilio; lo que Dios «escucha» no es su plegaria, sino su aflicción, igual que ocurrirá más tarde en Egipto con todo el pueblo.

Finalmente, la madre de Sansón, que sepamos, no espera ni pide nada. Acepta sencillamente su problema y se encuentra con el regalo inesperado de la fecundidad.

Es importante recordar los pasajes anteriores para comprender el relato a propósito de Ana y su actitud. La sección central nos presenta a los distintos protagonistas buscando solución al problema. Lógicamente, el primero que interviene es el marido. Acostumbrados a concebir el matrimonio en tiempos antiguos como un hecho de pura conveniencia económica, sin verdadero amor e intimidad, las palabras de Elcaná nos sorprenden por su belleza y su ternura. Pero, en el fondo, no ha captado el problema de Ana, piensa que todo lo que necesita es cariño. Por eso le pide que enfoque su problema de otro modo, que lo «sublime», cambiando el amor de los hijos por el amor de su marido y aceptando el hecho de la esterilidad. Ana no responde. No es un silencio orgulloso. Es el silencio que te impone la otra persona cuando no comprende tu problema y, al mismo tiempo, tampoco puede solucionarlo.

Entonces Ana toma la iniciativa (9-11). Ella sí conoce su problema, cree que tiene solución, y sabe de quién depende. Su problema no es falta de cariño, ni puro deseo de tener hijos. Es la humillación de ser estéril. El centro de la vida de Ana es ella misma, no otra persona, ni marido ni hijos. Aquí radica la grandeza y la sinceridad de su figura: antes que cariño quiere respeto. Si Ana hubiese vivido en una cul-

tura distinta, donde carecer de hijos no fuera una deshonra, habría aceptado tranquilamente su destino. Pero, en las circunstancias en las que vive, se rebela y acude al único que puede ponerle solución: el Señor. En esto coincide con el narrador de la historia, que ha presentado a Dios como el verdadero responsable: «el Señor había cerrado su seno». Le pide que se acuerde de ella y le ofrece un trato: consagrarle al hijo que nazca. Esta oferta deja claro que el problema de Ana no es falta de cariño (en este caso nunca habría renunciado al niño), sino la humillación de la esterilidad. Y mientras repite y repite su plegaria, «llorando a todo llorar», Dios se mantiene en silencio (9-11).

Interviene entonces Elí, que ni siquiera sabe cuál es el problema, y ofrece su propia solución: dejarse de vino (12-14). El autor, con gran ironía, parece simbolizar en esta figura a los innumerables sacerdotes de todos los tiempos dispuestos a dar soluciones categóricas a problemas que ignoran y que no se molestan en conocer. Para Ana es el colmo: a la vergüenza de recibir una sola porción, a las burlas de Fenina por su esterilidad, se añade ahora el insulto de ser considerada una borracha. Pero, esta vez, su reacción no es el llanto ni el silencio, responde con educación y energía (15-16).

El narrador no quiere dejar mal al sumo sacerdote y último juez de Israel. Cuando se entera del problema, coincide con Ana en que la solución depende exclusivamente de Dios. Las palabras de Elí son probablemente algo más que unas palabras de consuelo. En los primeros tiempos, los sacerdotes cumplían un importante papel como mediadores de la palabra de Dios. Por eso, algunos interpretan estas palabras como un auténtico oráculo. No nos atreveríamos a afirmar tanto. Pero la reacción de Ana refleja algo en esta línea, ya que parece absolutamente segura de que su oración será escuchada y cambia radi-

calmente de conducta: «come» y su aspecto no es como el de antes.

El Señor se acuerda de Ana (19-20)

Por último, después de todos los esfuerzos humanos, interviene el principal responsable y el único que tiene la solución. La oración es escuchada, el Señor se acuerda de Ana y ésta recibe el hijo que ha pedido. Ana, que ha obtenido el hijo contra toda esperanza, auténtica protagonista de la historia, es quien da nombre al niño: Samuel. El juego continuo que ha mantenido el capítulo con el verbo «pedir» (*sa'al*) parece no cuadrar mucho con la etimología de este nombre, hasta el punto de que A. Bernstein supuso que originariamente el capítulo hablaba del nacimiento de Saúl. Esta teoría, recogida, reafirmada y difundida por Hylander, ha encontrado numerosos seguidores y oponentes. Sin embargo, parece más sensato pensar que el relato se refirió siempre a Samuel, y que la etimología de su nombre se basa en una simple asonancia.

Suele decirse que «detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer». Este es nuestro caso. Detrás de Samuel está Ana. Sin su rebeldía, su lucha con Dios, su negativa a olvidar el problema, no habría nacido el último juez de Israel y el primero de los grandes profetas.

¿Qué valor tiene este relato para un cristiano de hoy? A primera vista, resulta ajeno a nuestra perspectiva espiritual y científica. La espiritualidad cristiana ha subrayado mucho la idea de la aceptación de la voluntad de Dios. Por otra parte, en los casos nada infrecuentes de esterilidad, nadie piensa que la solución esté en un milagro divino; se ponen los medios humanos y nos atenemos a los resultados. Pero esto no significa que la figura de Ana carezca de ejemplaridad para el cristiano de hoy. Ella, como Job, capta que la responsabilidad última de los problemas está en el

misterio insondable de Dios, y que ante ese misterio cabe la posibilidad de rebelarse, de luchar y llorar amargamente. A ella, como a Job, le faltan elementos para enfocar su problema de manera distinta, con una mirada más trascendente. Nosotros tenemos el ejemplo de Jesús, que también rezó al Padre entre lágrimas y sudor de sangre, pero poniendo por delante su voluntad, no la propia honra ni bienestar. Cuando salimos de nosotros mismos, como Jesús, la oración siempre es escuchada por Dios. No nacerá el hijo deseado ni nos veremos libres de la pasión y la cruz, pero el Señor nos concederá la fuerza para afrontar las dificultades. Pero, ante el sufrimiento ajeno, siempre debemos mantener ese profundo respeto que muestra el narrador ante la rebeldía de Ana. Sólo el que sufre capta el misterio absoluto del plan de Dios.

EL NIÑO CEDIDO AL SEÑOR (1SAM 1,21-2,10)

²¹*Cuando aquel hombre, Elcaná, subió con toda la familia para hacer el sacrificio anual al Señor y cumplir sus promesas,* ²²*Ana se excusó para no subir, diciendo a su marido:*

—Cuando destete al niño, entonces lo llevaré para presentárselo al Señor y que se quede allí para siempre.

²³*Su marido Elcaná le respondió:*

—Haz lo que te parezca mejor; quédate hasta que lo destetes. Y que el Señor cumpla su palabra.

Ana se quedó en casa y crió a su hijo hasta que lo destetó.

²⁴*Entonces lo subió con ella —llevando un novillo de tres años, una fanega de harina y un odre de vino— al templo del Señor de Siló, aunque era todavía un niño.* ²⁵*Cuando mataron el novillo, presentaron el niño a Eli* ²⁶*y ella dijo:*

—Señor, por tu vida, yo soy la mujer que estuvo aquí junto a ti rezando al Señor. ²⁷*Por este niño rezaba, y el Señor me*

concedió mi petición.²⁸ *Y ahora yo se lo devuelvo al Señor de por vida. Éste fue pedido para el Señor.*

Y se postró allí ante el Señor.

2 ¹ *Y Ana rezó esta oración:*

*Mi corazón se regocija por el Señor,
mi poder se exalta por el Señor,
me río a boca llena de mis enemigos,
porque celebro tu salvación.*

² *No hay santo como el Señor,
no hay fuera de ti,*

no hay roca como nuestro Dios.

³ *No multipliquéis discursos altivos,
no salgan de vuestras bocas arrogancias,
porque el Señor lo sabe todo
y no justificará las malas acciones.*

⁴ *Se asustan los arcos de los valientes,
mientras los cobardes se ciñen de valor;*

⁵ *los hartos se contratan por el pan,
mientras los hambrientos engordan;
la mujer estéril da a luz siete hijos,
mientras la madre de muchos queda baldía.*

⁶ *El Señor da la muerte y la vida,
hunde en el abismo y levanta;*

⁷ *el Señor da la pobreza y la riqueza,
humilla y enaltece.*

⁸ *Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente entre príncipes
y que herede un trono glorioso,
pues del Señor son los pilares de la tierra
y sobre ellos afianzó el orbe.*

⁹ *Él guarda los pasos de sus amigos
mientras los malvados perecen en las tinieblas,*

porque el hombre no triunfa por su fuerza.

¹⁰ *El Señor desbarata a sus contrarios,
contra ellos truena desde el cielo;
el Señor juzga hasta el confín de la tierra.
Él da fuerza a su rey,
exalta el poder de su Ungido.*

La parte narrativa, sencilla a primera vista, merece un breve comentario. Demuestra, una vez más, el carácter independiente de Ana. Ha hecho un voto y piensa cumplirlo. Pero será ella quien decida el momento oportuno. No lo hará al año siguiente, sino cuando destete al niño. Y lo presenta ella sola, sin que la acompañe su marido. En las palabras que dirige al sacerdote, Ana, como todos nosotros en tantas ocasiones, falsea un poco sus intenciones. Le dice: «Este niño es lo que yo pedía». Es verdad y no es verdad. Lo que pedía, en el fondo, era verse libre de su deshonra, el niño era puro medio para conseguirlo.

Pero lo más importante en esta sección es el canto de Ana. Todos los comentaristas modernos están de acuerdo en que este salmo carece de relación estricta con el contexto. En todo caso, iría mejor después del v. 20, cuando acaba de nacer el niño. Además, esta acción de gracias termina haciendo referencia al rey (2,10), cosa inconcebible en una época en la que no existe la monarquía. Por consiguiente, estas palabras no son las que pudo pronunciar Ana cuando consagró su hijo a Dios. Fueron compuestas con otro motivo, del que luego hablaremos.

Sin embargo, el autor del libro las ha situado en este contexto. ¿Qué le movió a ello? Para encontrar la respuesta, nada mejor que introducirnos en el interior de Ana. La mujer despreciada, humillada, que lloraba amargamente y no quería comer, ha experimentado un cambio radical en su vida gracias a la intervención de Dios. Y este salmo

le venía al autor como anillo al dedo para expresar los sentimientos de la protagonista. Desde el primer momento oímos hablar de un «yo» que se alegra, un Dios que salva y unos enemigos derrotados. Era fácil aplicarlo a la enemistad de Fenina hacia Ana, enemistad acompañada de «discursos altivos» y «arrogancias». Y la referencia posterior a la estéril abría una nueva posibilidad de aplicación a nuestra historia. El salmo, aunque constituya un manifiesto anacronismo en boca de Ana, refleja muy bien sus sentimientos y constituye una espléndida enseñanza sobre la forma de actuar de Dios.

Al comienzo del libro, Ana podía ver a Dios como su adversario, el culpable de su desgracia. Ahora le faltan palabras para alabarlo. Es la causa de su alegría y de sus risas, autor de su salvación; el Dios santo y la roca donde puede refugiarse fuera del alcance de sus enemigos; el Señor que todo lo sabe y sopesa las acciones, guiando la historia de manera sorprendente.

Y esa forma misteriosa de realizar sus planes se expresa hablando de un cambio a tres niveles: militar (valientes-cobardes), económico (hartos-hambrientos) y personal (madre estéril-madre de muchos). El profano podría interpretar esos cambios como oscilaciones inevitables de la historia, cambios sorprendentes motivados por la veleidad de la fortuna. «Dios no hace nada, ni bueno ni malo», afirmarán siglos más tarde los contemporáneos del profeta Malaquías. La persona de fe, como Ana, ve detrás de todo ello la acción de Dios: muerte y vida, éxito y fracaso, pobreza y riqueza, humillación y exaltación, dependen del Señor. Podríamos aceptar esta idea y, al mismo tiempo, dejarnos arrastrar por el escepticismo de Job en sus peores momentos: todo depende de Dios, pero el Señor se pone de parte de los ricos y poderosos, bendice sus posesiones, colma sus años de venturas. Ana no piensa así. Ese Dios del que todo depende no

es un ser neutral: se pone de parte de los débiles, «levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre». Y esta opción por los débiles no la hace un Dios débil, sino el Creador de los pilares de la tierra, sustentador del orbe (v. 8). Nos parece escuchar a profetas como Amós, Isaías, Miqueas, Sofonías, que hablan de un Dios omnipotente, pero volcado hacia los humildes y sencillos.

El canto, tan amante de antítesis y contrastes, termina hablando de la actitud de Dios ante fieles y malvados (v. 9), ante sus enemigos y su rey (v. 10).

En resumen, el himno contiene elementos dispares, pero su desarrollo lógico podemos sintetizarlo de esta forma: el poder de Dios, que se manifestó en la creación, se manifiesta ahora en la historia, convulsionando lo humano. Por eso los débiles pueden confiar y alegrarse.

La importancia y hondura de este salmo las captó perfectamente san Lucas, que utilizó numerosos elementos para el Magnificat. Sin embargo, en una lectura espiritual cristiana hay ciertos elementos que nos desconciertan cuando lo leemos en su contexto actual. Ante todo, la idea de Dios parece muy condicionada por la situación personal de Ana. Es cierto que ella tenía desde el comienzo la idea de un Dios omnipotente, el único que podía librarla de su desgracia; pero era también un Dios lejano, con el que había que avenirse a un trato para conseguir lo que quería: yo te doy, tú me das. El cambio en la imagen de Dios, tanta alabanza y alegría, parecen motivados por el logro de sus intereses. ¿Habría entonado Ana este salmo si hubiese seguido sin hijos? ¿No habrían caído por tierra su fe en la omnipotencia divina, en esa opción radical de Dios por los débiles, los pobres, las estériles? Este es el segundo gran problema del salmo: su idea demasiado optimista, ingenua, de la manera de actuar de Dios. Autores como los de los libros de Job y Qohelet no habrían dejado de hacerle este reproche.

Sin embargo, esta fe aparentemente tan ingenua y optimista en la providencia de Dios y su amor especial a los pobres supone también un desafío para el cristiano actual, a menudo demasiado escéptico. Con una perspectiva y un fundamento distinto, es el mismo optimismo profundo de Jesús, expresado en las bienaventuranzas. Y, si queremos un paralelo más exacto a las antítesis del canto de Ana, podemos recurrir a las antítesis de Lucas en el comienzo del discurso de Jesús a los discípulos (Lc 6,20-26). No tenemos en ellas contrastes de tipo militar, pero sí de carácter económico y personal. Reaparecen los pobres, los que pasan hambre, los que lloran, los odiados y humillados; frente a ellos, los ricos, los saciados, los que ríen, los estimados. Pero Dios ha optado por unos frente a otros. La mirada trascendente de Jesús, la promesa segura del Reino, convierten el ingenuo optimismo de Ana en un optimismo basado en la fe y la esperanza.

En cuanto a la primera objeción –el cambio de la imagen de Dios basado en intereses personales– no debería escandalizarnos tanto. El que esté libre de pecado en este terreno, que tire la primera piedra contra Ana. Y esto nos ayuda a recordar y valorar un aspecto importante de la predicación de Jesús, que a menudo olvidamos: su frecuente mención de la recompensa. Todos somos interesados. Jesús lo sabe, y nos asegura que nuestros esfuerzos no quedarán sin premio ante Dios. Que ese premio lo tengamos en esta tierra, como Ana, o en la otra vida, es cuestión secundaria.

El poema ha sido interpretado como himno, canto de victoria de un rey que vuelve de la guerra, etc. En esta línea ayuda a entenderlo más a fondo el salmo 2, que habla de la entronización del rey y de la protección de Dios. Los momentos de la subida al trono de un nuevo rey eran aprovechados generalmente por los pueblos sometidos para intentar rebelarse contra él. Su juventud e inexperiencia daban

alas a los deseos de independencia. Eran momentos adecuados para pronunciar discursos altivos y arrogantes. Pero el salmo 2 reafirma la soberanía del monarca de Jerusalén, que cuenta con el auxilio divino. Rebelarse contra el nuevo rey es atentar contra el Señor, una empresa condenada al fracaso. Podemos leer el canto de Ana desde esta óptica, como un salmo entonado por el monarca en el momento de la entronización o en cualquier momento de peligro. Ese Señor poderoso en la creación y en la historia, que confunde los planes de los arrogantes y exalta a los humildes, se pone de parte de «su rey». Pero el canto se presta a una referencia más explícita, dentro de esta interpretación monárquica. «Su rey» no es uno cualquiera. Es David. De él, mejor que de ningún otro, puede decirse que fue levantado del polvo para sentarlo entre príncipes y que heredase un trono glorioso. Desde el comienzo del libro, el autor anticipa lo que contará más tarde: la historia del humilde pastor, olvidado incluso por su padre y sus hermanos, que terminará convirtiéndose en rey de Judá e Israel. David, como ningún otro, puede sentirse alegre de lo que Dios ha hecho por él, de cómo lo salvó de sus enemigos (especialmente de Saúl), y puede confesarlo como su Roca.

Y esto explica también por qué el autor situó este himno en boca de Ana. Las historias de Ana y de David, con todas las diferencias, tienen algo en común: el cambio decisivo que se produce en sus vidas gracias a la intervención de Dios. Por eso ella puede entonar el himno de alabanza que parece ideal en boca de David.

Pero textos tan ricos como éste no agotan su sentido con una o dos referencias. Detrás de Ana, como si fuese una nueva matriarca, vislumbramos a todo el pueblo de Israel. Ese Israel humilde, que el libro de los Jueces acaba de presentar despreciado y oprimido por sirios, cananeos, amalecitas, madianitas, amonitas y filisteos. Y Dios, que se

acordó de él enviándole libertadores, le concederá ahora la salvación plena y la gloria a través de David. Este reflejo de Israel en la figura de Ana no debe extrañarnos. También el Magnificat juega con la doble perspectiva, ya que María aparece en él como imagen y símbolo de Israel.

DIOS SE REVELA A SAMUEL (1SAM 3)

Ya que el enfoque de este comentario excluye la posibilidad de tratar todos los textos, omitimos la sección referente a Samuel y los hijos de Elí, en la que se contrastan las actitudes tan opuestas de los protagonistas (1Sam 2,11-26). El pecado de JofnÍ y Fineés da paso a una nueva sección: dos profetas contra Elí (1Sam 2,27-3,21), de la que elijo el relato más famoso.

¹El niño Samuel oficiaba ante el Señor con Elí. La palabra del Señor era rara en aquel tiempo; no se concedían visiones. ²Pero ocurrió un día –Elí estaba acostado en su habitación, sus ojos empezaban a apagarse y no podía ver, ³aún no se había apagado la lámpara de Dios, y Samuel estaba acostado en el templo del Señor donde estaba el arca de Dios– ⁴que el Señor llamó a Samuel y éste dijo:

–¡Aquí estoy!

⁵Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo:

–Aquí estoy; vengo porque me has llamado.

Elí respondió:

–No te he llamado, vuelve a acostarte.

⁶Samuel fue a acostarse, y el Señor lo llamó otra vez. Samuel se levantó, fue adonde estaba Elí y le dijo:

–Aquí estoy; vengo porque me has llamado.

Elí respondió:

–No te he llamado, hijo, vuelve a acostarte.

⁷(Samuel no conocía todavía al Señor; aún no se le había

revelado la palabra del Señor). ⁸El Señor volvió a llamar por tercera vez. Samuel se levantó, y fue adonde estaba Elí y le dijo:

–Aquí estoy; vengo porque me has llamado.

⁹Elí comprendió entonces que era el Señor quien llamaba al niño y le dijo:

–Anda, acuéstate. Y si te llama alguien, dices: «Habla, Señor, que tu siervo escucha».

¹⁰Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y lo llamó como antes:

–¡Samuel, Samuel!

Samuel respondió:

–Habla, que tu siervo escucha.

¹¹Y el Señor le dijo:

–Mira, voy a hacer una cosa en Israel, que a los que la oigan les retumbarán los oídos. ¹²Aquel día ejecutaré contra Elí y su familia todo lo que he anunciado sin que falte nada. ¹³Le haré ver que condeno a su familia definitivamente, porque él sabía que sus hijos maldecían a Dios, y no les riñó. ¹⁴Por eso, juro a la familia de Elí que jamás se expiará su pecado, ni con sacrificios ni con ofrendas.

¹⁵Samuel siguió acostado hasta la mañana, y luego abrió las puertas del templo del Señor. Samuel no se atrevía a contarle a Elí la visión. ¹⁶Pero Elí llamó a Samuel:

–Samuel, hijo.

Respondió:

–Aquí estoy.

¹⁷Le preguntó:

–¿Qué es lo que te ha dicho? No me lo ocultes. Que Dios te castigue si me ocultas una palabra de todo lo que te ha dicho.

¹⁸Entonces Samuel le contó todo, sin ocultarle nada. Elí comentó:

–¡Es el Señor! Que haga lo que le parezca bien.

¹⁹Samuel crecía, el Señor estaba con él y ninguna de sus palabras dejó de cumplirse. ²⁰Y todo Israel, desde Dan hasta Berseba, supo que Samuel estaba acreditado como profeta del Señor. ²¹El Señor siguió manifestándose en Siló, porque el Señor se revelaba a Samuel en Siló, a través de la palabra del Señor.

El relato comienza presentando a los tres protagonistas de la historia: Samuel, el Señor y Elí. Samuel es un niño; Dios parece lejano a nuestro mundo, raramente se comunica por palabras o por visiones; Elí es un anciano casi ciego, acostado en su cama desde el principio. ¿Qué se puede esperar de una situación dominada por seres desvalidos (un niño y un viejo) y por un Dios que se retrae? Aparentemente, nada. La noche, hora en que se sitúan los acontecimientos, parece un símbolo de la oscuridad que se cierne sobre Israel. Sin embargo, en medio de esa noche, mientras Elí y Samuel duermen, Dios sigue tenuemente presente en la lámpara no apagada del santuario.

Después de esta presentación, la historia se desarrolla en tres partes principales: 1. Dios-Samuel-Elí (4-9); 2. Dios y Samuel (10-14); 3. Samuel y Elí (15-18). Los versos 19-21 constituyen un sumario sobre Samuel como profeta y no pertenecen propiamente a la historia.

En la primera parte, Dios se hace presente, de manera imprevisible, llamando a Samuel. El relato usa un recurso narrativo bíblico bastante frecuente: se repiten escenas idénticas hasta que se llega al desenlace (véase, por ejemplo, 2Re 1,9-16; 2,1-6; 9,17-21). Tres veces escucha Samuel la llamada de Dios; tres veces acude a Elí; y a la tercera es cuando le informan lo que debe hacer. Este esquema es intencionado. Demuestra el desconocimiento que Samuel tiene de Dios, hasta el punto de confundir su llamada con la del sumo sacerdote. El narrador (o un autor posterior) ha que-

ruido subrayar esta idea en el v. 7: «Samuel no conocía todavía al Señor; aún no se le había revelado la palabra del Señor». Es un detalle capital para entender la idea bíblica del conocimiento de Dios. Samuel, que lleva años en el santuario (Flavio Josefo dirá que tenía entonces doce años), en contacto directo con el sumo sacerdote, sirviendo al Señor, durmiendo incluso en el templo, no conoce al Señor. Es posible que supiese muchas cosas de Dios, del título «Señor de los Ejércitos» con que se le veneraba en Siló, de las tradiciones más antiguas de Israel. Pero no conoce al Señor. No ha tenido un contacto personal con él, no se le ha revelado su palabra. Esta idea nos recuerda el final del libro de Job. También este protagonista «justo y honrado, religioso y apartado del mal» (Job 1,1), termina reconociendo a Dios al final de su tragedia: «Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos». Una cosa es saber cosas de Dios, otra muy distinta «conocer al Señor». Pero si Job termina conociéndolo a través del sufrimiento y la rebeldía, Samuel lo conseguirá de forma más suave y misteriosa.

Al mismo tiempo, esta primera parte nos asombra por la forma de actuar de Dios. No se dirige al sacerdote elegido y consagrado por él, que podría identificarlo desde el primer momento. Se dirige al niño ignorante, que sólo demuestra tener un sueño muy ligero y una paciencia sin límites. Esta revelación a un niño, en una época en que su palabra «era rara, y no abundaban las visiones» (v. 1), demuestra, una vez más, esa preferencia de Dios por los pequeños, de la que hablaba el canto de Ana.

La segunda parte, Dios y Samuel, contiene la auténtica revelación. Se trata del anuncio de un castigo para la familia de Elí, seguido de la justificación (pecado de los hijos) y del carácter inevitable del castigo. Comparado con otros oráculos de condenación dirigidos a individuos concretos, hay dos pequeños detalles que llaman la aten-

ción: 1. el orden de los elementos; en vez de la secuencia habitual –denuncia del pecado y anuncio del castigo– encontramos ambos elementos en orden inverso; 2. la imposibilidad de expiar el pecado con sacrificios ni ofrendas; no es frecuente encontrar este dato, que subraya la gravedad del pecado y el agotamiento de la paciencia de Dios. Pero estas dos pequeñas diferencias con otros oráculos proféticos no asombran al lector. Cada profeta es libre para modelar su mensaje como quiera. Lo realmente llamativo y desconcertante es que Dios comunique este mensaje a un niño. Aceptamos que actúe así con Amós o Miqueas, hombres hechos y derechos, curtidos por la dura vida de campesinos y pastores. Pero resulta trágico que Dios comunique un mensaje tan demoledor a un niño, y precisamente contra la familia con la que se ha criado desde pequeño. En la figura de Samuel se está anticipando la tragedia posterior de tantos profetas: la de Jeremías, llamado también muy joven para cumplir una misión que lo asusta (Jer 1,4-10); la de Ezequiel, al que le prohíben llorar y hacer duelo por su esposa muerta, para simbolizar el duelo que tendrán que hacer sus contemporáneos cuando se vean privados del «encanto de sus ojos y del tesoro de sus almas», Jerusalén (Ez 24,15-24).

Decía Amós que la palabra de Dios es como el rugido del león. El rugido produce miedo; la palabra de Dios obliga a profetizar. Pero Samuel no es como Amós. Siente miedo a comunicar a Elí la visión y se refugia en la rutina diaria de levantarse y abrir las puertas del santuario. Así comienza la tercera parte, desenlace de la historia, en la que el protagonismo pasa a Elí. Es él quien llama a Samuel, quien lo fuerza a comunicar la visión y termina aceptando humildemente la palabra de Dios. Hay una mezcla de grandeza y de tragedia en la figura de este anciano sacerdote, tal como la ha presentado el narrador de la historia.

Es él, con su conocimiento de Dios, quien orienta al niño para que se convierta en transmisor de una palabra que lo condena. Elí, igual que Ana, y desde otro punto de vista, es también un símbolo de Israel. No del Israel débil, que espera la salvación, sino del Israel debilitado y pecador, que engendra en su seno profetas para que terminen condenándolo. Pero Israel, a diferencia de Elí, carecerá a menudo de esa capacidad de aceptar humildemente el castigo del Señor.

¿Tenemos en el capítulo 3 un relato de vocación profética, al estilo de los de Amós, Isaías, Jeremías o Ezequiel? Los versos finales (19-21), que subrayan el carácter profético de la personalidad de Samuel, han hecho que se interprete todo el capítulo en este sentido. Sin embargo, hay argumentos bastante serios en contra. Los relatos de vocación, aunque sean tan distintos entre sí, contienen una serie de elementos esenciales: misión de Dios, objeción por parte del elegido, palabras de ánimo, signo de que Dios lo envía. En 1Sam 3 no encontramos estos elementos, ni siquiera el de la misión, que exigiría el uso de los verbos técnicos «enviar» y «decir»: «yo te envío», «di». Por consiguiente, no tenemos aquí el relato de la vocación de Samuel, sino un relato sobre algo que revela Dios a Samuel.

Según Gnuse, el autor ha seguido el esquema de los relatos de sueños en el Antiguo Oriente. En una primera parte se describe la situación: quién recibe el sueño, cuándo, dónde, en qué circunstancias; la segunda parte habla del contenido del sueño; la tercera describe el final del sueño («despertó») y la cuarta su cumplimiento. Aunque la idea es sugerente, no conviene olvidar que el relato bíblico nunca habla de un sueño tenido por Samuel; más bien sugiere todo lo contrario.

LA APARICIÓN DEL MUNDO NUEVO:
SAÚL, ELEGIDO REY
(1Samuel 8-12)

Entramos en unos capítulos muy problemáticos, sobre los que se sigue escribiendo infinidad de artículos y libros. Como dijimos en la Introducción, la dificultad radica en que los capítulos 8-12 parecen contener dos puntos de vista muy distintos sobre la monarquía: uno optimista, otro pesimista, pero perfectamente ensamblados entre sí. Durante un siglo, la tendencia de la exégesis ha sido delimitar los textos correspondientes a cada punto de vista y situarlos en su momento histórico. Simplificando al máximo, tendríamos aquí una versión antigua, muy favorable a la monarquía, que fue retocada más tarde, cuando los defectos de la institución y los fallos de los monarcas eran evidentes. Este procedimiento se fija en los materiales previos, pero concede poca atención al resultado final. Por eso, en los últimos años se abordan estos capítulos de forma distinta. Más que estudiar cada una de las tradiciones subyacentes, se intenta percibir el mensaje de conjunto, mucho más dinámico y rico de lo que pensaba la exégesis histórico-crítica. En esta última línea se orienta el comentario que ofrezco.

El pueblo pide un rey (1Samuel 8)

¹Cuando Samuel llegó a viejo, nombró a sus dos hijos jueces de Israel. ²El mayor se llamaba Joel y el segundo Abías; actuaban de jueces en Berseba. ³Pero no se comportaban como su padre; atentos sólo al provecho propio, aceptaban sobornos y juzgaban contra justicia. ⁴Entonces los ancianos de Israel se reunieron y fueron a entrevistarse con Samuel en Ramá. ⁵Le dijeron:

—Mira, tú eres ya viejo, y tus hijos no se comportan como tú. Nómbranos un rey que nos gobierne, como se hace en todas las naciones.

⁶A Samuel le disgustó que le pidieran un rey que los gobernase y se puso a orar al Señor. ⁷El Señor respondió a Samuel:

—Haz caso al pueblo en todo lo que te pidan. No te rechazan a ti, sino a mí; no me quieren por rey. ⁸Como me han tratado desde el día que los saqué de Egipto hasta el día de hoy, abandonándome para servir a otros dioses, así te tratan a ti. ⁹Hazles caso; pero adviérteles bien claro, explícales los derechos del rey que reinará sobre ellos.

¹⁰Samuel comunicó la palabra del Señor a la gente que le pedía un rey. ¹¹Les dijo:

—Estos son los derechos del rey que os regirá: A vuestros hijos los llevará para enrolarlos en sus destacamentos de carros y caballería, y para que corran delante de su carroza; ¹²los empleará como jefes y oficiales en su ejército, como aradores de sus campos y segadores de su cosecha, como fabricantes de armamentos y de pertrechos para sus carros. ¹³A vuestras hijas se las llevará como perfumistas, cocineras y reposteras. ¹⁴Vuestros campos, viñas y los mejores olivares os los quitará para dárselos a sus ministros. ¹⁵De vuestro grano y vuestras viñas os exigirá diezmos, para dárselos a sus funcionarios y ministros. ¹⁶A vuestros criados y criadas, vuestros mejores bueyes y burros, se los llevará para usarlos en su hacienda. ¹⁷De vuestros rebaños

os exigirá diezmos. ¡Y vosotros mismos seréis sus esclavos! ¹⁸Entonces gritaréis contra los reyes que os elegisteis, pero Dios no os responderá entonces.

¹⁹El pueblo no quiso hacer caso a Samuel, e insistió:

—No importa. ¡Queremos un rey! ²⁰Así seremos nosotros como los demás pueblos. Que nuestro rey nos gobierne, salga al frente de nosotros y combata en nuestras guerras.

²¹Samuel oyó lo que pedía el pueblo y se lo comunicó al Señor. ²²El Señor le respondió a Samuel:

—Hazles caso y nómbrales un rey.

Entonces Samuel dijo a los israelitas:

—¡Cada uno a su pueblo!

La primera parte del libro ha terminado con un resumen de la actividad de Samuel. Ahora le ha llegado la vejez, y decide nombrar a sus dos hijos jueces en Berseba. Esta decisión admira al lector. Hasta ahora, los jueces nunca han sido nombrados por su padre, sino suscitados directamente por Dios. Indudablemente, nos encontramos en una etapa nueva; o, más bien, al final de una etapa. El carisma ha desaparecido y triunfa la institución. Dato irónico, porque el responsable de esta institucionalización del carisma es un personaje carismático, un profeta. También extraña que los dos hijos cumplan su misión en Berseba, al extremo sur de Israel, muy lejos de la mayoría de la población (Josefo dirá que uno ejercía sus funciones en Betel y otro en Berseba).

Pero a la extrañeza se une la sospecha. El que dos hijos compartan el oficio de su padre anciano recuerda lo ocurrido al comienzo del libro, cuando JofnÍ y Fineés desempeñaban las funciones sacerdotales en vez de ElÍ. ¿Se repetirá ahora algo parecido? Efectivamente. «Los hijos no se comportaban como su padre». Esta vez no se cuentan pecados concretos (como en 2,12-17), pero se formulan tres acusaciones durÍsimas contra los hijos de Samuel: buscar

el propio provecho, aceptar sobornos y juzgar contra justicia.

La búsqueda del propio provecho como algo indigno del juez la menciona Jetró cuando aconseja a Moisés que instituya jueces para ayudarle en su tarea de administrar justicia al pueblo; deben tener las siguientes características: «hombres hábiles, que respeten a Dios, sinceros, enemigos del propio provecho» (Éx 18,21). El tema del soborno es más frecuente. La legislación del Deuteronomio, al hablar de la designación de jueces y magistrados, ordena: «No violarás el derecho, no serás parcial ni aceptarás sobornos, porque el soborno ciega los ojos de los sabios y falsea la causa del inocente» (Dt 16,19; véase Éx 23,8). Un proverbio afirma: «El malvado acepta soborno bajo cuerda para torcer el camino de la justicia» (Prov 17,23). La denuncia de los sobornos es también típica de los profetas (Is 1,23; 5,23; Ez 22,12; Miq 3,11). También encontramos con frecuencia el tema de la perversión de la justicia (Éx 23,6; Dt 16,19; 24,17; 27,19).

De los hijos de Elí se dijo que «no respetaban al Señor ni las obligaciones de los sacerdotes con la gente» (2,13). Lo mismo podría decirse de los hijos de Samuel; basta cambiar las obligaciones del sacerdote por las del juez. Pero hay un contraste interesante entre estos episodios paralelos. Elí, consciente del pecado de sus hijos, los reprendía. Y cuando esa reprensión se mostraba inútil, Dios mismo intervenía condenando el pecado de la familia. Aquí no ocurre nada parecido. Samuel calla. Y Dios no interviene de forma directa. Será el pueblo quien actúe contra esta situación insostenible. Por primera vez en la narrativa bíblica (comenzando desde el Génesis) aparecen los representantes del pueblo como auténticos protagonistas de un cambio histórico.

Su petición comienza con una crítica solapada al profeta. Aunque distinguen entre su conducta y la de sus hijos,

en el fondo lo hacen responsable de la situación. Y exigen un cambio radical: «Nómbrenos un rey que nos gobierne, como se hace en todas las naciones». La tarea del personaje se expresa con el mismo verbo que caracterizaba la actuación de los antiguos jueces: «gobernar» o «juzgar» (*šafat*). Esto no supone novedad alguna. La novedad radica en el título que ostentará esa persona: «rey» (*melek*); con esta forma de gobierno serán semejantes a las demás naciones.

Es imposible continuar la lectura sin recordar otro episodio bíblico. En la época de los jueces se produjo el primer intento de instaurar la monarquía. Fue en una zona muy limitada, la de Siquén, y el protagonista un asesino, que mató a sus setenta hermanos para hacerse con el poder absoluto: Abimelec. Este episodio dio motivo a Yotán para contar una fábula de duro contenido antimonárquico: cuando los árboles deciden elegir un rey, acuden a los más útiles y productivos (olivo, higuera, vid), pero ninguno de ellos acepta la propuesta; sólo la inútil y peligrosa zarza está decidida a ello (Jue 9). De hecho, Abimelec fue una zarza peligrosa, que dio al traste con ese primer intento de instaurar la monarquía. ¿Han olvidado los ancianos de Israel la fábula de Yotán? ¿No temen lo que pueda hacerles el nuevo rey?

Ante este peligro, el lector se pregunta si no es posible una solución intermedia. Bastaría decirle a Samuel: «tus hijos no cumplen bien su oficio, nombra a otros jueces». Esta sencilla hipótesis pone de manifiesto las auténticas intenciones de los ancianos. Lo que desean no es una simple mejora de la situación, sino un cambio radical, que convierta a Israel en un pueblo como los demás («como se hace en todas las naciones»). En una época como la nuestra, aceptar una forma de gobierno semejante a la de los otros pueblos parece un gran avance. Pero ésa no es la perspectiva bíblica. Israel no es un pueblo cualquiera. Es el pueblo del Señor, rescatado por él. Querer imitar a los otros

pueblos, asimilarse a ellos, constituye un pecado gravísimo.

En efecto, la reacción de Samuel es negativa. «A Samuel le disgustó que le pidieran ser gobernados por un rey.» Sin embargo, calla. Antes de responder al pueblo prefiere rezar al Señor. Y Dios sí habla, con palabras de enorme despecho. Dos veces, al comienzo y al final, le ordena al profeta: «Haz caso al pueblo en todo lo que te pidan», «hazles caso». Pero en medio expresa su profundo malestar ante esta propuesta. Elegir un rey significa rechazarlo a él como rey y despreñar a Samuel. Son dos argumentos muy distintos.

El primero, de carácter teológico, tiene por protagonista al mismo Dios. Nos recuerda lo dicho por Gedeón a quienes le propusieron perpetuar su mandato en sus hijos: «Ni yo ni mi hijo seremos vuestro jefe; vuestro jefe será el Señor» (Jue 8,23). Gedeón distingue perfectamente entre su actividad como salvador ocasional del pueblo y el gobierno absoluto de Dios. Su visión es teológica, enraizada en la experiencia salvífica del antiguo Israel. Pero los ancianos de tiempos de Samuel tampoco recuerdan esta lección. Quieren secularizar la política, relegar a Dios a un ámbito puramente espiritual.

El segundo argumento, más emotivo, se centra en el profeta, despreciado como el mismo Dios. Extraña en estas frases el tono tan apasionado con que el Señor habla a Samuel. Sintetiza toda la historia pasada, desde la salida de Egipto, en una historia de abandono e idolatría. Recordamos las dudas antes de la liberación, los momentos de desánimo, las rebeliones en el desierto, la época de los jueces, con su caída continua en el servicio a dioses paganos. Es cierto que también hubo personajes fieles a Dios: Moisés, Aarón, Josué, Caleb, los jueces. Pero no es en ellos en quienes Dios piensa, sino en el pueblo. Todos esos grandes personajes fueron suscitados y enviados por Dios, y cumplieron bien su

misión a pesar de sus fallos. El pueblo fue elegido por él gratuitamente, pero nunca dio pruebas de gran fidelidad en conjunto. Y ese desprecio continuo hacia Dios se vuelve ahora hacia su profeta. Esta identificación de Dios y el profeta en el sufrimiento nos evoca tradiciones posteriores sobre el mismo tema. Aunque el autor pone estas palabras en boca de Dios, resuenan aquí las ideas de muchos profetas que vieron la monarquía no sólo como un atentado contra la realeza de Dios, sino también como un atentado contra su dignidad personal, un desprecio a su función de portavoces de Dios. En este episodio se anticipan las frecuentes tensiones posteriores entre monarquía y profetismo.

Sin embargo, el Señor ordena aceptar la propuesta, aunque advirtiendo al pueblo los derechos del rey. Este detalle es curioso. El rechazo de la monarquía por motivos teológicos y personales es algo que queda entre Dios y el profeta. De ese tema no hay que hablar al pueblo, al menos por ahora. Bastará hablarle de cosas más triviales y asequibles, de las repercusiones negativas de orden económico y político. Con ello, el autor está distinguiendo dos niveles de argumentación antimonárquica, pero en ámbitos distintos. La crítica teológica se reserva al ámbito profético; la crítica material, al ámbito del pueblo. Esta distinción resulta extraña, porque impide que la gente caiga en la cuenta de su pecado. Con ello, el profeta dejará de cumplir una de sus misiones principales. Pero hay que atenerse al texto, y respetar la dinámica del autor.

De acuerdo con lo anterior, cuando Samuel habla al pueblo no menciona el rechazo de Dios como rey, ni su experiencia personal de verse despreciado. Se limita a exponer los «derechos» del monarca. Las propiedades del pueblo (hijos, hijas, criados, criadas, animales) pasan a engrosar las propiedades del rey (sus destacamentos, su carroza, su ejército, sus campos). Es una visión tremendamente negati-

tiva de la monarquía, expuesta con claridad, sin recurrir a fábulas de ningún tipo. La dureza de las condiciones hace pensar a muchos comentaristas que no reflejan la situación inicial de la monarquía en Israel, sino que recoge la experiencia de tiempos posteriores, cuando se conocían los daños que trajo para el pueblo; el hecho de que al final del discurso se hable de «los reyes» (v. 18) parece convalidar esta teoría. Mendelsohn, en cambio, cree que éstas eran las condiciones habituales en los otros pueblos cananeos de régimen semi-feudal, como se advierte en Alalah y Ugarit. En cualquier hipótesis, estas condiciones que parecen meramente económicas terminan con una constatación de valor político: «vosotros mismos seréis sus esclavos». El pueblo, que ha reivindicado su libertad para introducir un cambio de gran trascendencia, terminará en la esclavitud. Pero esta frase no contiene una simple valoración política. Nos recuerda la situación del pueblo en Egipto, aunque ahora, en vez de oprimirlos el faraón, los oprimirá el rey que se han elegido.

Con estas palabras debería terminar el discurso de Samuel. Es lo que Dios le ha ordenado que comunique: «los derechos del rey». Pero el profeta, pasando de lo económico y lo político a lo teológico, añade algo nuevo, que desvela un pecado gravísimo tras la petición del pueblo. «Entonces gritaréis contra los reyes que os elegisteis, pero Dios no os responderá». En Egipto, el pueblo clamó al Señor, y Dios escuchó su gemido. También durante el período de los jueces Israel gritó con frecuencia al Señor al verse oprimido por los pueblos vecinos. Y Dios, a pesar de sus protestas, terminó salvándolo. Los gravísimos y continuos pecados de idolatría no le impidieron compadecerse de Israel. Ahora, en cambio, Dios afirma que no responderá. El silencio de Dios significa una amenaza más grave que las duras condiciones político-económicas denunciadas con anteriori-

dad. Supone que el pueblo queda abandonado a sus propias fuerzas, inerte ante el poder opresor de los monarcas. Israel ha rechazado y despreciado a Dios, Dios se olvida de Israel.

Sin embargo, ninguno de estos argumentos convence al pueblo, deseoso de ser como las demás naciones. En su respuesta a Samuel, los ancianos añaden un nuevo dato. Quieren que el rey no sólo los gobierne, sino que «salga al frente de nosotros a luchar en la guerra». Esta petición resulta absurda cuando se recuerdan las tradiciones pasadas. ¿No salieron los jueces al frente de Israel a luchar contra sirios, moabitas, amonitas, cananeos y filisteos? ¿No los ha conducido Samuel a la victoria poco antes? Pero hay una diferencia esencial. En las tradiciones antiguas, el verdadero héroe era el Señor, que usaba personajes elegidos para llevar a cabo una guerra defensiva. Ahora, el pueblo quiere ser, junto con su rey, el auténtico protagonista. Antes hablábamos de una secularización de la política. Ahora advertimos que el pueblo también quiere secularizar otro ámbito capital: el de la guerra. Es también curioso que no habla de «salir al frente de nosotros contra nuestros enemigos», sino «a luchar en la guerra». No se piensa en una guerra defensiva, sino en la guerra como ocupación y como negocio. Efectivamente, Israel quiere ser como los otros pueblos. Pero esta petición de un rey «que salga al frente de nosotros a luchar» no carece de ironía. Cuando se conocen las tradiciones posteriores, vemos en cuántas ocasiones no se cumplió este deseo. Saúl saldrá a luchar contra los filisteos, y quedará atezado de miedo ante Goliat. Incluso David, pasados sus primeros años, preferirá quedarse en Jerusalén a ir a la guerra contra los amonitas (2Sam 11,1-3); o quedarse en el campamento mientras sus hombres luchan contra el rebelde Absalón (2Sam 18,1-4).

Ante la insistencia del pueblo, Samuel guarda silencio y vuelve a hablar con el Señor, que toma la decisión final: «Hazles caso y nómbrales un rey». ¿Quién será el elegido? Ni Samuel lo sabe ni el pueblo pide un nombramiento inmediato.

Unción privada de Saúl (1Samuel 9,1-10,16)

⁹ ¹ Había un hombre de Benjamín, llamado Quis, hijo de Abiel, de Seror, de Becorá, de Afiaj, benjaminita, de buena posición. ² Tenía un hijo que se llamaba Saúl, un mozo bien plantado; era el israelita más alto: sobresalía por encima de todos, de los hombros arriba. ³ A Quis, padre de Saúl, se le habían extraviado unas burras; y dijo Quis a su hijo Saúl:

—Llévate a uno de los criados y vete a buscar las burras.

⁴ Cruzaron la serranía de Efraín y cruzaron la comarca de Salisá, pero no las encontraron. Cruzaron la comarca de Saalín, y nada. Cruzaron la comarca de Benjamín, y no las encontraron. ⁵ Cuando llegaron a la comarca de Suf, Saúl dijo al criado que iba con él:

—Vamos a volvernós, no sea que mi padre prescinda de las burras y empiece a preocuparse por nosotros.

⁶ Pero el criado repuso:

—Precisamente en ese pueblo hay un hombre de Dios de gran fama; lo que él dice sucede sin falta. Vamos allá. A lo mejor nos orienta sobre lo que andamos buscando.

⁷ Saúl replicó al criado:

—Y si vamos, ¿qué le llevamos a ese hombre? Porque no nos queda pan en las alforjas, y no tenemos nada que llevarle a ese hombre de Dios. ¿Qué nos queda?

⁸ El criado le insistió a Saúl:

—Tengo aquí un cuarto de siclo de plata. Se lo daré al hombre de Dios y nos orientará.

¹⁰ Saúl le dijo a su criado:

—De acuerdo. ¡Hala, vamos!

Y caminaron hacia el pueblo en donde estaba el hombre de Dios. ¹¹ Según subían por la cuesta del pueblo, encontraron a unas muchachas que salían a por agua. Les preguntaron:

—¿Vive aquí el vidente?

⁹ (En Israel, antiguamente, el que iba a consultar a Dios decía así: «Vamos al vidente», porque antes se llamaba vidente al que hoy llamamos profeta).

¹² Ellas contestaron:

—Sí; se te ha adelantado; precisamente hoy ha llegado al pueblo, porque la gente celebra hoy un sacrificio en el altozano. ¹³ Si entráis en el pueblo, lo encontraréis antes de que suba al altozano para el banquete; porque la gente no se pondrá a comer hasta que él llegue, pues a él le corresponde bendecir el sacrificio, y luego comen los convidados. Subid ahora, que ahora precisamente lo encontraréis.

¹⁴ Subieron al pueblo. Y justamente cuando entraban en el pueblo, se encontró con ellos Samuel según salía para subir al altozano.

¹⁵ El día antes de llegar Saúl, el Señor había revelado a Samuel:

¹⁶ —Mañana te enviaré un hombre de la región de Benjamín para que lo unjas como jefe de mi pueblo Israel y libre a mi pueblo de la dominación filistea; porque he visto la aflicción de mi pueblo, sus gritos han llegado hasta mí.

¹⁷ Cuando Samuel vio a Saúl, el Señor le avisó:

—Ése es el hombre de quien te hablé; ése regirá a mi pueblo.

¹⁸ Saúl se acercó a Samuel en medio de la entrada y le dijo:

—Por favor, dime dónde está la casa del vidente.

¹⁹ Samuel le respondió a Saúl:

—Yo soy el vidente. Sube delante de mí al altozano; hoy coméis conmigo y mañana te dejaré marchar y te diré todo lo

que piensas. ²⁰ Por las burras que se te perdieron hace tres días, no te preocupes, que ya aparecieron. Además, ¿a quién pertenece todo lo más valioso de Israel? ¿No es a ti y a la familia de tu padre?

²¹ Saúl respondió:

—¿Si yo soy de Benjamín, la menor de las tribus de Israel! Y de todas las familias de Benjamín, mi familia es la menos importante. ¿Por qué me dices eso?

²² Entonces Samuel tomó a Saúl y a su criado, los metió en el comedor y los puso en la presidencia de los convidados; eran unas treinta personas. ²³ Luego dijo Samuel al cocinero:

—Trae la ración que te encargué, la que te dije que apartases.

²⁴ El cocinero sacó el pernil y la cola, y se lo sirvió a Saúl, diciéndole:

—Aquí está lo que queda. *Strévete y come, que te lo han guardado para esta ocasión (...)* Así, pues, Saúl comió aquel día con Samuel. ²⁵ Después bajaron del altozano hasta el pueblo, y habló con Saúl en la azotea. ²⁶ Al despuntar el sol, Samuel llamó a Saúl y le dijo:

—Levántate, que te despida.

Saúl se levantó, y los dos, él y Samuel, salieron de casa.

²⁷ Cuando habían bajado hasta las afueras del pueblo, Samuel le dijo a Saúl:

—Dile al criado que vaya delante; tú párate un momento y te comunicaré la palabra de Dios.

10 ¹ Tomó Samuel la aceitera, derramó aceite sobre la cabeza de Saúl y lo besó diciendo:

—El Señor te unge como jefe de su heredad! ² Hoy mismo, cuando te separes de mí, te tropezarás con dos hombres junto a la tumba de Raquel, en la linde de Benjamín, que te dirán: «Aparecieron las burras que saliste a buscar; mira, tu padre ha olvidado el asunto de las burras y está preocupado por vosotros, pensando qué va a ser de su hijo». ³ Sigue adelante y vete

hasta Encina del Tabor: allí te tropezarás con tres hombres que suben a visitar a Dios en Betel. Uno con tres cabritos, otro con tres hogazas de pan y otro con un pellejo de vino; ⁴ después de saludarte, te entregarán dos panes, y tú los aceptarás. ⁵ Vete luego a Guibeá de Dios, donde está la guarnición filistea; al llegar al pueblo te toparás con un grupo de profetas que bajan del cerro en danza frenética, precedidos de arpas y cítaras, panderos y flautas. ⁶ Te invadirá el espíritu del Señor, te unirás a su danza y te convertirás en otro hombre. ⁷ Cuando te sucedan estas señales, hala, haz lo que se te ofrezca, que Dios está contigo. ⁸ Baja por delante a Guilgal; yo iré después a ofrecer holocaustos y sacrificios de comunión. Espera siete días, hasta que yo llegue y te diga lo que tienes que hacer.

⁹ Cuando Saúl dio la vuelta y se apartó de Samuel, Dios le cambió el corazón, y todas aquellas señales le sucedieron aquel mismo día.

¹⁰ De allí fueron a Guibeá, y de pronto dieron con un grupo de profetas. El espíritu de Dios invadió a Saúl y se puso a danzar entre ellos. ¹¹ Los que lo conocían de antes y lo veían danzando con los profetas, comentaban:

—¿Qué le pasa al hijo de Quis? ¡Hasta Saúl anda con los profetas!

¹² Uno de aquel sitio replicó:

—¿Pues a ver quién es el padre de esos!

(Así se hizo proverbial la frase: «¡Hasta Saúl anda con los profetas!»)

¹³ Cuando se les pasó el frenesí, Saúl fue a su casa. ¹⁴ Su tío les preguntó a él y al criado:

—¿Dónde fuisteis?

Saúl respondió:

—A buscar las burras. Como vimos que no aparecían, acudimos a Samuel.

¹⁵ Su tío le dijo:

—Anda, cuéntame qué os dijo Samuel.

¹⁶ *Saúl respondió a su tío:*

—Nos anunció que habían aparecido las burras.

Pero no le comunicó lo que había dicho Samuel del asunto del reino.

PRESENTACIÓN DEL PROTAGONISTA (1-2)

«Había un hombre...» Este comienzo nos resulta conocido. Así empezaba el libro, hablando de Elcaná. Ahora se habla de Quis. Los dos eran de buena posición. De Quis se dice expresamente. De Elcaná se sugiere al indicar que tenía dos esposas. Pero ni Elcaná ni Quis son importantes, sino sus hijos. Sin embargo, mientras a Samuel lo conocemos desde que nace, Saúl se presenta ante nosotros hecho ya un mozo bien plantado, sacando la cabeza a todos.

El lector no se desconcierta ante este nuevo personaje. Lo espera desde el capítulo anterior, cuando Dios ordena a Samuel que nombre a los israelitas un rey. Y ahora, antes de que se lo digan, intuye que este muchacho será quien gobierne a Israel. Su ascendencia paterna y su presencia física lo sugieren claramente. Hay otro dato que no parece tan positivo. Saúl es benjaminita. Benjamín trae al lector buenos recuerdos; es el menor de los doce patriarcas, el hermano querido de José, el consuelo de Jacob en su vejez. Pero los benjaminitas dejaron mucho que desear. El libro de los Jueces presenta a los habitantes de Guibeá de Benjamín cometiendo un crimen atroz, y al resto de la tribu negándose a castigar a los culpables, desencadenando con ello una guerra civil (Jue 19-20). Quizá por eso, el autor omite en este momento algo que dirá más tarde: Saúl es oriundo de Guibeá, esa ciudad asesina y maldita. Pero la historicidad del crimen de Guibeá y de la guerra posterior es cuestión muy debatida. Aun suponiendo que el autor del relato conociese esta tradición, cuando habla

de Benjamín lo hace en tono positivo, incluso con cierto orgullo.

LA BÚSQUEDA DE LAS ASNAS (3-13)

Vamos a entrar en una nueva etapa, decisiva, de la historia de Israel. Pero el autor, irónico como siempre, nos indica los curiosos caminos por los que Dios actúa: a través de la pérdida de unas asnas. Es imposible imaginar un motivo más trivial y menos político. Por otra parte, Saúl no busca directamente a Samuel; ni siquiera lo conoce. Serán otras personas (primero el criado, luego las muchachas del pueblo) quienes lo vayan encaminando hacia él. Estos detalles, que subrayan la ignorancia y pasividad de Saúl, parecen pretendidos. Más adelante lo veremos escondiéndose entre los carros cuando quieran elegirlo rey. Con ello, el autor nos presenta a Saúl como un muchacho sin deseos de destacar ni ambiciones políticas. El diálogo con el criado lo hace especialmente simpático. Saúl nunca lleva la voz cantante ni impone su criterio. Es el criado quien entrevé la solución, y también —curiosamente— el único de los dos que tiene algo de dinero para pagar al profeta. Saúl, primero a remolque de las asnas, marcha ahora a remolque del criado. Pero esto no lo convierte en un estúpido a los ojos del lector. Al contrario, le presta un aire juvenil y sencillo que se gana nuestra simpatía.

Saúl y su criado se expresan escuetamente, pronuncian las palabras indispensables. En cambio, las muchachas del pueblo hablan sin parar, aportando toda clase de detalles: sobre el sacrificio que se celebra ese día en el altozano, sobre el banquete preparado, la necesidad de esperar al profeta hasta que bendiga el sacrificio. Muchachas simpáticas, serviciales y charlatanas. ¿Estarán también, años más tarde, entre las que irriten a Saúl con su cancioncilla: «Saúl mató a mil, David a diez mil»?

Insisto en que estos detalles no son triviales. Quieren dar al relato un tono profundamente humano, cotidiano, lejos de lo ocurrido en la zarza ardiente del Sinaí. Dios actúa en Saúl de forma distinta.

LA REVELACIÓN PREVIA A SAMUEL (14-16)

Antes de producirse el encuentro, el narrador da un salto atrás para hablarnos de la revelación de Dios a Samuel: «Mañana te enviaré un hombre... para que lo unjas rey... y libre a mi pueblo... porque he visto la aflicción de mi pueblo, sus gritos han llegado hasta mí» (v. 15-16). Comparando estas frases con el final del capítulo 8 nos llevamos una sorpresa: allí era Samuel el encargado de nombrar un rey; aquí es Dios quien toma la iniciativa, Samuel se limita a ungir al monarca. También nos extraña la referencia a la dominación filisteo, ya que el capítulo 7 los presentó sometidos a Israel «mientras vivió Samuel» (7,13). Por último, asombra que ese Dios que prometió no escuchar los gritos de su pueblo diga ahora que «sus gritos han llegado hasta mí». Tenemos la impresión de hallarnos ante una tradición de origen distinto a la del capítulo 8, que ve la monarquía de forma positiva, como algo querido por Dios para salvar a su pueblo de una situación semejante a la de Egipto (véase Éx 3,7.9). Es cierto que el narrador evita el título de rey (*melek*) y usa el de jefe (*nagîd*) tanto en 9,16 como en 10,1; pero el relato se refiere claramente a la instauración futura de la monarquía, como deja claro el verso final: «el asunto del reino» (*melukah*, de la raíz *melek*).

Por otra parte, las palabras iniciales de Dios nos obligan a reinterpretar el relato precedente. Todo parecía casual: la pérdida de las asnas, la búsqueda inútil, el encuentro con Samuel. En realidad, nada de esto era casual: «Mañana te enviaré un hombre...». Ha sido Dios, guiando misteriosa-

mente los hilos de la historia, quien ha dirigido los pasos de Saúl. Y si el criado y las muchachas del pueblo han cumplido una tarea, detrás de ellos estaba Dios enviando a Saúl ante Samuel.

Hay un último dato de interés. Dios dice que enviará a un benjaminita. Un miembro de la tribu más pequeña de Israel, encajada entre Judá y Efraín. ¿No significa esto una ofensa para tribus más grandes y famosas? La elección de lo pequeño, que ya vimos en la historia de Ana y reaparecerá en la de David, queda también clara en este contexto.

EL ENCUENTRO CON EL PROFETA (17-21)

Lo anterior es algo revelado a Samuel el día antes del acontecimiento principal. El narrador vuelve ahora al presente para contarnos el primer encuentro entre Samuel y Saúl. Cuidando al máximo los detalles, nos hace caer en la cuenta del abismo que separa a ambos personajes. Saúl desconoce a Samuel y no cuenta con recursos especiales para descubrirlo. Ha tenido que preguntar a las muchachas; ahora pregunta a un desconocido que se encuentra por la calle. Samuel también desconoce a Saúl; pero cuenta con el Señor, que le indica quién es el hombre elegido. Un abismo se abre entre el profeta y la persona normal, aunque sea alguien elegido por Dios. Ese abismo no se debe a que el profeta sea un adivino, sino a que el Señor le habla y orienta en todo momento. Toda una teología del profetismo en un detalle que parece anecdótico.

El autor sigue manejando los contrastes de forma admirable. Saúl, buscando unas asnas, ha encontrado un vidente; va dispuesto a pagar, y se ve invitado a un banquete; piensa en una consulta rápida, y lo invitan a pasar la noche en el pueblo; quiere preguntar por sus asnas, y Samuel le asegura que le dirá todo lo que piensa; no dispone de nada

(el dinero es del criado) y le dicen que a él y a su familia les pertenece lo más valioso de Israel.

Todo contribuye a provocar en Saúl una reacción de desconcierto, especialmente la última idea. ¿Cómo es posible que lo más valioso de Israel le pertenezca a un miembro de la tribu más pequeña y de la familia menos importante de esa tribu? Su pregunta: «¿por qué me dices esto?», no es respondida por Samuel.

EL BANQUETE (22-24)

Como en un cuento de hadas, sin esperarlo ni imaginarlo, Saúl se ve sentado en la presidencia de treinta comensales y recibe una ración selecta, apartada especialmente para él. Saúl, que ha preguntado «¿por qué me dices esto?», podría preguntar ahora «¿por qué me haces esto?». Pero no dice nada, se deja conducir. El lector puede pensar que lo más importante es la dignidad con que Samuel trata a Saúl. Para el narrador es mucho más importante lo que dice al final de este apartado: «Aquel día, Saúl comió con Samuel». El hecho de comer juntos tiene un simbolismo especial en numerosos relatos bíblicos, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Es la mejor forma de expresar la amistad y la unión entre dos o más personas, el vínculo que se establece entre ellas. Y, en el libro de Samuel, las comidas son también momentos capitales. Ya vimos a Ana retirándose de la comida a causa de su tristeza; es una forma muy expresiva de reflejar su distancia con respecto al resto de la familia, su sentimiento de incompreensión. Ahora vemos lo contrario, Samuel y Saúl comen juntos. Más tarde, cuando David se ausente de la mesa de Saúl, quedará claro el abismo que se ha establecido entre ambos personajes. Centrándonos en nuestro episodio, la indicación de que «Saúl comió con Samuel» desea indicar que esto es más importante que ocu-

par la presidencia o recibir una porción selecta. La comida crea entre ambos personajes un vínculo especial.

LA NOCHE (25)

Pero tendrán que pasar unas horas hasta que Samuel y Saúl hablen en la azotea de la casa. Curiosamente, no se indica el contenido de esta conversación tan esperada, y la continuación del relato deja claro que no trataron el tema principal de la revelación divina. Si relacionamos esta frase con el relato anterior, habrían hablado de «todo lo que piensas» (v. 19). Algo que el autor no nos revela. Quizá por ello el texto griego ofrece una versión muy distinta de lo ocurrido: «Bajaron del aitozano hasta el pueblo y prepararon la cama a Saúl en la azotea». Según los LXX, Samuel y Saúl no hablan aquella noche; todo queda para el día siguiente.

LA UNCIÓN (9,26-10,1)

Efectivamente, hasta rayar el alba no le comunica Samuel a Saúl la palabra del Señor. Encontramos en el relato esa lentitud divina que tanto admiraba a los profetas. «La visión tiene un plazo, jadea hacia la meta, no fallará; aunque tarde, espérala, que ha de llegar sin retraso» (Hab 2,3). Para el lector, como para Saúl, los acontecimientos tardan en producirse. Para Dios y su profeta, llegan sin retraso.

Y entonces, a solas, excluyendo expresamente la presencia del criado, tiene lugar la unción. El sentido de este acto es importantísimo. Más tarde veremos el inmenso respeto que siente David hacia «el ungido del Señor». Y de este gesto procede la palabra Mesías (ungido), capital para los cristianos. En qué consistía lo dice claramente el texto: en derramar aceite sobre la cabeza del elegido. Pero el ori-

gen y el sentido de la acción son cuestiones muy discutidas.

LAS SEÑALES (10,2-7)

En una lectura selectiva de 1 Samuel es fácil caer en la tentación de omitir el comentario a estos versos. Pero contienen un tema teológico importante que no conviene pasar por alto. Las señales que recibe Saúl son tres: 1. junto a la tumba de Raquel, un hombre le comunicará que han aparecido las asnas; 2. en la encina del Tabor encontrará a tres hombres en peregrinación que lo saludarán y le darán dos panes; 3. en Guibeá se topará con un grupo de profetas. Es un itinerario con indicaciones muy explícitas, en el que ocurren cosas aparentemente normales. Pero el conjunto de estos datos, predichos de antemano por el profeta, deben demostrar a Saúl que la unción no ha sido un acto arbitrario y que Dios está con él. Desde entonces, puede hacer lo que crea más conveniente.

El hecho de que el personaje humano elegido por Dios para liberar a su pueblo reciba o pida una serie de señales lo encontramos en momentos capitales del Antiguo Testamento. Cuando Moisés es enviado por Dios a sacar a su pueblo de Egipto, duda de que le hagan caso, de que la gente no crea que se le ha aparecido el Señor. Entonces, Dios hace que el bastón que lleva en la mano se convierta en una serpiente, y luego que vuelva a transformarse en bastón. Una segunda señal consiste en meter la mano en el pecho, sacarla descolorida como nieve, volverla a meter y hacer que la carne vuelva a su estado natural. «Si no te creen ni te hacen caso al primer signo, te creerán al segundo. Y si no te creen ni hacen caso a ninguno de los dos, toma agua del Nilo, derrámala en tierra, y el agua que hayas sacado del Nilo se convertirá en sangre» (Éx 4,1-9). Vemos

la importancia de las señales para garantizar ante el pueblo la misión divina.

El caso de Gedeón es distinto. No es Dios quien ofrece la señal, sino el hombre quien la pide. Y no lo hace para garantizar su misión ante el pueblo, sino para asegurarse de que Dios le dará la victoria. «Si de veras vas a salvar a Israel por mi medio, como aseguraste, mira, voy a extender en la era esta zalea; si cae el rocío sobre la lana mientras todo el suelo queda seco, me convenceré de que vas a salvar a Israel por mi medio, como aseguraste» (Jue 6,36-37). Así ocurre; pero Gedeón pide una nueva señal en sentido inverso: que la zalea quede seca y el suelo mojado (Jue 6,38-40).

Hay también otro caso famoso relacionado con las señales que Dios ofrece en momentos de peligro: el del rey Acaz, cuando se ve asediado por sirios y efraimitas. Dios, a través del profeta Isaías, le ordena adoptar una actitud de vigilancia y calma. Los enemigos no tendrán éxito. Y le ofrece al rey una señal, la que quiera, en lo alto del cielo o en lo profundo de la tierra. Pero Acaz se resiste, refugiándose en una falsa piedad: «No quiero tentar al Señor». De hecho, Acaz ha buscado una señal que considera más segura: la ayuda del ejército asirio. En este contexto es cuando el profeta le da la gran señal de la muchacha que está embarazada y dará a luz un hijo al que pondrá por nombre Emmanuel, «Dios con nosotros».

He querido detenerme en este tema, en el contexto de una lectura espiritual de 1 Samuel, porque ilumina mucho una de las tentaciones a Jesús: la de tirarse desde el alero del templo. Es cierto que se presta a interpretaciones muy distintas. Podríamos considerarla como la tentación del sensacionalismo, de recurrir a procedimientos extravagantes para tener éxito en la actividad apostólica. La multitud congregada en el templo contempla el milagro y acepta a Jesús como Hijo de Dios. Pero esta interpretación olvida un deta-

lle importante. El tentador nunca hace referencia a esa hipotética muchedumbre. Lo que propone ocurre a solas entre Jesús y los ángeles de Dios. Por eso considero más exacto decir que la tentación consiste en *pedir pruebas que corroboren la misión encomendada*, al estilo de Moisés, Gedeón, Saúl o Acaz. Como respuesta al miedo y a la incertidumbre espontáneos ante una tarea difícil, Dios concede al elegido un signo milagroso que corrobore su misión o la ayuda del Señor. Da lo mismo que se trate de un bastón mágico (Moisés), de dos portentos con el rocío nocturno (Gedeón), de una serie de señales diversas (Saúl), o de un gran milagro en lo alto del cielo o en lo profundo de la tierra (Acaz). Lo importante es el derecho a pedir una señal que tranquilice y anime a cumplir la tarea.

Jesús, a punto de comenzar su misión, tiene derecho a un signo parecido. Basándose en la promesa del salmo 91,11-12 («a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos; te llevarán en volandas para que tu pie no tropiece en la piedra»), el tentador le propone una prueba espectacular y concreta: tirarse del alero del templo. Así quedará claro si es o no el Hijo de Dios. Sin embargo, Jesús no acepta esta postura, y la rechaza citando de nuevo un texto del Deuteronomio: «No tentarás al Señor tu Dios» (6,16). La frase del Dt es más explícita: «No tentaréis al Señor, vuestro Dios, poniéndolo a prueba, como lo tentasteis en Tentación (Masá)». Contiene una referencia al episodio de Núm 17,1-7. Aparentemente, el problema que allí se debate es el de la sed; pero al final queda claro que la auténtica tentación consiste en dudar de la presencia y la protección de Dios: «¿está o no está con nosotros el Señor?» (v. 7). En el fondo, cualquier petición de signos y prodigios encubre una duda en la protección divina. Jesús no es así. Su postura supera con mucho incluso a la de Moisés.

UNA ORDEN CAPITAL (10,8)

Las señales han terminado con esta advertencia: «Cuando te sucedan, haz lo que se te ofrezca, que Dios está contigo». En claro contraste con ella, encontramos ahora una orden muy concreta: bajar a Guilgal y esperar allí siete días, hasta que el profeta llegue a ofrecer sacrificios y le diga lo que debe hacer. El lector sospecha que Samuel le está quitando a Saúl la libertad que acaba de concederle en nombre de Dios, que el futuro rey queda sometido al profeta. Pero no imagina peligro alguno. Incluso parece una suerte para el joven e inexperto Saúl poder contar con el apoyo moral y los consejos del viejo profeta.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS SEÑALES (9-13)

Limitándose a indicar que todas las señales se cumplieron aquel mismo día, el autor se centra en la tercera. Pero hay curiosas diferencias entre lo anunciado y lo sucedido. Al hablar del encuentro con el grupo de profetas, Samuel le dijo a Saúl: «Te invadirá el espíritu del Señor, te convertirás en otro hombre, y te mezclarás en su danza». El cambio provocado por el espíritu se manifiesta en una acción muy concreta. Sin embargo, al narrar el cumplimiento de las señales comienza el autor por una afirmación global: «Cuando Saúl se apartó de Samuel, Dios le cambió el corazón». Al margen del encuentro con los profetas, sin acción del espíritu ni manifestación especial. Por pura acción de Dios, Saúl se convierte en un hombre distinto. En sí mismo, el dato de que Dios «le cambió el corazón» parece muy positivo. Conociendo la historia posterior, nos caben ciertas dudas. El tema del «corazón» del protagonista será capital en los capítulos siguientes, cuando se hable de David. Pero prefiero no adelantar acontecimientos.

En cambio, cuando viene sobre Saúl el espíritu, el autor no dice nada de que se transformó en otro hombre; sólo indica que se puso a danzar con ellos. Es una manera de explicar el refrán: «¡Hasta Saúl anda con los profetas!» (del que se ofrecerá otra explicación distinta en 19,24).

SAÚL VUELVE A CASA (10,13-16)

El relato termina cerrando un círculo perfecto: Saúl salió de casa y vuelve a ella. Pero con un contraste interesante: lo envió su padre, Quis, y con quien dialoga ahora es con su tío. El breve diálogo, magistral, hace sonreír al lector. Efectivamente, Saúl es un hombre nuevo. Sigue hablando tan poco como antes, pero ya no tiene nada de ingenuo. Calla lo más importante. ¿Es que no se fía de su tío? ¿Lo hace por miedo, o por modestia? Estas interpretaciones psicológicas no captan la intención del autor. El silencio subraya el carácter privado del acontecimiento, que no pudo presenciar ni siquiera el fiel criado. Ya llegará el momento de la elección pública; hasta entonces, nadie debe saber lo ocurrido. Eso pertenece exclusivamente a Dios, Samuel y Saúl.

Despedida de Samuel (1Samuel 12)

¹Samuel dijo a los israelitas:

—*Ya veis que os he hecho caso en todo lo que me pedisteis, y os he dado un rey. ²Pues bien, ¡aquí tenéis el rey! Yo estoy ya viejo y canoso, mientras que a mis hijos los tenéis entre vosotros. Yo he actuado a la vista de todos desde mi juventud hasta ahora. ³Aquí me tenéis, respondedme ante el Señor y su ungido. ¿A quién le quité un buey? ¿A quién le quité un burro? ¿A quién he hecho injusticia? ¿A quién he vejado? ¿De quién he aceptado un soborno para hacer la vista gorda? Decidlo y os lo devolveré.*

⁴Respondieron:

—*No nos has hecho injusticia, ni nos has vejado, ni has aceptado soborno de nadie.*

⁵Les dijo:

—*Yo tomo hoy por testigo frente a vosotros al Señor y a su ungido; no me habéis sorprendido con nada en la mano.*

Respondieron:

—*Sean testigos.*

⁶Samuel dijo al pueblo:

—*Es testigo el Señor, que envió a Moisés y a Aarón e hizo subir de Egipto a vuestros padres. ⁷Poneos en pie, que voy a juzgaros en presencia del Señor, repasando todos los beneficios que el Señor os hizo a vosotros y a vuestros padres: ⁸Cuando Jacob fue con sus hijos a Egipto, y los egipcios los oprimieron, vuestros padres gritaron al Señor, y el Señor envió a Moisés y a Aarón para que sacaran de Egipto a vuestros padres y los establecieran en este lugar. ⁹Pero olvidaron al Señor, su Dios, y él los vendió a Sísara, general del ejército de Yabín, rey de Jazor, y a los filisteos y al rey de Moab, y tuvieron que luchar contra ellos. ¹⁰Entonces gritaron al Señor: «Hemos pecado, porque hemos abandonado al Señor, para servir a Baal y Astarté; libranos del poder de nuestros enemigos y te serviremos». ¹¹El Señor envió a Yerubaal, a Barac, a Jefé y a Samuel (!), y os libró del poder de vuestros vecinos y pudisteis vivir tranquilos. ¹²Pero cuando visteis que os atacaba el rey amonita Serpiente, me pedisteis que os nombrara un rey, siendo así que el Señor es vuestro rey. ¹³Pues bien, ahí tenéis al rey que pedisteis y que habéis elegido; ya veis que el Señor os ha dado un rey. ¹⁴Si respetáis al Señor y le servís, si le obedecéis y no os rebeláis contra sus mandatos, vosotros y el rey que reine sobre vosotros viviréis siendo fieles al Señor, vuestro Dios. ¹⁵Pero si no obedecéis al Señor y os rebeláis contra sus mandatos, el Señor descargará la mano sobre vosotros y sobre vuestro rey, hasta destruirlos. ¹⁶Ahora preparaos para asistir al prodigio que el Señor va*

a realizar ante vuestros ojos. ¹⁷Estamos en la siega del trigo, ¿no es cierto? Pues voy a invocar al Señor para que envíe una tronada y un aguacero; así reconoceréis la grave maldad que cometisteis ante el Señor pidiéndole un rey.

¹⁸Samuel invocó al Señor, y el Señor envió aquel día una tronada y un aguacero. ¹⁹Todo el pueblo, lleno de miedo ante el Señor y ante Samuel, dijo a Samuel:

—Reza al Señor, tu Dios, para que tus siervos no mueran, porque a todos nuestros pecados hemos añadido la maldad de pedirnos un rey.

²⁰Samuel dijo al pueblo:

—No temáis. Ya que habéis cometido esa maldad, al menos en adelante no os apartéis del Señor; servid al Señor con todo el corazón, ²¹no sigáis a los ídolos, que ni auxilian ni liberan, porque son puro vacío. ²²Por el honor de su gran Nombre, el Señor no rechazará a su pueblo, porque el Señor se ha dignado hacer de vosotros su pueblo. ²³Por mi parte, libreme Dios de pecar contra el Señor dejando de rezar por vosotros y de enseñaros el camino recto y bueno. ²⁴Pero respetad al Señor y servidlo sinceramente y de todo corazón, ya que habéis visto los grandes beneficios que os ha hecho. ²⁵Y si obráis mal, pereceréis, tanto vosotros como vuestro rey.

En la teoría de Martin Noth, llegamos a uno de los momentos capitales de la Historia deuteronomista: siempre que termina un período, el autor de la Historia aprovecha la ocasión para poner en boca de un personaje importante un discurso de despedida. Así ocurrió con Moisés al terminar la marcha por el desierto; con Josué, que cierra la época de la conquista; y ahora con Samuel, que pone fin al período de los jueces. Cada uno de estos discursos tiene sus rasgos peculiares, dependiendo del contexto histórico que imagina el autor, pero es común a todos ellos el tema de la fidelidad a Dios.

Samuel, tras indicar que ha accedido a la petición del pueblo, le obliga a reconocer que su actuación se ha mantenido siempre dentro de la más estricta justicia. Reaparece el Samuel dolido del capítulo 8, que ve en la petición de un rey una crítica velada a su persona. Pero la parte principal de su intervención se centra en el tema de la realeza. Una vez más, el enfoque del discurso no es político, sino teológico. El profeta no pretende argumentar. Va a llevar a cabo su última actuación como juez de Israel: «Poneos en pie, que voy a juzgaros en presencia del Señor». En la mentalidad deuteronomista, la actividad de los jueces no se limitaba al terreno militar («salvar de los enemigos»), ni al de dirimir pleitos entre la gente, sino que debían dirimir también el gran pleito entre Dios y el pueblo, donde Dios aparece como inocente y el pueblo como pecador.

Por eso, la parte central del discurso va alternando los beneficios divinos con la respuesta negativa del pueblo, igual que hace el profeta Oseas al recordar la historia de Israel (Os 11,1-3). Remontándose a Jacob, pasan ante nuestros ojos Moisés, Aarón, Yerubbaal, Barac, Jefté y el mismo Samuel (dato que algunos consideran anómalo, y proponen cambiar Samuel por Sansón). Todos ellos son una prueba de que Dios escuchó a su pueblo en momentos de peligro. Tras el gran beneficio inicial de la liberación de Egipto, el autor emplea el mismo esquema que se repite hasta la saciedad en el libro de los Jueces: el pueblo peca, Dios lo castiga, el pueblo se convierte, Dios lo salva. Sin embargo, este ciclo ininterrumpido de pecado, castigo, conversión, salvación, termina rompiéndose. Cuando lo ataca el rey amonita Serpiente (Najas), en vez de convertirse pide un rey, «siendo así que el Señor es vuestro rey». Estamos de nuevo en esa crítica radical a la monarquía, que la ve como un atentado contra la dignidad de Dios y un pecado semejante al

de la idolatría. Pero el mismo Samuel reconoce que la situación no es tan grave. Todo dependerá de la actitud que se adopte en el futuro. Con una mentalidad típica del Deuteronomio, el discurso ofrece a los oyentes dos posibilidades: la vida y la muerte. La vida, si respetan al Señor, le sirven y lo obedecen. La muerte, si no obedecen y se rebelan contra sus mandatos. En el fondo, lo importante no es la judicatura ni la monarquía, sino la fidelidad a Dios. El lector recuerda que Elí y sus hijos no vivieron en tiempos de la monarquía, pero se rebelaron contra el Señor y murieron por su pecado. Esta idea podría tranquilizar bastante a los oyentes, convencerlos de que no han pedido nada malo. De hecho, en los episodios anteriores, el pueblo nunca ha considerado su actitud como un pecado. Pero ahora, después del aguacero y la tronada, tendrá que hacerlo: «A todos nuestros pecados hemos añadido la maldad de pedirnos un rey».

¿Cuál sería la conclusión lógica tras esta confesión? Renunciar a la monarquía. Sin embargo, Samuel no obliga al pueblo a dar marcha atrás, no quiere ir en contra de la historia. La parte final de su discurso habla de los protagonistas principales de los acontecimientos (el pueblo, Dios, Samuel), refiriéndose a su actitud futura. El pueblo deberá mantenerse fiel a Dios; el Señor no rechazará a su pueblo aunque se sienta rechazado como rey; el profeta no dejará de rezar por ellos ni de enseñarles el camino recto; el pueblo decidirá con su actitud si las cosas le irán bien o mal. Hay tres detalles importantes en estas palabras finales: 1. la actitud del pueblo se menciona al comienzo (20-21) y al terminar (24-25), subrayando que el futuro depende de su conducta, sobre la que cabe alimentar ciertas dudas; 2. en cambio, no cabe duda alguna sobre la actitud de Dios y del profeta, que estarán siempre de parte del pueblo; 3. el rey sólo aparece al final, y no como protagonista, sino como sujeto pasivo, cuyo destino depende de lo que haga el pueblo.

Con esto termina la gran sección de los capítulos 8-12, subrayando la responsabilidad del pueblo en lo ocurrido. Fue el pueblo quien pidió un rey; será el pueblo quien decida su destino y el de su monarca. Por medio quedan tradiciones muy distintas, aparentemente opuestas y contradictorias. Pero el lector admira la maestría del autor al fundirlas de modo tan genial. La genialidad no es puramente literaria, sino política y teológica. Una visión simplista, maniquea, habría producido un relato promonárquico o antimonárquico. Blanco o negro, sin luces ni sombras. El autor prefiere el contraste, el claroscuro, que pone de relieve las ventajas e inconvenientes de cualquier institución política, la ambigüedad de todo lo humano. El pesimista que tiende a subrayar los fallos de la institución no puede menos de recordar los bellos relatos sobre Saúl, su sencillez, falta de ambición, valentía, magnanimidad. El optimista que se entusiasma con lo nuevo recibe un toque de atención: ninguna institución garantiza el futuro mejor, sólo la fidelidad a Dios. Esta ambigüedad es la que da al relato su perenne actualidad.

Algunos preferirán no ver el capítulo 12 como síntesis de las posturas anteriores, sino como reelaboración antimonárquica de un núcleo favorable a la monarquía. En esta hipótesis, los versos 1-5.13-15 podrían haber constituido el final de las tradiciones contenidas en 8,1-5.21-22; 10,17.20-27; 11, que hablan positivamente de la nueva institución; el rey, el ungido, aparece a una luz favorable, nombrado junto a Dios (v. 3.5). La reelaboración antimonárquica habría añadido los versos 6-12.16-25, repitiendo sus temas de ingratitud con Dios y de la gran maldad cometida (17), que el pueblo finalmente reconoce (19). Ya que el mal es irremediable (¿por qué?), al menos aconseja portarse bien (20-21), al tiempo que asegura la intercesión y los consejos del profeta.

SAÚL RECHAZADO (1Samuel 13-15)

Con todas las dudas y discusiones, la monarquía ha terminado por imponerse, con Saúl como primer rey de Israel. En 13,1 se da la noticia introductoria a su reinado, y al final del libro (cap. 31) se cuenta su muerte. Sin embargo, no podemos decir que esta extensa sección de los capítulos 13-31 tenga como principal protagonista a Saúl. Muy pronto (cap. 16) aparece ante nosotros David, que acapara la atención del narrador. De las tradiciones contenidas en los capítulos 13-15 selecciono la que considero fundamental para el autor de la obra.

Condena definitiva de Saúl (1Samuel 15)

¹*Samuel dijo a Saúl:*

—El Señor me envió para ungirte rey de su pueblo Israel. Por tanto, escucha las palabras del Señor: ²Así dice el Señor de los Ejércitos: «Voy a tomar cuentas a Amalec de lo que hizo contra Israel, atacándolo cuando subía de Egipto. ³Ahora ve y atácalo; entrega al exterminio todos sus haberes, y a él no lo perdones; mata a hombres y mujeres, niños de pecho y chiquillos, toros y ovejas, camellos y burros».

⁴Saúl convocó al ejército y le pasó revista en Telán: doscientos mil de infantería y diez mil de Judá. ⁵Marchó a las ciudades amalecitas y puso emboscadas en la vaguada. ⁶Saúl dijo a los quenitas: *Id, retiraos, y salid de en medio de los amalecitas, no sea que os haga desaparecer con ellos; pues vosotros tratasteis benévolamente a todos los hijos de Israel cuando subían de Egipto. Retiráronse, pues, los quenitas de en medio de los amalecitas.* ⁷Saúl derrotó a los amalecitas, desde Telán, según se va a La Muralla, en la frontera de Egipto. ⁸Capturó vivo a Agag, rey de Amalec, pero a su ejército lo pasó a cuchillo. ⁹Saúl y su ejército perdonaron la vida a Agag, a las mejores ovejas y vacas, al ganado bien cebado, a los corderos y a todo lo que valía la pena, sin querer exterminarlo; en cambio, exterminaron lo que no valía nada.

¹⁰El Señor dirigió la palabra a Samuel:

¹¹—Me pesa haber hecho rey a Saúl, porque ha apostata-do de mí y no cumple mis órdenes.

¹²Samuel se entristeció y se pasó la noche gritando al Señor. Por la mañana madrugó y fue a encontrar a Saúl; pero le dijeron que se había marchado a La Vega, donde había erigido una estela, y después, dando un rodeo, había bajado a Guilgal.

¹³Samuel se presentó a Saúl, y éste le dijo:

—El Señor te bendiga. He cumplido el encargo del Señor.

¹⁴Samuel le preguntó:

—¿Y qué son esos balidos que oigo y esos mugidos que siento?

¹⁵Saúl contestó:

—Los han traído de Amalec. La tropa ha dejado con vida a las mejores ovejas y vacas para ofrecérselas en sacrificio al Señor. El resto lo hemos exterminado.

¹⁶Samuel replicó:

—Pues déjame que te cuente lo que el Señor me ha dicho esta noche.

Contestó Saúl:

—Dímelo.

¹⁷Samuel dijo:

—Aunque te creas pequeño, eres la cabeza de las tribus de Israel, porque el Señor te ha nombrado rey de Israel. ¹⁸El Señor te envió a esta campaña con orden de exterminar a esos pecadores amalecitas, combatiendo hasta acabar con ellos. ¹⁹¿Por qué no has obedecido al Señor? ¿Por qué has echado mano a los despojos, haciendo lo que el Señor reprueba?

²⁰Saúl replicó:

—Pero ¡si he obedecido al Señor! He hecho la campaña a la que me envió, he traído a Agag, rey de Amalec, y he exterminado a los amalecitas. ²¹Si la tropa tomó del botín ovejas y vacas, lo mejor de lo destinado al exterminio, lo hizo para ofrecérselas en sacrificio al Señor, tu Dios, en Guilgal.

²²Samuel contestó:

—¿Quiere el Señor sacrificios y holocaustos o quiere que obedezcan al Señor? Obedecer vale más que un sacrificio; ser dócil, más que grasa de carneros. ²³Pecado de adivinos es la rebeldía, crimen de idolatría es la obstinación. Por haber rechazado al Señor, el Señor te rechaza hoy como rey.

²⁴Entonces Saúl dijo a Samuel:

—He pecado, he quebrantado el mandato de Dios y tu palabra; tuve miedo a la tropa y les hice caso. ²⁵Pero ahora perdona mi pecado, te lo ruego; vuelve conmigo y adoraré al Señor.

²⁶Samuel le contestó:

—No volveré contigo. Por haber rechazado la palabra del Señor, el Señor te rechaza como rey de Israel.

²⁷Samuel dio media vuelta para marcharse. Saúl le agarró la orla del manto, que se rasgó, ²⁸y Samuel le dijo:

—El Señor te arranca hoy el reino y se lo entrega a otro más digno que tú. ²⁹El Campeón de Israel no miente ni se arrepiente, porque no es un hombre para arrepentirse.

³⁰Saúl le dijo:

—Cierto, he pecado; pero esta vez salva mi honor ante los concejales del pueblo y ante Israel. Vuelve conmigo para que haga la adoración al Señor, tu Dios.

³¹ Samuel volvió con Saúl y éste hizo la adoración al Señor.

³² Entonces Samuel ordenó:

—Acercadme a Agag, rey de Amalec.

Agag se acercó temblando, y dijo:

—Ahora pasa la amargura de la muerte.

³³ Samuel le dijo:

—Tu espada dejó a muchas madres sin hijos; entre todas quedará sin hijos tu madre.

Y lo descuartizó en Guilgal, en presencia del Señor. ³⁴ Luego se volvió a Ramá, y Saúl se volvió a su casa de Loma de Saúl.

³⁵ Samuel no volvió a ver a Saúl mientras vivió. Pero hizo duelo por él, porque el Señor se había arrepentido de haber hecho a Saúl rey de Israel.

El autor toma como punto de partida un dato que conocemos ya por el resumen analítico: Saúl luchó contra los amalecitas. El antepasado de este pueblo, Amalec, aparece en el Génesis como descendiente de Esaú (36,12.16). Por consiguiente, se trata de un grupo emparentado con los israelitas. Pero las relaciones entre ambos pueblos siempre fueron malas. Cuando reaparecen, después de la salida de los israelitas de Egipto, lo primero que hacen es atacar a Israel (Éx 17,8-16). Una tradición complementaria del Deuteronomio aclara cómo se llevó a cabo el ataque: «Recuerda lo que te hicieron los amalecitas por el camino, cuando salías de Egipto: te salieron al encuentro cuando ibas cansado y deshecho y atacaron por la espalda a los rezagados sin respetar a Dios» (Dt 25,17). No sabemos qué motivó este ataque traicionero, pero produjo un odio definitivo de Israel hacia Amalec. La tradición del Éxodo contiene dos frases muy claras en este sentido. Una se pone en boca de Dios: «Borraré la memoria de Amalec bajo los cie-

los» (Éx 17,14). La otra cierra el relato: «El Señor está en guerra contra Amalec de generación en generación» (Éx 17,16). Y el Deuteronomio recoge las palabras de Dios como mandato para Israel: «Borrarás la memoria de Amalec bajo el cielo. No te olvides» (Dt 25,19).

Siguiendo el hilo de la tradición bíblica, Israel no ha tenido ocasión hasta ahora de cumplir este mandato. Su debilidad militar y las numerosas amenazas de los pueblos vecinos impedían preocuparse de una cuestión aparentemente secundaria. Pero ahora, cuando Israel cuenta con un rey y mayor poderío militar, se encomienda a Saúl llevar a cabo esta misión. No será una simple expedición punitiva. Se trata de consagrarlo todo al exterminio: hombres, mujeres, niños de pecho y chiquillos, toros y ovejas, camellos y burros. Nos hallamos ante la práctica del anatema, una de las más hirientes para la sensibilidad moderna.

En ella advertimos unos presupuestos antropológicos: a) el valor absoluto de la venganza; b) el enemigo no merece ningún respeto; c) la vida del otro vale poco. Y unos presupuestos teológicos: a) a Dios le gusta que le ofrezcan personas y cosas; es cruel. b) Dios es parcial. Está de nuestra parte.

Para una sensibilidad moderna, especialmente cristiana, resulta escandaloso que los israelitas maten a hombres, mujeres y niños. Sobre todo, que lo hagan en nombre de Dios. ¿Cómo se explica esto? Hay tres formas de responder a esta pregunta.

1. Sin intentar defender dicha ley, podríamos decir en su favor que impide que la guerra se convierta en medio de enriquecimiento. Al deber aniquilarlo todo, la campaña militar no repercute en beneficio de la tropa ni del pueblo; no aumenta el número de esclavos, no se apoderan del ganado ni de los tesoros. La «guerra santa» se convierte así en la salida última, inevitable, ante una situación extrema. Nunca

podrá ser la tapadera de un afán de dominio o de las ventajas económicas de una minoría. La ley del anatema es lo más opuesto a la antigua y moderna concepción de «la guerra como negocio y el negocio de la guerra». De todos modos, esta postura no nos deja satisfechos.

2. La segunda postura relativiza el problema, diciendo que no ocurrieron cosas tan graves como las que afirma la Biblia, especialmente el libro de Josué. La entrada de los israelitas en Canaán tuvo mucho más de «infiltración pacífica» que de «conquista». Si hubo alguna escaramuza, predominaron los momentos de convivencia pacífica y de alianzas con los anteriores habitantes.

3. La tercera postura acepta el hecho histórico del anatema como un condicionamiento histórico del que no debemos escandalizarnos. En la línea propuesta por Tricot a comienzos de siglo, y defendida por Stern en su reciente monografía sobre el tema: Israel (igual que Moab y otros pueblos) *veía el herem como una forma de instaurar el orden en un mundo caótico, en poder de las fuerzas del mal*. Esta mentalidad no ha desaparecido en nuestra cultura, como demuestra la actitud de todos los imperios «cristianos»: españoles, ingleses, franceses, norteamericanos, que han pretendido instaurar un recto orden internacional sin preocuparse demasiado del número de víctimas de ese «orden».

Aunque esta tercera postura fuese válida, deberíamos preguntarnos: ¿es «palabra de Dios» el punto de vista de los autores bíblicos? Desde luego, no es la palabra definitiva de Dios. Al menos, tendríamos que aplicarle el criterio de las antítesis del Sermón del Monte: «Habéis oído que se dijo a vuestros mayores... pero yo os digo». En el fondo de la ley del anatema subyace el miedo al extranjero, el miedo al que piensa y actúa de manera distinta que yo. Los brotes actuales de xenofobia demuestran que esto hunde sus raíces en zonas misteriosas del individuo y de los pueblos. Al menos,

este mundo de ideas y de sentimientos nos ayuda a valorar –por contraste– la afirmación del Nuevo Testamento: «Vendrán de Oriente y de Occidente a sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, y los hijos del Reino serán arrojados fuera». Es el anti-herem.

De todas formas, lo que preocupa al lector moderno no angustia lo más mínimo al autor del relato. Parte de algo conocido y aceptado, y encomienda a Saúl la misión de cumplir el castigo divino. Sin embargo, el rey y la tropa toman una decisión fatal: exterminan lo que no vale nada y perdonan la vida al rey Agag y a los mejores animales.

Y Dios se dirige a Samuel con las palabras cruciales del capítulo: «Me pesa de haber hecho rey a Saúl, porque ha apostatado de mí y no cumple mis órdenes» (v. 11). Estas palabras representan un claro duplicado con las del enfrentamiento anterior entre Samuel y Saúl: «Si hubieras cumplido la orden del Señor, tu Dios, él consolidaría tu reino sobre Israel para siempre. En cambio, ahora tu reino no durará» (13,13-14). Ambas tradiciones recogen el mismo tema: la desobediencia del rey es causa de su condena. Pero hay diferencias interesantes. En el capítulo 13 es Samtiel quien tiene la iniciativa y pronuncia sus palabras sin aducir un oráculo divino; incluso parece satisfecho de coger a Saúl en falta. Aquí, en el capítulo 15, la situación varía: es Dios mismo quien pronuncia la condena de Saúl, quien muestra su pesar por haberlo elegido rey; y Samuel no parece contento por esta condena, sino tan triste que se pasa la noche entera gritando al Señor. Por otra parte, el pecado parece mucho más grave en el capítulo 15 que en el 13; no se trata de adelantarse a ofrecer sacrificios sin esperar al profeta, sino de contravenir una ley tan importante como la del anatema. También conviene advertir que el relato del capítulo 15 ignora la condena anterior del 13, aunque ambas tradiciones parecen haber nacido en el mismo ambiente

profético. Si nos preguntamos qué versión es la más primitiva, deberíamos inclinarnos por la del capítulo 15, ya que la intervención de Samuel aparece aquí perfectamente integrada en su contexto, mientras que en el capítulo 13 se inserta de manera forzada y artificial. Pero a los autores bíblicos no les preocupan mucho las diferencias entre las tradiciones ni su posible oposición. Para ellos, las dos intervenciones de Samuel sirven para remachar el mismo clavo: Saúl ha pecado desobedeciendo al Señor. Samuel lo condena desde el principio, Dios se reserva para un segundo momento, confirmando el veredicto de su profeta.

Y entramos en la sección más dramática del capítulo, la del diálogo entre Samuel y Saúl. Es un pasaje escrito con suma maestría, en el que Saúl va perdiendo posiciones paso a paso. Sus primeras palabras reflejan plena satisfacción: «El Señor te bendiga. He cumplido el encargo del Señor» (v. 13). Cuando se ve acusado, se defiende con energía: «¡He obedecido al Señor! He hecho la campaña a la que me envió, he traído a Agag, rey de Amalec, y he exterminado a los amalecitas» (v. 20). En la penúltima intervención reconoce su culpa, aunque intenta justificarla por el miedo a los soldados: «He pecado, he quebrantado el mandato del Señor y tu palabra; tuve miedo a la tropa y le hice caso» (v. 24). Al final, sin escapatoria de ningún tipo, se reconoce como único culpable: «Cierto, he pecado» (v. 30).

El lector sabe desde el comienzo en qué ha consistido ese pecado que Saúl admite con tanto trabajo: en la desobediencia. Pero el diálogo ayuda a descubrir por qué ha desobedecido al Señor. Una lectura superficial y rápida del capítulo podría justificar la postura de Saúl a partir del egoísmo y los intereses materiales: se consagra a Dios lo peor, y el rey se reserva para él y la tropa lo mejor. Sin embargo, no es esto lo que dice Saúl, y Samuel tampoco lo pone en duda. Lo que el rey pretendía es ofrecer las mejores ovejas y vacas

al Señor en Guilgal. Un argumento que habrían aceptado como válido la inmensa mayoría de los israelitas. Pero no Samuel:

*¿Quiere el Señor sacrificios y holocaustos,
o quiere que obedezcan al Señor?
Obedecer vale más que un sacrificio,
ser dócil, más que grasa de carneros.*

(1Sam 15,22)

Este texto nos descubre dos detalles importantes: primero, que el hombre tiene la tentación de buscar su propio camino para contentar a Dios, y piensa que ese camino pasa necesariamente por el culto; segundo, que el profeta no considera el culto como un valor absoluto; hay cosas más valiosas, y ante ellas las prácticas culturales casi carecen de valor.

De hecho, los siglos posteriores no harán más que confirmar la validez de estas dos ideas, como demuestra la revisión de los textos proféticos sobre el tema. Lo que está en juego a través de toda la crítica profética al culto es la forma de relacionarse con Dios y de agradecerle. El hombre piensa que esto sólo es posible por una vía directa a la divinidad, el camino de los sacrificios, ofrendas, peregrinaciones, rezos. Para los profetas sólo hay una vía segura de acceso a Dios: la que pasa a través de su palabra, su voluntad, su ley.

En el caso de Saúl, lo grave no es sólo que ha desobedecido, sino también por qué ha desobedecido: por hacerse su propia idea de lo que a Dios le agrada.

Sin embargo, en la dinámica del primer libro de Samuel, el tema del pecado de Saúl está en relación con otro más importante, el castigo que recibe, formulado por tres veces. Las dos primeras fórmulas son muy parecidas, ambas negativas y sin un resquicio de esperanza: «Por haber rechazado

al Señor, el Señor te rechaza hoy como rey» (v. 23). «Por haber rechazado la palabra del Señor, el Señor te rechaza como rey de Israel» (v. 26). ¿Significa esto que la monarquía queda condenada desde el principio y se volverá a la antigua época de los jueces? No. La tercera afirmación abre un futuro esperanzador: «El Señor te arranca hoy el reino y se lo entrega a otro más digno que tú» (v. 28). Es lo mismo que se dijo en 13,14: «El Señor se ha buscado un hombre a su gusto y lo ha nombrado jefe de su pueblo, porque tú no has sabido cumplir la orden del Señor». ¿Quién será esa persona? La lectura de los capítulos 13-14 podría hacer nos pensar en Jonatán, valiente, decidido, admirado por su pueblo, al que Dios concede la victoria. Pero Jonatán no desempeña papel alguno en el capítulo 15. ¿Será otro personaje desconocido? La curiosidad del lector encontrará respuesta inmediata en el episodio siguiente.

DAVID, SUSTITUTO DE SAÚL (1Samuel 16-31)

Desde 1Sam 16 hasta 1Re 2, el relato está dominado por la figura de David. Siguen apareciendo personajes importantes, como Samuel, Saúl, Absalón. Pero es el pastorcillo convertido en rey quien acapara la atención por completo. En conjunto, estamos ante las mejores páginas narrativas de la Biblia.

La ciencia bíblica contemporánea acostumbra distinguir en estos capítulos dos grandes obras, que habrían sido utilizadas más tarde por el historiador o historiadores deuteronomistas: la «Historia de la subida de David al trono» (1Sam 16 - 2Sam 7) y la «Historia de la sucesión» (2Sam 9-20; 1Re1-2). Al margen quedarían las tradiciones de 2Sam 8 (sobre una serie de campañas de David) y las contenidas en 2Sam 21-24. Conviene reconocer desde el principio que la división en dos grandes obras no es tan evidente como sugieren muchos comentarios y artículos; hay capítulos de la «Historia de la sucesión» que parecen escritos por el mismo autor de la «Historia de la subida». De todas formas, parece bastante sensato distinguir dos partes esenciales. Entre otras cosas, porque corresponden a dos etapas radicalmente distintas en la vida de David: antes y después de convertirse en rey de Judá e Israel.

Para los que estudiaron Historia Sagrada hace años, o para los lectores asiduos de la Biblia, son de las páginas más conocidas. Trazan un arco perfecto desde David niño, cuidando las ovejas de su padre, hasta que se convierte en rey de Judá e Israel y recibe la promesa de una descendencia eterna. En medio quedan su llegada a la corte de Saúl como músico que ahuyenta del rey el mal espíritu; su batalla con Goliat; su rápido ascenso como militar y la envidia del monarca; la huida al país filisteo; la formación de un grupo armado para sobrevivir en el desierto y, más tarde, como jefe de mercenarios al servicio de los filisteos. Hasta que, muerto Saúl, los del Sur lo eligen rey de Judá y, siete años más tarde, los del Norte le piden que sea también rey de Israel.

Quien comenta sólo el primer libro de Samuel se ve en un grave aprieto: está obligado a interrumpir una obra literaria a la mitad, cuando falta incluso la parte más importante. Por eso, aunque me atenga a los límites previstos, el lector no debe extrañarse si a veces hago referencias a episodios posteriores. Además, como indiqué en la Introducción, los episodios están tan perfectamente trabados entre sí (a pesar de la diversidad de tradiciones que a veces encontramos), que resulta casi imposible eliminar ninguno.

David, ungido rey (1Samuel 16,1-13)

¹ El Señor dijo a Samuel:

—¿Hasta cuándo vas a estar lamentándote por Saúl, si yo lo he rechazado como rey de Israel? Llena la cuerna de aceite y vete, por encargo mío, a Jesé, el de Belén, porque entre sus hijos me he elegido un rey.

² Samuel contestó:

—¿Cómo voy a ir? Si se entera Saúl, me mata.

El Señor le dijo:

—Lleva una novilla y dices que vas a hacer un sacrificio al Señor. ³ Convidas a Jesé al sacrificio y yo te indicaré lo que tienes que hacer; me ungrás al que yo te diga.

⁴ Samuel hizo lo que le mandó el Señor. Cuando llegó a Belén, los ancianos del pueblo fueron ansiosos a su encuentro:

—¿Vienes en son de paz?

⁵ Respondió:

—Sí, vengo a hacer un sacrificio al Señor. Purificaos y venid conmigo al sacrificio.

Purificó a Jesé y a sus hijos y los convidó al sacrificio.

⁶ Cuando llegaron, vio a Eliab, y pensó:

—Seguro, el Señor tiene delante a su ungido.

⁷ Pero el Señor le dijo:

—No te fijas en las apariencias ni en su buena estatura. Lo rechazo. Porque Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia. El Señor ve el corazón.

⁸ Jesé llamó a Abinadab y lo hizo pasar ante Samuel, y Samuel le dijo:

—Tampoco a éste lo ha elegido el Señor.

⁹ Jesé hizo pasar a Samá, y Samuel dijo:

—Tampoco a éste lo ha elegido el Señor.

¹⁰ Jesé hizo pasar a siete hijos suyos ante Samuel, y Samuel le dijo:

—Tampoco a éstos los ha elegido el Señor.

¹¹ Luego preguntó a Jesé:

—¿Se acabaron los muchachos?

Jesé respondió:

—Queda el pequeño, que precisamente está cuidando las ovejas.

Samuel dijo:

—Manda a por él, que no nos sentaremos a la mesa mientras no llegue.

¹² *Jesé mandó a por él y lo hizo entrar: era de buen color, de hermosos ojos y buen tipo. Entonces el Señor dijo a Samuel:*

—Anda, úngelo, porque es éste.

¹³ *Samuel tomó la cuerna de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. En aquel momento invadió a David el espíritu del Señor y estuvo con él en adelante. Samuel emprendió la vuelta a Ramá.*

El capítulo 15 terminaba con una nota trágica: «El Señor se arrepintió de haber hecho reinar a Saúl sobre Israel» (v. 35). A partir de este momento, aunque Saúl siga ejerciendo sus funciones, Israel, desde el punto de vista de Dios, carece de rey. Al menos, no cuenta con el rey ideal. ¿Qué hará el Señor? ¿Esperar a que muera, para elegir a un sucesor de acuerdo con sus deseos? Los relatos anteriores nos han indicado que Dios ya ha elegido un hombre «según su corazón». Si olvidamos nuestros conocimientos de la historia bíblica y nos situamos en la perspectiva del autor del primer libro de Samuel, lo anterior ha debido ir creando en nosotros cierta tensión. ¿A quién ha elegido el Señor? ¿Qué cualidades tendrá ese elegido?

La respuesta la tenemos en este breve pasaje sobre la uncción privada de David. La estructura del relato es la siguiente: *a)* Diálogo entre el Señor y Samuel (1-3); *b)* Samuel y los ancianos de Belén (4-5a); *c)* Samuel y la familia de Jesé (5b-13a); *d)* Samuel vuelve a Ramá (13b).

DIALOGO ENTRE EL SEÑOR Y SAMUEL (1-3)

Una lectura precipitada del pasaje puede hacernos olvidar el comienzo y conceder toda la importancia al momento final, cuando aparece David. Pero el punto de partida es fundamental. El autor contrasta dos actitudes: la de Samuel, que sólo sabe lamentarse del rechazo de Saúl, y la de Dios,

que adopta decisiones concretas. El lamento de Samuel recoge un tema que ya apareció en 15,10, y sugiere una idea importante: en los frecuentes choques que se darán en tiempos posteriores entre reyes y profetas, el profeta no se opone al rey por puro capricho ni por simple enemistad personal. Al contrario, el profeta puede sentirse afectivamente vinculado al rey, como lo estará más tarde Natán a David, o Isaías a Ezequías. Y para el profeta no resulta agradable deber enfrentarse al monarca. De acuerdo con el relato anterior, Samuel no era partidario de la monarquía. La ha aceptado por deseo del pueblo y decisión de Dios. Pero, una vez que ha tenido lugar la elección de Saúl, Samuel llega a manifestar su entusiasmo por el primer rey. El cambio tan temprano en la actitud de Dios lo desconcierta y le sienta mal (15,10). Aunque se somete a la voluntad divina, y condena a Saúl después de la batalla contra los amalecitas, Samuel sigue lamentándose por el destino de Saúl, como si su queja pudiese cambiar la decisión divina. Pero quejas y lamentos no sirven de nada cuando Dios ha tomado una decisión, y al profeta sólo le queda someterse a esos nuevos planes y llevarlos a la práctica.

Esta idea del protagonismo de Dios en la historia es también típica de la historiografía israelita, sobre todo de la profética. En los comienzos de la monarquía, fue el pueblo quien dio el primer paso pidiendo un rey. Dios terminó aceptándolo. Una vez aceptado, es él quien toma la iniciativa y decide lo más adecuado en cada caso. Aquí no se consulta al pueblo. No se le pregunta su opinión sobre Saúl, ni se lleva a cabo una elección sagrada por sorteo ante las tribus, para saber quién es el sucesor adecuado. Dios toma la decisión sin contar con nadie. Pero no es una decisión arbitraria. Lo importante es que el pueblo esté bien gobernado y no carezca de pastor. Por eso, no se limita a rechazar a Saúl, sino que elige al mismo tiempo a alguien que lo

sustituya: un hijo de Jesé de Belén. Resulta raro que Dios no comunique a Samuel el nombre del elegido. Pero en este detalle radicaré gran parte del interés de la historia.

(Este contraste entre el profeta que se queja y el Dios que actúa es también típico del librito de Habacuc, aunque con matices distintos. La historia, con sus vaivenes incomprensibles, con la crueldad que supone el imperialismo asirio, egipcio o babilonio, es motivo de escándalo y desconcierto para cualquier persona, especialmente para quien se preocupa por la acción de Dios en ella, como el profeta. Pero la queja y el lamento de Habacuc, por muy proféticos que sean, no sirven de nada, no modifican los hechos. Es Dios quien toma la iniciativa e interviene en la historia para derrotar al malvado.)

Ante la orden divina de ir a Belén, la respuesta de Samuel resulta extraña. Objeta: «Si se entera Saúl, me mata». Nada en los relatos anteriores ni posteriores justifica estos temores de Samuel. Siempre se ha mostrado superior a Saúl, con plena autoridad, y ha sido el rey quien ha debido humillarse ante el profeta para seguir conservando su prestigio ante el pueblo. Más adelante volveremos sobre este extraño detalle.

Para evitar la cólera de Saúl, Dios mismo sugiere a Samuel la solución: aparentemente, no irá a Belén a ungir un nuevo rey, sino a ofrecer un sacrificio público, al que invitará, entre otros, a Jesé. La intervención de Dios termina con una advertencia al profeta: será el Señor quien le indique al elegido, y deberá ungir al que él le diga. Con ello vuelve a subrayarse el protagonismo de Dios y se evita la posible tentación del profeta de dejarse llevar por sus propios gustos o intuiciones.

En resumen, estos tres versos iniciales contienen una interesante síntesis teológica de las relaciones entre profetas y reyes (vistas desde la perspectiva de un narrador profético): ante el fácil reproche de que el profeta es un ene-

migo personal del rey, siempre deseoso de imponer sus criterios y de condenar al monarca, la introducción al relato deja claro que el profeta no se mueve por enemistad personal, sino por decisión divina. Pero cabía también una objeción, no por parte del monarca, sino del pueblo y, sobre todo, de los grupos dirigentes: el profeta se precipitaba al elegir a un nuevo rey, actuaba por motivos personales poco válidos. Rumores de este tipo pudieron correr en el reino del Norte con motivo de la elección de Jeroboán por Ajías de Siló, o de Jehú por Eliseo. Este relato de la unción de David, con su valor paradigmático, enseña que el profeta no actúa dejándose llevar por sus opiniones personales, sino por lo que Dios le dice.

SAMUEL Y LOS ANCIANOS DE BELÉN (4-5a)

Estos versos no son un simple pasaje de transición. Por una parte, la actitud de los ancianos confirma los temores de Samuel. Sólo ante posibles represalias de Saúl se comprende que éstos «salgan ansiosos» al encuentro del profeta. Por otra parte, la presencia de los ancianos, que se supone en todo lo que sigue, da un carácter público a la unción de David. De todos modos, cabe preguntarse si estos versos formaban parte del relato primitivo. Basta advertir un curioso contraste con lo que sigue; a los ancianos les dice Samuel: «purifícaos»; en cambio, a Jesé y a sus hijos «los purificó» el mismo Samuel. Volveremos sobre esto.

SAMUEL Y LA FAMILIA DE JESÉ (5b-13a)

Llegamos al momento capital del relato, que el autor expone con bastante arte. En un primer momento, la iniciativa la toma Samuel: le basta ver a Eliab para convencerse de que es el elegido por Dios. Samuel se deja llevar

por las apariencias, especialmente por la elevada estatura del muchacho. Un detalle que recuerda lo dicho sobre Saúl, que le sacaba la cabeza a todo el pueblo. Pero el Señor le demuestra su error: «Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia; el Señor ve el corazón». Es un tema sapiencial, que recuerda lo que dirá el libro de los Proverbios a propósito de la buena esposa: «Engañosa es la gracia, fugaz la hermosura, la que teme al Señor merece alabanza» (Prov 31, 30). ¿Significa esto que Eliab es malo por el simple hecho de su estatura? Sería una conclusión errónea. El autor sólo quiere decirnos que su estatura no lo convierte automáticamente en el elegido de Dios, y que el profeta, a pesar de su contacto con el Señor, puede dejarse arrastrar por criterios humanos.

Si al comienzo la iniciativa la ha tomado el profeta, a continuación la toma Jesé, presentando al resto de sus hijos. ¿Cómo sabe Jesé que debe hacerlos pasar delante del profeta? Samuel no le ha dicho nada de la intención de su viaje. Pero el lector sí lo sabe, y eso basta. El narrador cuenta las cosas como si los personajes supiesen lo mismo que sabe el lector. Pero esto es secundario. Lo importante es que Jesé presenta a Abinadab, a Samá y a sus otros hijos, y por tres veces debe escuchar la misma respuesta del profeta: «Tampoco a éste (o a éstos) lo ha elegido el Señor» (v. 8,9,10).

Tiene lugar entonces el diálogo entre Samuel y Jesé, que desembocará en la unción de David. Lo importante es que David no cuenta nada, ni siquiera para su padre; es «el pequeño», y está «pastoreando las ovejas». Cuando aparece, el narrador, que ha criticado a Samuel por dejarse llevar de las apariencias, no puede ocultar la impresión que le produce la apariencia de David: «de buen color, de hermosos ojos y buen tipo». Intuimos al futuro David, capaz de entusiasmar a tanta gente, sobre todo a las mujeres. Pero no es su belleza la que atrae la atención de Dios, sino su peque-

ñez. Aquí vuelven a cobrar todo su sentido unas palabras del canto de Ana:

*Dios levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente entre príncipes
y que herede un trono glorioso.*

(1Sam 2,8)

A partir del momento en que es ungido, el espíritu de Dios invade a David y el Señor está con él en adelante. Estos dos aspectos merecen un comentario. En personajes anteriores de la historia bíblica, lo que más se subraya es la venida del espíritu del Señor, que se manifiesta de manera sorprendente, sobre todo en el ámbito militar. El espíritu viene sobre Otoniel, y el primero de los jueces sale a luchar contra los enemigos de Israel (Jue 3,10). El espíritu invade a Sansón, y mata a un león (Jue 14,6); viene otras veces sobre él, y lucha contra los filisteos (Jue 14,19; 15,14). En el caso de Saúl, Samuel le anuncia que, cuando lo invada el espíritu del Señor, se convertirá en otro hombre y actuará como los profetas (1Sam 10,6.10); más tarde, al enterarse del asedio de Yabés de Galaad, lo invade el espíritu del Señor y organiza la salvación de la ciudad (1Sam 11,6-7). En el caso de David, se afirma que el espíritu vino sobre él, pero no se cuenta ningún cambio sorprendente ni emprende ninguna acción militar. Más tarde, cuando se cuenten sus grandes victorias, tampoco se atribuirán a una acción especial del espíritu. En cambio, los capítulos posteriores subrayarán el tema de que «Dios está con David», hasta el punto de que Weiser lo considera uno de los *leit-motiv* de la «Historia de la subida al trono». Efectivamente, los más diversos personajes, incluso Saúl, reconocerán a lo largo de la obra que el Señor está con David.

La indicación final del relato parece una simple frase conclusiva sin importancia, que podríamos pasar por alto. Sin embargo, esta retirada del profeta marca una etapa nueva en el libro. A partir de ahora, Samuel desaparece de la escena. Es cierto que lo encontraremos en 19,18-24, cuando David acuda a él huyendo de Saúl. Pero, en ese momento, el profeta no pronuncia una sola palabra. Con la unción de David, su misión terrena ha terminado. Sólo volverá a hablar, viniendo de ultratumba, para condenar a Saúl y anunciarle su muerte y la derrota de Israel (1Sam 28). Esta retirada del profeta tiene gran importancia, porque a partir de ahora no volveremos a escuchar una palabra explícita de Dios. Al hablar de Samuel niño, el autor indicó que «la palabra del Señor era rara en aquel tiempo» (1Sam 3,1). Con la revelación inicial a Samuel, la situación cambia. Dios se manifiesta a menudo y su palabra se escucha en Israel. Será a veces una palabra potente, que juzga al pueblo y es capaz de convertirlo. Será otras veces una palabra de queja ante la actitud de la gente, como cuando deciden instaurar la monarquía. Una palabra que alienta y anima a servir al Señor, cuando Samuel se despidió. O una palabra que condena duramente al primer monarca. Pero siempre, en sus diversas modalidades, la palabra de Dios está presente a través del profeta. Ahora, cuando Samuel se retira, veremos a encontrarnos como al comienzo del libro: la palabra de Dios es rara. Aparecerá otro profeta, Gad, indicándole a David que deje el refugio del desierto y se meta en tierra de Judá; pero no habla en nombre de Dios, echamos de menos la típica fórmula introductoria de los profetas: «así dice el Señor». Dios sólo hablará en el resto del libro a través de la consulta oracular que realiza David en 23,1-13. Efectivamente, «la palabra de Dios era rara en aquel tiem-

po». Esto no significa que Dios guarde silencio. Usará en adelante cauces nuevos, más profanos: hablará a Saúl a través de David, para que confíe en la ayuda del Señor o reconozca su culpa; le hablará a través de Jonatán, para que no se deje llevar por su espíritu de venganza; hablará a David a través de Abigail, para que no se tome la justicia por su mano. Pero, a partir del momento en que Samuel se retira a Ramá, la situación cambia profundamente.

Si nos fijamos en el conjunto del relato, llaman la atención los parecidos y diferencias con el de la unción de Saúl. En ambos casos, el profeta recibe la misión de ungir a un personaje desconocido, cuya identidad sólo se revelará en el último momento. En ambos casos, el profeta debe realizar su misión en contra de sus deseos más profundos; cuando Saúl, porque no está de acuerdo con el nuevo rumbo político; cuando David, porque sigue lamentando el rechazo divino de Saúl. Pero aquí terminan las semejanzas. Impresionan más las diferencias. Saúl ocupa el primer plano desde el comienzo del relato sobre su unción; David queda marginado por el narrador, olvidado entre el rebaño. Saúl experimenta un cambio profundo, que desembocará pronto en la victoria contra los amonitas; a David no sabemos qué le ocurre, no dice nada ni hace nada; debemos esperar para ver cómo influye en él la acción de Dios.

Con esto llegamos a la enseñanza capital del relato, de hondos raigambres bíblicas. El tema de la elección del hermano menor es algo que encontramos en Caín y Abel, y que alcanza su punto culminante en las historias de Jacob y Esaú, y de José y sus hermanos. Este tema está también vinculado con el de la elección divina del más pequeño y despreciado. Ya dijimos que Ana, la madre de Samuel, humillada por su rival, anticipaba lo que le ocurriría a David. Este mismo tema lo encontramos poco más adelante, en el combate entre David y Goliat. Y, a nivel teológico, dentro del Antiguo Testamento,

alcanza su máxima expresión en el conocido como cuarto canto del Siervo de Yahvé. En él se contrastan las apariencias humanas con lo que Dios ve. A los ojos de los hombres, el Siervo de Yahvé es incluso mucho menos de lo que David puede representar para Jesé y sus hermanos. No es simplemente «el pequeño». Es el hombre rechazado. «Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado (...); nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado» (Is 53,2-4). Sin embargo, Dios elige a este personaje despreciado para salvar a su pueblo y asombrar a los reyes del mundo entero, cuando vean algo inenarrable y contemplen algo inaudito. Esta «política» de elegir lo pequeño, de fijarse en los débiles, fue la que guió la actividad de Jesús al escoger como apóstoles a unos muchachos sin cultura ni riqueza, y la que sigue en vigor dentro de la comunidad cristiana. Pablo lo recordaba expresamente a los corintios: «Fijaos a quiénes os llamó Dios: no a muchos intelectuales, ni a muchos poderosos, ni a muchos de buena familia; todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios; y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios; lo que no existe, para anular a lo que existe, de modo que ningún mortal pueda engallarse ante Dios» (1 Cor 1,26-29).

Primer encuentro de David con Saúl (1 Samuel 16,14-17,58)

Incluso en nuestra época, donde las fuentes de información son abundantes, existen serias dificultades para reconstruir algunos episodios históricos. Lo mismo ocurría, y con más razón, en la antigüedad. Las tradiciones, trans-

mitidas al principio oralmente, se prestaban a inventar datos, embellecer otros, o deformarlos. Cada cual contaba la historia a su manera. Y el historiador antiguo se encontraba a menudo ante un auténtico rompecabezas. Heródoto, al que Cicerón consideraba «padre de la historia», resuelve el problema de manera moderna, «científica», exponiendo las diversas opiniones y citando las distintas fuentes. Los historiadores bíblicos no entrevieron este método que a nosotros nos resulta tan sencillo. Recogen las distintas opiniones que corren por el pueblo, pero sin citar sus fuentes. Más aún, mezclan a veces las teorías, contribuyendo a confundir al lector.

En el caso concreto que nos atañe ahora, el primer encuentro de David con Saúl, las tradiciones ofrecían versiones muy distintas. Nos limitaremos a la del capítulo 17.

EL ENCUENTRO EN EL CAMPO DE BATALLA (1SAM 17)

¹Los filisteos reunieron su ejército para la guerra; se concentraron en Socó de Judá y acamparon entre Socó y Azeqá, en Efes Damín. ²Saúl y los israelitas se reunieron y acamparon en el Valle del Terebinto, y formaron para la batalla contra los filisteos. ³Los filisteos tenían sus posiciones en un monte y los israelitas en el otro, con el valle en medio. ⁴Del ejército filisteo se adelantó un campeón, llamado Goliat, oriundo de Gat, de casi tres metros de alto. ⁵Llevaba un casco de bronce en la cabeza, una cota de malla de bronce que pesaba medio quintal, ⁶grebas de bronce en las piernas y una jabalina de bronce a la espalda; ⁷el asta de su lanza era como la percha de un tejedor y su hierro pesaba seis kilos. Su escudero caminaba delante de él. ⁸Goliat se detuvo y gritó a las filas de Israel:

—¡No hace falta que salgáis formados a luchar! Yo soy el filisteo, vosotros los esclavos de Saúl. Elegid uno que baje has-

ta mí; ⁹si es capaz de pelear conmigo y me vence, seremos esclavos vuestros; pero si yo le puedo y lo venzo, seréis esclavos nuestros y nos serviréis.

¹⁰Dijo el filisteo:

—¡Yo desafío hoy al ejército de Israel! ¡Echadme uno, y lucharemos mano a mano!

¹¹Saúl y los israelitas oyeron el desafío de aquel filisteo y se llenaron de miedo.

¹²David era hijo de un efrateo de Belén de Judá llamado Jesé, que tenía ocho hijos, y cuando reinaba Saúl era ya viejo, de edad avanzada; ¹³sus tres hijos mayores habían ido a la guerra siguiendo a Saúl; se llamaban Eliab el primero, Abinadab el segundo y Samá el tercero. ¹⁴David era el más pequeño. Los tres mayores habían seguido a Saúl. ¹⁵David iba y venía de Saúl a Belén, para guardar el rebaño de su padre.

¹⁶El filisteo se aproximaba y se plantaba allí mañana y tarde; llevaba ya haciéndolo cuarenta días.

¹⁷Jesé dijo a su hijo David:

—Toma media fanega de grano tostado y estos diez panes, y llévaselos corriendo a tus hermanos al frente, ¹⁸y estos diez quesos llévaselos al comandante. Mira a ver cómo están tus hermanos y toma el recibo que te den. ¹⁹Saúl, tus hermanos y los soldados de Israel están en el Valle del Terebinto, luchando contra los filisteos.

²⁰David madrugó, dejó el rebaño al cuidado del rabadán, cargó y se marchó, según el encargo de Jesé. Cuando llegaba al cercado de los carros, los soldados saltan a formar, lanzando el alarido de guerra. ²¹Israelitas y filisteos formaron frente a frente. ²²David dejó su carga al cuidado de los de intendencia, corrió hacia las filas y preguntó a sus hermanos qué tal estaban. ²³Mientras hablaba con ellos, un campeón, el filisteo llamado Goliat, oriundo de Gat, subió de las filas del ejército filisteo y empezó a decir aquello y David lo oyó. ²⁴Los israelitas, al ver a aquel hombre, huyeron aterrados. ²⁵Un israelita dijo:

—¿Habéis visto a ese hombre que sube? ¡Pues sube a desafiar a Israel! Al que lo venza, el rey lo colmará de riquezas, le dará su hija y librará de impuestos a la familia de su padre en Israel.

²⁶David preguntó a los que hablaban con él:

—¿Qué le darán al que venza a ese filisteo y salve la honra de Israel? Porque, ¿quién es ese filisteo incircunciso para desafiar al ejército del Dios vivo?

²⁷Los soldados le replicaron lo mismo:

—Al que le venza le darán este premio.

²⁸Eliab, el hermano mayor, lo oyó hablar con los soldados y se le enfadó:

—¿Por qué has venido? ¿A quién dejaste aquellas cuatro ovejas en el páramo? Ya sé que eres un presumido y qué es lo que pretendes: a lo que has venido es a contemplar la batalla.

²⁹David respondió:

—¿Qué he hecho yo ahora? Estaba preguntando.

³⁰Se volvió hacia otro y preguntó:

—¿Qué es lo que dicen?

Los soldados le respondieron lo mismo que antes.

³¹Cuando se corrió lo que decía David, se lo contaron a Saúl, que lo mandó llamar.

³²David dijo a Saúl:

—No te desanimes, majestad. Este servidor tuyo irá a luchar con ese filisteo.

³³Pero Saúl respondió:

—No podrás acercarte a ese filisteo para luchar con él, porque eres un muchacho, y él es un guerrero desde mozo.

³⁴David le replicó:

—Tu servidor es pastor de las ovejas de mi padre, y si viene un león o un oso y se lleva una oveja del rebaño, ³⁵salgo tras él, lo apaleo y se la quito de la boca, y si me ataca, lo agarro por la melena y lo golpeo hasta matarlo. ³⁶Tu ser-

vidor ha matado leones y osos; ese filisteo incircunciso será uno más, porque ha desafiado a las huestes del Dios vivo.

³⁷ Dijo David:

—El Señor, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, me libraré de las manos de ese filisteo.

Entonces Saúl le dijo:

—Ve, y que el Señor esté contigo.

³⁸ Saúl vistió a David con su uniforme, le puso un casco de bronce en la cabeza, le puso una cota de malla ³⁹ y le ciñó su espada sobre el uniforme. David intentó en vano caminar, porque no estaba entrenado, y dijo a Saúl:

—Con esto no puedo caminar, porque no estoy entrenado.

Entonces se quitó todo de encima, ⁴⁰ agarró el cayado, escogió cinco cantos del arroyo, se los echó al zurrón, empuñó la honda y se acercó al filisteo. ⁴¹ Éste, precedido de su escudero, iba avanzando acercándose a David; ⁴² lo miró de arriba abajo y lo despreció, porque era un muchacho de buen color y guapo, ⁴³ y le dijo el filisteo a David:

—¿Soy yo un perro para que vengas a mí con un palo?

Luego maldijo a David invocando a sus dioses, ⁴⁴ y le dijo:

—Ven acá, y echaré tu carne a las aves del cielo y a las fieras del campo.

⁴⁵ Pero David le contestó:

—Tú vienes hacia mí armado de espada, lanza y jabalina; yo voy hacia ti en nombre del Señor de los Ejércitos, Dios de las huestes de Israel, a las que has desafiado. ⁴⁶ Hoy te entregará el Señor en mis manos, te venceré, te arrancaré la cabeza de los hombros y echaré tu cadáver y los del campamento filisteo a las aves del cielo y a las fieras de la tierra, y todo el mundo reconocerá que hay un Dios en Israel, ⁴⁷ y toda esta comunidad reconocerá que el Señor da la victoria sin necesidad de espada ni lanzas, porque ésta es una guerra del Señor, y él os entregará en nuestro poder.

⁴⁸ Cuando el filisteo se puso en marcha y se acercaba en dirección de David, éste salió de la formación y corrió velozmente en dirección del filisteo; ⁴⁹ echó mano al zurrón, sacó una piedra, disparó la honda y le pegó al filisteo en la frente; la piedra se le clavó en la frente y cayó de bruces en tierra. ⁵⁰ Así venció David al filisteo, con la honda y una piedra; lo mató de un golpe, sin empuñar la espada. ⁵¹ David corrió y se paró junto al filisteo, le agarró la espada, la desenvainó y lo remató, cortándole la cabeza. Los filisteos, al ver que había muerto su campeón, huyeron. ⁵² Entonces los soldados de Israel y Judá, en pie, lanzaron el alarido de guerra y persiguieron a los filisteos hasta la entrada de Gat y hasta las puertas de Ecrón; los filisteos cayeron heridos por el camino de Searatn hasta Gat y Ecrón. ⁵³ Los israelitas dejaron de perseguir a los filisteos y se volvieron para saquearles el campamento. ⁵⁴ David cogió la cabeza del filisteo y la llevó a Jerusalén; las armas las guardó en su tienda.

⁵⁵ Cuando Saúl vio a David salir al encuentro del filisteo, preguntó a Abner, general del ejército:

—Abner, ¿de quién es hijo ese muchacho?

Abner respondió:

—Por tu vida, majestad, que no lo sé.

⁵⁶ El rey le dijo:

—Pregunta de quién es hijo el muchacho.

⁵⁷ Cuando David volvió de matar al filisteo, Abner lo llevó a presentárselo a Saúl, con la cabeza del filisteo en la mano.

⁵⁸ Saúl le preguntó:

—¿De quién eres hijo, muchacho?

David le respondió:

—De tu servidor Jesé, el de Belén.

La tercera tradición sobre el encuentro de David con Saúl no lo presenta como militar ni como músico. Vuelve la imagen del relato de la unción, donde David es el peque-

ño de ocho hermanos, dedicado a pastorear las ovejas. El extenso capítulo dedicado a contar su victoria sobre Goliat plantea numerosos problemas, tanto en relación con lo anterior como dentro del mismo relato.

En relación con lo anterior: *a)* se vuelve a presentar a David en los versos 12-14, como si fuese un personaje desconocido; *b)* en el verso 15 se ignora que está ya al servicio de Saúl, y se le presenta yendo y viniendo de Belén al frente; *c)* en los versos 55-58, Saúl ignora quién es David y muestra interés por saber de quién es hijo. Estos datos demuestran que el relato existió de forma independiente, y fue insertado más tarde en el contexto actual, sin esforzarse por evitar contradicciones.

Pero el relato también plantea problemas en sí mismo, prescindiendo de que encaje mal en el contexto: *a)* el v. 16 iría mejor después del 11; en su situación actual rompe la conexión evidente entre la presentación de David (12-15) y el encargo que le hace su padre (17-20); *b)* después de indicarse el premio que recibirá el vencedor (v. 25), resulta raro que David pregunte dos veces por el mismo tema (v. 26 y 30), aunque podría aceptarse como un deseo de estar seguro; sin embargo, en el conjunto del relato, no parece que la acción de David esté motivada por intereses egoístas, sino para salvar la honra de Israel; *c)* la intervención de su hermano mayor, Eliab, preguntándole a qué ha venido (v. 28), tampoco resulta muy acertada, ya que antes ha saludado a David y sabe cuál era su misión (v. 22); *d)* las palabras de David a Saúl aparecen en dos versiones: una de corte realista, en la que exalta su valor (34-36), otra de corte teológico, en la que pone de relieve la ayuda del Señor (v. 37); *e)* también parece fruto de una reelaboración teológica el discurso de David a Goliat en los versos 45-47; *f)* después de la victoria, el v. 54 indica que David guardó «en su tienda» las armas del filisteo;

este dato contradice la imagen de David como pastor que va y viene al frente.

Por último, debemos indicar un claro anacronismo del relato cuando afirma en el v. 54 que David «cogió la cabeza del filisteo y la llevó a Jerusalén». Por el segundo libro de Samuel sabemos que Jerusalén no estaba entonces en poder de los israelitas, sino de los jebuseos.

Para percibir estos problemas no hacía falta esperar al siglo XIX, con el avance de la exégesis histórica y crítica. Los traductores de los LXX lo advirtieron con toda claridad, y optaron por una solución radical: omitir los versos 12-31, 41, 50, 55-58 y 18,1-5. Con ello, consiguen que el relato no choque con el contexto ni contenga contradicciones internas. Ante todo, David se supone que acompaña a Saúl a la batalla (no sabemos si como escudero o como músico; es más probable lo primero); su padre no lo envía al frente, ni tiene lugar un diálogo con su hermano Eliab; lógicamente, al final del combate Saúl no pregunta de quién es hijo, ni Jonatán se entusiasma con él (se da por supuesto que ya lo conoce de la corte); el relato termina con el coro de mujeres israelitas cantando la victoria de David. Al mismo tiempo, con estas omisiones, los LXX han conseguido evitar esa ambigüedad en los móviles de David: no aparece para nada el interés personal de conseguir riquezas, la hija del rey, y la libertad de impuestos para su familia; sólo lo guía el deseo de eliminar la vergüenza que pesa sobre Israel.

A pesar de estas mejoras notables que introducen los LXX, lo que debemos comentar es el texto hebreo. Éste comienza con una ambientación histórica (v. 1-3) que habla de la amenaza filisteo. A los filisteos los encontramos ya en las tradiciones sobre Sansón (Jue 13-16), aunque allí no parecen un peligro para todo Israel, sino para una zona muy concreta de la Sefela. Más grave es la amenaza que repre-

sentan al comienzo del primer libro de Samuel. Los hemos visto derrotando al pueblo en Afec y apoderándose del arca. Esto supuso la desaparición del santuario de Siló y el sometimiento del pueblo a unos nuevos señores. Aunque en tiempos de Samuel se habla de un sometimiento pleno de los filisteos (7,13), esta noticia se contradice con la que encontramos en el momento de la elección de Saúl, que deberá liberar al pueblo de este enemigo (9,16). De hecho, las noticias sobre el reinado de Saúl nos hablan también de sus luchas con los filisteos (14,47). Pero no fueron victorias decisivas. Al indicar que «durante todo el reinado de Saúl hubo guerra abierta contra los filisteos» (14,52), el autor está reconociendo que no se llegó a eliminar el problema. Los filisteos, junto con David y Saúl, serán los grandes protagonistas de la segunda parte del libro.

La localización del episodio que comentamos es importante: el valle del Terebinto se encuentra a muy pocos kilómetros de la pentápolis filisteo. Por consiguiente, si aceptamos en este capítulo una base histórica, la campaña de los filisteos, más que un ataque terrible contra Israel, debemos entenderla como una pelea fronteriza; quizá un intento filisteo de adentrarse en las montañas, al que se oponen Saúl y sus hombres. La misma estabilidad de los dos frentes durante días y días, con el valle por medio, confirma que la situación no es demasiado dramática.

Lo dramático lo constituye la aparición del campeón filisteo. Los libros del Antiguo Testamento, tan abundantes en guerras y batallas, nunca describen a un guerrero con tanto detalle como en este caso: nombre, lugar de origen, estatura; y las distintas partes de su equipo militar: casco, cota de malla, grebas, jabalina, asta de la lanza, indicando cuando conviene su peso en bronce. Más que la Biblia, parece que estamos leyendo un pasaje de la *Iliada*. Sin embargo, esta detallada descripción es de suma importancia. El

autor quiere presentar a Goliat como el guerrero perfectamente equipado, símbolo del militarismo más feroz, con el que luchará un David aparentemente indefenso. Ya veremos más adelante el interés de este tema en la teología bíblica.

A la apariencia imponente del guerrero corresponde su discurso altivo. Goliat deja de ser un personaje concreto para convertirse en un símbolo del pueblo enemigo: «Yo soy el filisteo». Y para él, los israelitas no son «el pueblo del Señor»; son «los esclavos de Saúl». Lo que los define es su actitud de sometimiento con respecto al rey que han elegido. Algo parecido encontraremos siglos más tarde, cuando el copero mayor de Senaquerib hable a los jerosolimitanos pidiendo la rendición de la capital. Pero Goliat no les pide que se rindan. Prefiere un desafío que resuelva el conflicto. Una solución falsa, porque, desde su punto de vista, los israelitas, si ganan, seguirán siendo esclavos de Saúl; si pierden, serán esclavos de los filisteos. El enemigo nunca concede una verdadera libertad.

El autor, que ha dedicado un amplio párrafo a presentar a Goliat y su discurso, resume en una breve frase la reacción de sus adversarios: «Saúl y los israelitas oyeron el desafío del filisteo y se llenaron de miedo». Es un Saúl nuevo, desconocido, presa del pánico. Ahora no lo invade el espíritu del Señor para liberar a su pueblo. No se indigna, como cuando convocó a las tribus para liberar a Yabés de Galaad. No va a la batalla, como cuando se dirigió contra los amalecitas. De forma plástica, sin necesidad de decirlo, el autor nos está recordando que «el espíritu del Señor se había apartado de Saúl». Es una situación desesperada, en la que recordamos con ironía las palabras del pueblo cuando pidió un rey: «Que nuestro rey nos gobierne y salga al frente de nosotros a luchar en la guerra» (1Sam 8,20). Tienen un monarca, pero un monarca incapaz de dar el primer paso para salvar a su gente. En este momento debe-

ríamos leer el verso 16, que presenta al filisteo repitiendo su desafío durante cuarenta días. Una eternidad para un Saúl que debe reconocer mañana y tarde su cobardía.

La solución no va a venir pronto, como hacen los LXX gracias a su omisión de los versos 12-31. En el texto hebreo, el narrador nos traslada a un mundo distinto, lejano del frente de batalla, para volver a presentarnos a David, hablándonos de su anciano padre y de los tres hermanos que ya conocemos por su nombre: Eliab, Adinadab y Samá. En esta presentación hay detalles que conviene valorar. David, se insiste, es el más pequeño y se dedica a guardar el rebaño, aunque vaya a menudo al frente a visitar a sus hermanos. Y su padre no se fía mucho de él. Le exige un recibo firmado para asegurarse de que ha cumplido su encargo. Tampoco Eliab, el hermano mayor, le demuestra mucha estima: lo considera un irresponsable, que abandona las ovejas en el páramo, un presumido y un curioso. El mismo narrador se muestra bastante ambiguo: lo que suscita el interés de David no es, ante todo, la ofensa al ejército del Dios vivo, sino la notable recompensa que el rey dará al vencedor. Si al presentar a Goliat nos acordábamos de la *Iliada*, ahora nos parece escuchar un cuento maravilloso de ambientación medieval, en el que el rey promete la mano de la princesa a quien mate al dragón. El narrador no se recata en subrayar las vistas interesadas de David. Después de escuchar en qué consistirá la recompensa, por dos veces pregunta si eso es cierto, como queriendo asegurarse.

Al llegar a este punto, quien lee el relato con atención se siente desconcertado. Ante la situación desesperada por la que atraviesa Israel, al llegar al verso 12 se convence de que la salvación vendrá por David. Pero todos los datos que le ofrecen sobre el personaje son negativos: es el más pequeño, y su familia no sólo no lo estima, sino que desconfía profundamente de él; incluso el narrador lo presenta como

un muchacho interesado. ¿Será éste el instrumento elegido por Dios para vencer al filisteo? Los LXX, al omitir todo esto, ofrecen una imagen idealizada de David. Con ello han empobrecido también el mensaje del texto. Porque el autor nos está sugiriendo la mezcla de grandeza y mezquindad que podemos encontrar en casi todos los grandes personajes de la Biblia. Dentro de poco nos hablará del David valiente, desinteresado, confiado en Dios. Pero no comienza por ahí, sino por los aspectos discutibles de su persona, esos aspectos que el resto de la historia de David dejará cada vez más claros.

Inmediatamente después cambia la perspectiva del narrador. Cuando David se encuentra ante Saúl hace su propia presentación. Él no se ve como el niño pequeño, irresponsable, sino como un valiente que lucha contra leones y osos, celoso de poner a salvo la propiedad de su padre. Y no busca recompensa, sólo lo mueve el deseo de lavar la afrenta infligida al ejército del Dios vivo. Este primer discurso termina con algo que debía haber ofendido profundamente a Saúl. Indirectamente, le está reprochando no vengar esa ofensa, aunque a él le corresponde hacerlo por ser el rey de Israel.

A esta primera intervención, que puede resultar algo petulante, se añadió, probablemente más tarde, una segunda que recoge la misma idea, pero desde una perspectiva más teológica: «El Señor, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, me libraré de las manos de ese filisteo». Ahora, David no confía en sus propias fuerzas, como en la primera intervención, sino en la ayuda del Señor. Y esto es también un duro golpe para Saúl. Desde que Goliat entró en escena, el rey podría haber dicho: «El Señor, que me libró de las manos de los amonitas y de los amalecitas, me libraré de las manos de ese filisteo». Pero en ningún momento lo ha dicho ni lo ha pensado. Saúl pare-

ce convencido de que el Señor se ha apartado de él. Y las palabras que dirige a David: «Ve, y que el Señor esté contigo», no suponen sólo un buen deseo, sino también una confesión de ese abandono de Dios en que él se encuentra.

Saúl no renuncia a tener parte en la solución del problema. Pero, igual que en la anterior batalla contra los filisteos (1Sam 13-14) y en la campaña contra los amalecitas (1Sam 15), sus decisiones vuelven a ser equivocadas. Su punto de vista es meramente humano, y pretende vencer al guerrero con otro guerrero, convirtiendo a David en un nuevo Goliat, con uniforme, casco, cota de malla y espada. El resultado es funesto, y David impone su criterio: se despoja de las armas y se limita a coger su cayado, cinco piedras y la honda. David, que aventaja a Saúl en valor, lo aventaja también en sentido común y táctica militar.

Llega el momento del enfrentamiento. Con su típica minuciosidad, el narrador nos cuenta cómo los dos protagonistas se van acercando; David es el primero en aproximarse, solo; luego se acerca el filisteo, precedido por su escudero. Es una escena que al lector actual le recuerda los desafíos de las películas del Oeste. Los duelistas se detienen y se miran fijamente. El narrador cuenta con detalle la reacción de Goliat; «se fijó», «vio», «despreció», «dijo», «maldijo». Esperaba un guerrero tan bruto como él y se siente decepcionado ante un muchacho de buena presencia; el adversario no le merece gran respeto, y por eso su discurso es breve: «¿Soy yo un perro para que acudas a mí con un palo?». Y termina maldiciéndolo por sus dioses, como si esto fuera suficiente para acabar con un contrincante despreciable. Goliat, representante de la fuerza bruta, del poderío militar, no hace nada; todo queda en su interior y en sus labios.

David, en cambio, no contempla a su adversario, no valora su figura ni su armamento. Está convencido de su

victoria, y antes de llevarla a cabo sólo se considera obligado a explicarle a Goliat –y al lector– el sentido de lo que ocurrirá. Su discurso, relativamente largo, comienza comparando las armas de los contrincantes: Goliat posee espada, lanza y jabalina; él, David, sólo cuenta con el Señor. Ni siquiera el cayado, las piedras y la honda son importantes. Con ello, David está sugiriendo que se trata de un combate desigual, de dos contra uno. Goliat está solo con sus armas; David, sin armas, está acompañado por el Señor. Y este aliado todopoderoso será quien le dé la victoria. Las palabras siguientes son una expresión perfecta de la teología de las guerras de Yahvé. El soldado israelita deberá prepararse para la batalla, esforzarse en ella; pero el verdadero artífice de la victoria es el Señor. Y eso es lo primero que afirma David: «Hoy te entregaré el Señor en mis manos». Luego, David lo vencerá, le arrancará la cabeza y entregará su cadáver a los animales. Pero todo esto es secundario, complemento humano de la acción divina, que es lo esencial. El discurso termina sacando las consecuencias futuras de la victoria. Lo que está en juego no es una lucha personal entre David y Goliat, para saber quién es más fuerte; ni siquiera para saber si los israelitas seguirán sometidos a los filisteos, o los filisteos a los israelitas, como pretendía Goliat al comienzo del relato. Lo que está en juego son dos grandes verdades teológicas: la primera, que «todo el mundo reconocerá que hay un Dios en Israel»; la segunda, que los israelitas reconocerán que «el Señor da la victoria sin necesidad de espadas ni lanzas, porque ésta es una guerra del Señor».

La primera verdad (la victoria lleva al reconocimiento de que Israel no está solo, tiene un Dios que lo salva) se inserta en una larga tradición bíblica. Es lo mismo que se dice en el Éxodo, donde las plagas obligan al faraón a terminar reconociendo la soberanía del Señor. O lo

que ocurre al cruzar los israelitas el río Jordán a pie enjuto; este milagro servirá «para que todos los pueblos de la tierra sepan que la mano del Señor es poderosa» (Jos 4,24). Unas palabras del salmo 59 (58), que contienen una petición a Dios contra los malvados, servirían para resumir lo que está diciendo David a Goliat:

«Que tu cólera los acabe, que los acabe sin dejar rastro: para que se sepa que Dios gobierna en Jacob y hasta el confín de la tierra» (v. 14).

Sin embargo, para el lector israelita es más importante la segunda verdad, que le atañe personalmente: la confianza en un Dios que da la victoria sin necesidad de espadas ni lanzas. El salmo 44(43), recogiendo la enseñanza del pasado, expresa bellamente esta idea:

*Porque no fue su espada la que ocupó la tierra
ni su brazo el que les dio la victoria,
sino tu diestra y tu brazo y la luz de tu rostro,
porque tú los amabas (...).*

Y sigue con unas palabras que parecen un comentario a lo dicho por David a Goliat:

Mi rey y mi Dios eres tú, que das la victoria a
[Jacob.

*Con tu auxilio embestimos al enemigo,
en tu nombre pisoteamos al agresor;
pues yo no confío en mi arco ni mi espada me*
[da la victoria;
*tú nos das la victoria sobre el enemigo
y derrotas a nuestros adversarios. (v. 5-8)*

Paseo por el amor y la muerte (1Samuel 18,10-19,17)

Los relatos anteriores nos han presentado –con versiones muy distintas– la llegada de David a la corte. La larga sección que ahora comentamos nos hablará de su alejamiento progresivo de esa corte, hasta que la abandone de manera definitiva. En estos relatos, el amor y la muerte se van entrelazando. Todo empieza con los primeros intentos de Saúl de matar a David; y el verbo «matar» resonará con frecuencia a lo largo de estos capítulos. Pero la amenaza de muerte se verá compensada por el amor que muestran a David otros personajes, especialmente los hijos de Saúl: Mical y Jonatán. La intención básica del autor es demostrar que, en los conflictos entre Saúl y David, no son culpables las dos partes. Hay un culpable (Saúl) y un solo inocente (David). Y unos testigos del enfrentamiento, Mical y Jonatán, proclives por la sangre a ponerse de parte del culpable, que reconocen sin embargo la inocencia del perseguido y lo ayudan a salvar la vida. Las tradiciones vuelven a ser, a veces, incongruentes, pero todas ellas colaboran al fin pretendido por el autor.

PRIMER INTENTO DE ASESINATO (1SAM 18,10-16)

¹⁰*Al día siguiente le vino a Saúl el ataque del mal espí-
ritu, y andaba frenético por palacio, mientras David tocaba
el arpa como de costumbre. Saúl llevaba la lanza en la mano.*
¹¹*Y Saúl arrojó la lanza, diciéndose: «Clavaré a David en la
pared». Pero David la esquivó dos veces.*

¹²*A Saúl le entró miedo de David, porque el Señor estaba
con él y se había apartado de Saúl.* ¹³*Entonces alejó a David
nombrándolo comandante, y hacía expediciones al frente de
las tropas.* ¹⁴*Y todas sus campañas le salían bien, porque el*

Señor estaba con él. ¹⁵ *Saúl vio que a David le saltan las cosas muy bien, y le entró pánico.* ¹⁶ *Todo Israel y Judá quertan a David, porque los guiaba en sus expediciones.*

Todos los detalles, incluso los que pueden parecer absurdos, son intencionados. Resulta absurdo que David, después del primer intento de asesinato, siga tocando tan tranquilo. Pero el autor quiere indicarnos con ello la inocencia de David, que ni siquiera imagina una mala intención por parte de Saúl. No será David quien huya (se limita a esquivar la lanza dos veces), sino Saúl quien renuncie a matarlo, cayendo en la cuenta de que el Señor está con David y se ha apartado de él.

Si nos fijamos en los protagonistas humanos, David aparece algo más pasivo que en otros casos. Se limita a cumplir su obligación (tocar la cítara), a esquivar la lanza, y a obedecer las órdenes que le imparte el rey. No dice nada ni hace nada espectacular. Todo lo que le sale bien (salvar su vida y tener éxito en las campañas) no lo debe a una habilidad especial, sino a la ayuda del Señor. Pero, con ello, se va ganando también el afecto, no sólo de la tropa, sino también de todo Israel y Judá.

El autor ha prestado más atención a la figura de Saúl. De la envidia pasa a un estado frenético, que lo impulsa a matar. Por dos veces subraya el autor lo que siente Saúl ante David: miedo (v. 12) y pánico (v. 15). No es el mismo miedo que sintió ante Goliat, que lo dejó paralizado. Es el miedo a un personaje protegido por Dios, una especie de pánico sagrado que lo impulsa a tomar decisiones muy distintas: matarlo y, cuando esto le falla, alejarlo de su presencia.

Como último protagonista humano aparece todo el pueblo, «Israel y Judá». Esta fórmula no es frecuente en la historia de David, que habla generalmente de «Israel», y quizá el verso 16 fuese añadido posteriormente. Pero su

intención es clara. No es sólo el ejército el que ama a David, sino todo el pueblo. Y la causa es muy significativa: porque David «los guiaba en sus expediciones»; o, traducido literalmente, «porque salía y entraba al frente de ellos». Esto es lo que el pueblo pretendía al pedir un rey: alguien «que salga al frente de nosotros a luchar en la guerra» (1Sam 8,20). David no sólo tiene éxito, sino que ha ocupado el puesto que corresponde por su cargo a Saúl.

Pero el gran protagonista del pasaje, aunque se mantiene en el trasfondo, es Dios. Él, que está con David, es quien lo protege, le salva la vida y le hace triunfar en sus campañas. Ya dijimos que la idea de que Dios acompaña a David es fundamental en la obra. La aportación concreta de este texto consiste en que esa compañía la reconoce el mismo Saúl.

INTENTO DE QUE LOS FILISTEOS MATEN A DAVID (1SAM 18,17-29)

¹⁷ *Una vez dijo Saúl a David:*

—Mira, te doy por esposa a mi hija mayor, Merab, a condición de que te portes como un valiente y pelees las batallas del Señor.

Porque pensó: «Es mejor que lo maten los filisteos y no yo».

¹⁸ *David respondió:*

—¿Quién soy yo y quiénes mis hermanos —la familia de mi padre— en Israel para llegar a yerno del rey?

¹⁹ *Pero cuando llegó el momento de entregarle a David por esposa a Merab, hija de Saúl, se la dieron a Adriel, el de Belén.*

²⁰ *Mical, hija de Saúl, estaba enamorada de David. Se lo comunicaron a Saúl y le pareció bien, ²¹ porque calculó: «Se la daré como cebo, para que caiga en poder de los filisteos».* Y Saúl le propuso a David por segunda vez:

—Hoy puedes ser mi yerno.

²² Saúl dio orden a sus ministros:

—*Hablad a David confidencialmente: «Mira, el rey te aprecia y todos sus ministros te quieren; acepta ser yerno suyo».*

²³ Los ministros de Saúl insinuaron esto a David, y él respondió:

—*¡Pues no es nada ser yerno del rey! Yo soy un plebeyo sin medios.*

²⁴ Los ministros comunicaron a Saúl lo que había respondido David, ²⁵ y Saúl les dijo:

—*Habladle así: «Al rey no le interesa el dinero; se contenta con cien prepucios de filisteos, como venganza contra sus enemigos».* (Saúl pensaba que haría caer a David en poder de los filisteos.)

²⁶ Entonces los ministros de Saúl comunicaron a David esta propuesta, y le pareció una condición justa para ser yerno del rey. No mucho tiempo después, ²⁷ David emprendió la marcha con su gente, mató a doscientos filisteos y llevó al rey el número completo de prepucios, para que lo aceptara como yerno. Entonces Saúl le dio a su hija Mical por esposa.

²⁸ Saúl cayó en la cuenta de que el Señor estaba con David y de que su hija Mical estaba enamorada de él. ²⁹ Así creció el miedo que tenía a David y fue su enemigo de por vida.

Tenemos claramente una tradición duplicada sobre el parentesco que se estableció entre Saúl y David. En el primer caso, la protagonista es Merab; en el segundo, Mical. En ambos casos, Saúl intenta con ello que David muera a manos de los filisteos. Y en los dos, la reacción de David es la misma: se considera indigno de emparentar con el rey. La primera versión de la tradición, menos elaborada, culmina en el tema del engaño; recuerda lo que hizo Labán con Jacob, entregándole a Lía después de haberle prometido a Raquel.

Pero hay también diferencias importantes entre las dos tradiciones: en el caso de Merab, la muchacha no tiene arte

ni parte; es víctima de los intereses de su padre, primero para eliminar a David, y luego —no conocemos los motivos— para emparentar con Adriel. En cambio, al hablar de Mical, el narrador la introduce con una frase muy significativa: «Mical, hija de Saúl, estaba enamorada de David». Y, al final de la historia, cuando ya es su esposa, el narrador indica que Saúl cayó en la cuenta de que su hija Mical estaba enamorada de él (v. 26). En teoría, esta última frase podría entenderse como duplicado de la anterior. Sin embargo, tiene gran interés. Al principio, Saúl no conoce los sentimientos de su hija de forma directa. Son otros los que le hacen caer en la cuenta de ese afecto (v. 20). Y Saúl ni siquiera se preocupa de si lo que le dicen es verdadero o falso; lo ve como un pretexto para eliminar a David a manos de los filisteos. En cambio, cuando sus planes han fallado y entrega a su hija, advierte que, realmente, Mical estaba enamorada de David (v. 28). Con ello, la soledad de Saúl crece, y aumenta también su miedo irracional a David y su enemistad. El miedo de Saúl a David se ha justificado anteriormente aludiendo al éxito que tenía en sus empresas (18,15). Ahora se justifica por otro tipo de éxito: el afecto que suscita en su hija.

Este episodio puede provocar en el lector una primera impresión muy positiva a propósito de David: el Señor está con él nuevamente, y sigue ganándose el afecto de todos, incluida ahora la hija menor del rey. Sin embargo, leyendo entre líneas, el relato nos produce cierta desazón. Todos los personajes van a aprovechar los sentimientos de Mical para poner en juego sus intereses. Su padre la ve «como cebo» o «trampa» para que muera David. Los cortesanos la ven como forma de ascender a David, haciéndolo emparentar con el rey. Y David la ve de la misma manera; cuando le ponen la condición de matar a cien filisteos, el autor dice que «le pareció una condición justa para ser yerno del rey»;

David no piensa ante todo en Mical, sino en lo que puede suponer este matrimonio para su futuro político. En ningún momento dice el narrador que David sintiese afecto por Mical.

Esta primera impresión se corrobora en momentos posteriores, sobre todo cuando Mical salve la vida a David y tenga que separarse de la persona a la que quiere. La muchacha no tiene miedo de engañar a su padre y ganarse su cólera. En cambio, David actúa con una frialdad impresionante, limitándose a huir. Es interesante comparar esta despedida tan fría con la que se cuenta a propósito de David y Jonatán; en este caso, los dos amigos se abrazarán llorando (1Sam 20,41); en cambio, de Mical ni siquiera se despide; se limita a aprovechar sus servicios (1Sam 18,11-12). No creo que esto se deba a un fallo del narrador. Por muy partidario de David que sea, no ha conseguido evitar una impresión que cualquier psiquiatra podría justificar más a fondo: David, el eterno enamorado, el mujeriego y adúltero, es incapaz de amar profundamente a nadie. El matrimonio con Mical fue para él pura cuestión de intereses políticos.

Mical es una de esas figuras trágicas que aparecen en la historia de David. Más tarde volverá a ser víctima de su padre, que la entrega a Paltiel, hijo de Lais (1Sam 25,44). Cuando muera Saúl, David la recuperará, exigiendo la vuelta de su esposa tanto a Abner (2Sam 3,13) como a Isbaal (2Sam 3,14-16). Pero nada en el texto sugiere que lo haga por amor a su mujer; más bien debemos pensar de nuevo en las ventajas políticas que supone para David recuperar a la hija del rey, aunque éste haya muerto. Mical volverá junto a David. Pero advirtamos lo que se cuenta de su segundo marido, Paltiel; al despedir a su esposa perdida, la siguió hasta Bajurín, «llorando detrás de ella». En toda la historia, por primera vez sabemos de alguien que quisiese profundamente a Mical y llorase su ausencia. Es un nuevo acto en

la tragedia de esta protagonista: ha encontrado a una persona que la quiere, pero debe abandonarlo, víctima de los intereses de David. De hecho, Mical no contará nada en adelante. Sólo reaparece cuando David introduce el arca en Jerusalén (2Sam 6), mostrando un profundo desprecio hacia su marido y encontrando como respuesta el mismo desprecio (2Sam 6). Curiosamente, es la primera y única vez que David y Mical se hablan en toda la historia (en 1Sam 19,12 Mical habla a David, pero éste no le responde). Pero ya no es la Mical enamorada. Y David no es un muchacho que busca subir, sino el hombre consciente de su poder. Sus palabras suenan como una maldición, y el autor del capítulo termina indicando que «Mical, hija de Saúl, no tuvo hijos en toda su vida». David, que no le ha dado hijos anteriormente, sella su esterilidad definitiva.

LOS DOS HERMANOS SALVAN A DAVID (1SAM 19,1-17)

Los relatos anteriores han dejado claro el odio de Saúl y el afecto de Jonatán y Mical por David. Ambas reacciones se confirman en los dos relatos siguientes, muy relacionados entre sí. Ante la obsesión de Saúl por matar a David, Jonatán y Mical, cada cual con métodos distintos y de acuerdo con sus posibilidades, intentan salvar a la persona que quieren.

¹*Delante de su hijo Jonatán y de sus ministros, Saúl habló de matar a David. Jonatán, hijo de Saúl, quería mucho a David.* ²*Y dijo Jonatán a David:*

—Mi padre, Saúl, te busca para matarte. Estáte atento mañana y escóndete en sitio seguro; ³yo saldré e iré al lado de mi padre al campo donde tú estés; le hablaré de ti, y si saco algo en limpio, te lo comunicaré.

⁴ Así, pues, Jonatán habló a su padre, Saúl, en favor de David:

—¡Que el rey no ofenda a su siervo David! Él no te ha ofendido, y lo que él hace es en tu provecho; ⁵ se jugó la vida cuando mató al filisteo, y el Señor dio a Israel una gran victoria; bien que te alegraste al verlo. ¡No vayas a pecar derramando sangre inocente, matando a David sin motivo!

⁶ Saúl hizo caso a Jonatán, y juró:

—¡Vive Dios, no moriré!

⁷ Jonatán llamó a David y le contó la conversación; luego lo llevó donde Saúl, y David siguió en palacio como antes. (...)

⁹ Un mal espíritu enviado por el Señor se apoderó de Saúl. Estaba sentado en su palacio con la lanza en la mano, mientras David tocaba el arpa. ¹⁰ Saúl intentó clavar a David en la pared con la lanza, pero David la esquivó. Saúl clavó la lanza en la pared y David se salvó huyendo.

¹¹ Aquella noche, Saúl mandó emisarios a casa de David para vigilarlo y matarlo a la mañana. Pero su mujer, Mical, le avisó:

—Si no te pones a salvo esta misma noche, mañana eres cadáver.

¹² Ella lo descolgó por la ventana y David se salvó huyendo. ¹³ Mical cogió luego el ídolo, lo echó en la cama, puso en la cabecera un cojín de pelo de cabra y lo tapó con una colcha.

¹⁴ Cuando Saúl mandó los emisarios a David, Mical les dijo:

—Está malo.

¹⁵ Pero Saúl despachó de nuevo los emisarios para que busquen a David:

—Traédmelo en la cama, que lo quiero matar.

¹⁶ Llegaron los emisarios y se encontraron con un ídolo en la cama y un cojín de pelo de cabra en la cabecera.

¹⁷ Entonces Saúl dijo a Mical:

—¿Qué modo es éste de engañarme? ¿Has dejado escapar a mi enemigo!

Mical le respondió:

—Él me amenazó: «Si no me dejas marchar, te mato».

El relato comienza con una indicación importante: Saúl habla públicamente de matar a David. Esto supone un salto adelante en el tema de la amenaza de muerte. Hasta ahora, Saúl lo ha intentado dos veces con la lanza; otra, enviando a David a luchar con cien filisteos. Pero esto sólo lo saben Saúl y el lector. Los otros protagonistas de la historia desconocen las verdaderas intenciones del rey. Ahora es cuando se manifiestan públicamente por vez primera. Con ello, lo que era una cuestión personal se convierte en cuestión de estado. Y el lector, igual que Jonatán, se siente desconcertado. ¿Qué motivos puede aducir Saúl para tomar esta decisión? El autor no los indica, porque no existen. En cualquier caso, los dos hermanos son conscientes del hecho, y los dos se lo avisan claramente a David: «Mi padre, Saúl, te busca para matarte», dice Jonatán; «si no te pones a salvo esta misma noche, mañana eres cadáver», le indica Mical. Pero cada uno actúa de manera distinta, de acuerdo con sus posibilidades y con la progresión del relato.

Jonatán, consciente del influjo sobre su padre, intenta convencerlo por las buenas, aduciendo diversos argumentos, a que cambie su decisión. Y parece tener éxito, ya que David vuelve a palacio. Este final feliz desconcierta al lector. Supone que David ha sido expulsado de la corte, cosa de la que no tenemos datos. Anteriormente se ha dicho y repetido que Saúl apartó a David enviándolo a diversas misiones. Pero esto no suponía la prohibición de presentarse ante el rey. Todo da a entender que se guardaban las apariencias de buena amistad. Volvemos a percibir esos fallos narrativos inevitables que ya hemos comentado. De todos modos, el autor necesitaba que David volviese a la corte para insertar una nueva versión del intento de Saúl de

matar a David con la lanza mientras éste toca el arpa. Aunque los versos 9-10 son un duplicado de lo que se contó en 18,10-11, para el autor cumplen una función importante: subrayan la obsesión de Saúl por matar a David, y cómo se ha convertido para él en algo que lo domina por encima de argumentos y de decisiones previas. Saúl ya no es dueño de sí mismo; es víctima repentina de un mal espíritu.

Por eso, la actitud de Mical no podrá ser como la de su hermano. Ante todo, ella no goza de autoridad ante su padre. Además, con Saúl no caben ya argumentos de ningún tipo. Por eso, Mical no intercede. Avisa a David y lo ayuda a huir, sin miedo a enfrentarse con su padre. Una mentirra piadosa la sacará del apuro.

El relato no precisa mucho comentario. En las palabras que Jonatán dirige a David resulta extraña la referencia al campo donde se supone que estará escondido David y a donde saldrán a pasear Jonatán y Saúl. Este detalle quizá se deba a influjo del relato paralelo del capítulo 20, que se desarrolla en el campo.

David, jefe de banda (1Samuel 22-26)

Esta larga e importante sección consta de siete episodios. El primero cuenta ciertas medidas de David y su formación de un grupo de aventureros. Los dos siguientes forman como un díptico: al Saúl amargado y vengativo, que asesina a los sacerdotes de Nob, se opone un David que defiende a su pueblo de la incursión filisteo. El tema de la venganza es capital en los tres últimos episodios. Por dos veces perdona David a Saúl, y otra a Nabal. El autor, indicando frecuentes cambios de localidad, nos refleja la vida errante de David.

MATANZA DE LOS SACERDOTES DE NOB (1SAMUEL 22,6-23)

⁶Saúl estaba en Guibeá, sentado bajo el tamarindo, en el alto, con la lanza en la mano, rodeado de toda su corte, cuando llegó la noticia de que habían sido vistos David y su gente. ⁷Entonces habló Saúl:

—Oíd, benjaminitas: Por lo visto, también a vosotros el hijo de Jesé os va a repartir campos y viñas y os va a nombrar jefes y oficiales de su ejército, ⁸porque todos estáis conspirando contra mí, nadie me informa del pacto de mi hijo con el hijo de Jesé, nadie siente pena por mí ni me descubre que mi hijo ha instigado a un esclavo mío para que me aceche, como está pasando ahora.

⁹Doeg, el edomita, mayoral de los pastores de Saúl, respondió:

—Yo vi al hijo de Jesé llegar a Nob, donde Ajimélec, hijo de Ajitob. ¹⁰A petición suya, consultó al Señor, le dio provisiones y además la espada de Goliat, el filisteo.

¹¹El rey mandó llamar al sacerdote Ajimélec, hijo de Ajitob, a toda su familia, sacerdotes de Nob, y se presentaron todos ante el rey. ¹²Y dijo Saúl:

—Escucha, hijo de Ajitob.

Respondió:

—Aquí me tienes, señor.

¹³Saúl preguntó:

—¿Por qué habéis conspirado contra mí tú y el hijo de Jesé? Le has dado comida y una espada, y has consultado a Dios por él, para que se alce contra mí, como está pasando ahora.

¹⁴Ajimélec respondió:

—¿Y qué siervo tienes tan de confianza como David, yerno del rey, jefe de tu guardia y tratado con honor en tu palacio? ¹⁵¿Ni que fuera hoy la primera vez que consulto a Dios por él! ¡Libreme Dios! No mezcle el rey en este asunto a este

servidor y a su familia, que tu servidor no sabía ni poco ni mucho de ese asunto.

¹⁶*Pero el rey replicó:*

—Morirás sin remedio, Ajimélec, tú y toda tu familia.

¹⁷*Y luego dijo a los de su escolta:*

—Acercaos y matad a los sacerdotes del Señor, porque se han puesto de parte de David, y sabiendo que huía no lo denunciaron.

Pero los guardias no quisieron mover la mano para herir a los sacerdotes del Señor. ¹⁸*Entonces Saúl ordenó a Doeg:*

—Acércate tú y mátalos.

Doeg, el edomita, se acercó y los mató. Aquel día murieron ochenta y cinco hombres de los que llevan efod de lino.

¹⁹*En Nob, el pueblo de los sacerdotes, pasó a cuchillo a hombres y mujeres, chiquillos y niños de pecho, bueyes, asnos y ovejas.* ²⁰*Un hijo de Ajimélec, hijo de Ajitob, llamado Abiatar, se escapó.* ²¹*Llegó huyendo detrás de David y le contó que Saúl había asesinado a los sacerdotes del Señor.* ²²*David le dijo:*

—Ya me di cuenta yo aquel día de que estaba allí Doeg, el edomita, y que avisaría a Saúl. ¡Me siento culpable de la muerte de tus familiares! ²³*Quédate conmigo, no temas; que el que intente matarte a ti intenta matarme a mí; conmigo estarás bien defendido.*

El episodio es fundamental en la descripción que el autor nos va haciendo del antagonista de la historia, Saúl. Al principio, su gran enemigo es David. Más tarde sospecha de su hijo. Ahora sospecha de sus cortesanos y de los sacerdotes de Nob. Saúl es un enfermo que ve conspiraciones por todas partes. Al mismo tiempo, se siente cada vez más solo, y de hecho sólo un extranjero sigue sus órdenes. Como en los episodios anteriores, los detalles están muy cuidados y conviene tenerlos presentes.

El autor presenta a Saúl en una especie de sesión solemne de la corte, no dentro del palacio, sino al aire libre, en lugar sagrado (si leemos *bamâ* con los LXX), bajo un árbol sagrado, el tamarindo; recuérdese que Abraham plantó un tamarindo en Beerseba antes de invocar al Señor (Gén 21,33), y que Saúl será enterrado bajo el tamarindo de Yabés (1Sam 31,13). Un detalle curioso puede pasar desapercibido. El autor subraya que Saúl está rodeado de toda su corte; pero, cuando comienza a hablar, dice: «Oíd, benjaminitas». ¿Se conserva aquí la tradición de una monarquía inicial muy localizada, sólo de la tribu de Benjamín, o se trata de que Saúl, benjaminita, sólo ha concedido cargos de importancia a los de su tribu? En cualquier caso, las palabras de Saúl hay que leerlas a la luz del duro discurso de Samuel pronunciado en el capítulo 8. En él se distinguen dos grandes grupos: el pueblo, que saldrá perjudicado con la institución de la monarquía, y todas las personas, empezando por el rey, que se beneficiarán de ella. Quien rodea a Saúl en esta sesión solemne no es todo el pueblo, sino sólo aquéllos que han recibido campos, viñas y cargos en el ejército. Pero Saúl ni siquiera se fía de los suyos. Cuando la fidelidad de las personas se compra con bienes materiales, siempre cabe el peligro de que otro ofrezca más. Y eso es lo que teme Saúl que haga David.

Pero el discurso toma de repente un rumbo nuevo. David deja de ser el personaje más peligroso y la responsabilidad recae sobre Jonatán. Es él quien ha hecho un pacto con el hijo de Jesé y quien ha incitado «a un esclavo mío para que me aceche». Este nuevo punto de vista que pone el autor en boca de Saúl resulta bastante lógico y no debe extrañarnos. Desde los comienzos del reinado de Saúl, en la tradición contenida en los capítulos 13-14, el gran antagonista del rey era su propio hijo, más valiente, decidido y sensato que su padre. Lo lógico es que Saúl viese en él al

mayor adversario político, mucho mayor que David. Pero el discurso que el autor pone en este momento en boca del rey refleja con espléndida maestría esas dudas que parecen asaltar al monarca. ¿Quién es más peligroso realmente, David o Jonatán? ¿Quién terminará repartiendo campos y viñas a los cortesanos para ganarse su favor? ¿Será el hijo de Jesé, como afirma expresamente, o será su propio hijo, aunque no lo diga? En la madeja de esta hipotética conspiración, Saúl construye una teoría bastante verosímil: el responsable último es Jonatán, pero el instrumento utilizado es David, que incitará contra él a sus cortesanos. En síntesis, «todos estáis conspirando contra mí». Saúl se siente completamente solo.

A estas duras acusaciones, la corte calla. Y el lector tiene la sensación de que «el que calla, otorga». Sólo un extranjero, un edomita, Doeg, se pone de parte del rey denunciando la actividad de David. Su denuncia aporta un dato nuevo a lo dicho en 21,1-10; allí se habló de la petición que hizo David a Ajimélec de panes y de una espada. Aquí se añade que el sacerdote «consultó al Señor por David». El carácter patológico de Saúl lo subraya el autor con un pequeño detalle. Doeg ha mencionado una consulta al Señor sin especificar su contenido. Saúl la interpreta como una consulta al Señor «para levantarse contra mí». De ahí deduce que el sacerdote está también conspirando contra él. Todas las personas e instituciones lo abandonan. Y toma la decisión más dramática y cruel hasta ahora: el asesinato de la familia sacerdotal de Nob. En la lógica de la Historia deuteronomista, que subraya con frecuencia el cumplimiento de antiguas profecías, resulta extraño que el autor no haya relacionado este episodio con lo anunciado al comienzo del libro por un profeta anónimo al sacerdote Elí: «la mayor parte de tu familia morirá a espada» (1Sam 2,33).

Lo que sí deja claro el autor es que Saúl no encuentra apoyo alguno en su decisión. Ni uno solo de sus servidores obedece la orden de atentar contra los sacerdotes. Será Doeg, el edomita, quien lleve a cabo el asesinato. La escena resulta inverosímil. Un solo hombre, en contra de la opinión de todos los presentes, matando a ochenta y cinco personas. Pero al autor no le importa la verosimilitud histórica; le interesa dejar clara la soledad de Saúl y el hecho de que ese crimen no pudo llevarlo a cabo más que un extranjero.

Lo irreal de esta escena se confirma con el episodio siguiente, que supone la consagración al anatema de todo el pueblo de Nob, con sus personas y posesiones. Lo que Saúl no había hecho con Amalec, lo hace en este caso con la gran familia sacerdotal. Pero es evidente que esta nueva hazaña no la llevaría a cabo Doeg. Sólo los soldados del rey podían terminar con un número elevado de personas y animales. Las palabras de David a Abiatar, único que se salva de la matanza, cierran el episodio. Resultan sinceras, y la tradición posterior confirma que cumplió su promesa. Abiatar se convirtió en el sumo sacerdote de David, al que años más tarde se uniría en el cargo otro sacerdote, Sadoc.

Pero un autor posterior imaginó una reacción más profunda de David ante esta injusticia y ante la persona que consideraba el mayor culpable. Tomando el actual salmo 52 (51), le antepuso este título: «Cuando el edomita Doeg vino a avisar a Saúl diciéndole: David ha entrado en casa de Ajimélec». Es un duro alegato contra todas las denuncias que a lo largo de la historia, hasta los últimos tiempos, han ocasionado tantas torturas y condenas de muerte.

¹ David subió de allí y se instaló en los riscos de Engadí.

² Cuando Saúl volvió de perseguir a los filisteos, le avisaron:
—David está en el páramo de Engadí.

³ Entonces Saúl, con tres mil soldados de todo Israel, marchó en busca de David y su gente, hacia las Peñas de los Rebecos;
⁴ llegó a unos apriscos de ovejas junto al camino, donde había una cueva, y entró a hacer sus necesidades. David y los suyos estaban en lo más hondo de la cueva, ⁵ y le dijeron a David sus hombres:

—Este es el día del que te dijo el Señor: «Yo te entrego tus enemigos». Haz con él lo que quieras.

Él se levantó y le cortó a Saúl el borde del manto sin meter ruido. ⁶ E inmediatamente después le tembló el corazón por haberle cortado a Saúl el borde del manto.

⁷ Y dijo:

—¡Dios me libre de hacer eso a mi señor, el ungido del Señor, extender la mano contra él! ¡Es el ungido del Señor!

⁸ Y les prohibió enérgicamente a sus hombres echarse contra Saúl.

Cuando Saúl salió de la cueva y siguió su camino, ⁹ David se levantó, salió de la cueva detrás de Saúl y le gritó:

—¡Majestad!

Saúl se volvió a ver, y David se postró rostro en tierra, rindiéndole vasallaje. ¹⁰ Le dijo:

—¿Por qué haces caso a lo que dice la gente, que David anda buscando tu ruina? ¹¹ Mira, lo estás viendo hoy con tus propios ojos: el Señor te había puesto en mi poder dentro de la cueva; me dijeron que te matara, pero te respeté, y dije que no extendería la mano contra mi señor, porque eres el ungido del Señor. ¹² Padre mío, mira en mi mano el borde de tu manto; si te corté el borde del manto y no te maté, ya ves que mis manos no están manchadas de maldad, ni de traición, ni de ofensa

contra ti, mientras que tú me acechas para matarme. ¹³ Que el Señor sea nuestro juez, y que él me venga de ti, que mi mano no se alzaré contra ti. ¹⁴ Como dice el viejo refrán: «La maldad sale de los malos...», mi mano no se alzaré contra ti. ¹⁵ ¿Tras de quién ha salido el rey de Israel? ¿A quién vas persiguiendo? ¿A un perro muerto, a una pulga! ¹⁶ El Señor sea juez y sentencie nuestro pleito, vea y defienda mi causa, librándome de tu mano.

¹⁷ Cuando David terminó de decir esto a Saúl, Saúl exclamó:

—Pero ¿es ésta tu voz, David, hijo mío?

Luego levantó la voz llorando, ¹⁸ mientras decía a David:

—¡Tú eres inocente y no yo! Porque tú me has pagado con bienes y yo te he pagado con males, ¹⁹ y hoy me has hecho el favor más grande, pues el Señor me entregó a ti y tú no me mataste. ²⁰ Porque si uno encuentra a su enemigo, ¿lo deja marchar por las buenas? ¡El Señor te pague lo que hoy has hecho conmigo! ²¹ Ahora, mira, sé que tú serás rey y que el reino de Israel se consolidará en tu mano. ²² Pues bien, júrame por el Señor que no aniquilarás mi descendencia, que no borrarás mi apellido.

²³ David se lo juró. Saúl volvió a casa y David y su gente subieron a los riscos.

Durante años, esta escena me pareció irreal, a pesar del interés y la tensión que crea en el lector. Me resultaba difícil imaginar a seiscientos hombres en una cueva, cuchicheando con David mientras Saúl hace sus necesidades. Y, más difícil todavía, imaginar a David cortando el borde del manto sin que Saúl se diese cuenta. La primera dificultad desapareció cuando conocí algunas cuevas de Israel realmente enormes, donde pueden cobijarse cientos de personas sin ser vistas desde la entrada. La segunda permanece. La escena tiene mucho de novelada, y parece más real

el episodio paralelo del capítulo 26. Pero esto no le quita valor en el conjunto del mensaje que pretende transmitir la historia de David. Los dos momentos cruciales los representan los dos diálogos: entre David y sus hombres, entre David y Saúl.

Los soldados de David comienzan con unas palabras que contienen un oráculo divino desconocido para el lector: «Yo te entrego tus enemigos. Haz con él lo que quieras». De entrada nos encontramos con dos problemas: ¿habla el oráculo de «enemigos» (plural, con el texto hebreo), o de un «enemigo» (singular, con muchos manuscritos y otros de Qumrán)? Si optamos por el singular, debe referirse a Saúl. Pero, como acabo de indicar, anteriormente no se ha dicho nada de un oráculo divino en este sentido. El segundo problema consiste en saber hasta dónde se extiende el oráculo divino: ¿se limita a la primera frase: «Yo te entrego a tu(s) enemigo(s)», o abarca también la segunda: «Haz con él lo que quieras»?

Pienso que el oráculo habla de los «enemigos», en plural, y que se limita a la primera frase, una promesa muy frecuente a un guerrero; la segunda parte es una conclusión personal de los soldados. En esta hipótesis, la fuerza del relato estará en la distinta manera de concebir David y sus hombres la promesa de Dios. Para los soldados, la promesa es válida en cualquier circunstancia y ante cualquier enemigo; a David le basta ponerla en práctica matando a su adversario. Para David, la situación es mucho más compleja. Para él, Saúl no es simplemente un enemigo, como para los soldados; es también, y sobre todo, el ungido del Señor. Se ve cogido entre la promesa del Señor y el ungido del Señor. El Señor por ambas partes: presente en su palabra y presente en una persona elegida, pero como dos presencias aparentemente incompatibles. ¿Cuál de ellas será más fuerte para David?

Frente al simplismo de los soldados, David busca una salida capaz de compaginar ambas realidades: el perdón del enemigo. «Haz con él lo que quieras», le dicen sus hombres, pensando en matar. «Haz con él lo que quieras», le dice su conciencia, pensando en perdonar. De este modo, el oráculo se cumple, pero también queda a salvo el respeto debido al ungido del Señor. Un respeto tan grande que incluso el simple hecho de cortarle a Saúl el borde del manto le produce gran remordimiento (éste es, para algunos, el sentido de la frase «le tembló el corazón»).

Ciertos comentaristas cambian el orden dentro de los versos 5-8, consiguiendo una secuencia aparentemente más perfecta: los soldados animan a David a matar a Saúl (5a), pero David rechaza la sugerencia (7.8a) y se limita a cortar el borde del manto (5b-6). A pesar de todo, si manteneamos el orden del texto hebreo, la secuencia también resulta lógica, incluso más fuerte: los soldados, después de animar a David, lo han visto levantarse y dirigirse hacia Saúl; pero, cuando vuelve, se enteran de que no ha sido capaz de matarlo; entonces son ellos los que deciden hacerlo, pero David lo impide. Manteniendo este orden, David no sólo perdona la vida a Saúl, sino que también lo salva de sus hombres.

Aparte de los valores morales y teológicos que transmite el episodio, no podemos olvidar su gran interés político. Recuerdo que una de las grandes acusaciones que podían hacerse a David era la de haber conspirado contra Saúl. Este episodio demuestra (o intenta demostrar) la falsedad de tal acusación. El aspecto político se subraya especialmente en el discurso de David a Saúl, una pequeña obra maestra de oratoria. Comienza de forma suave, casi disculpando al rey y cargando la responsabilidad sobre los que se dedican a difundir ideas falsas. No acusa a Saúl de odio ni enemistad, sino «de hacer caso a lo que dice la gente».

El lector sabe que todo esto es falso, pero admira la habilidad de David en su intento de solucionar el conflicto. Y cuando le enseña el borde del manto, no lo hace con soberbia, jactándose de su hazaña. Habla con palabras llenas de afecto y respeto: «Padre mío, mira en mi mano el borde de tu manto».

Sin embargo, poco a poco, David va ganando terreno. Desaparecen las disculpas iniciales y contrasta rotundamente su actitud con Saúl («mis manos no están manchadas de maldad, ni de traición, ni de ofensa contra ti») y la de Saúl con él («mientras que tú me acechas para matarme»). Pero ni esto le impulsará a tomarse la justicia por su mano. En éste, como en tantos otros episodios, el autor presenta a David con una mirada trascendente. En medio de todo, y por encima de todo, siempre tiene presente al Señor, único y decisivo juez en cualquier conflicto mortal entre dos personas. «Que el Señor sea nuestro juez. Y que él me venga de ti; que mi mano no se alzaré contra ti». Esta confianza plena en el Señor, acompañada de la firme decisión de no vengarse de su enemigo, es el punto culminante del discurso. Pero falta algo importante. Hasta ahora, ha quedado clara la actitud de David: ni se ha vengado ni piensa vengarse. ¿Cuál será la que adopte Saúl? ¿Seguirá persiguiéndolo? Las palabras que siguen parecen un esfuerzo por hacerlo recapacitar sobre su conducta. En primer lugar, con el refrán «la maldad sale de los malos», David parece reforzar su inocencia; pero es también una indirecta, un golpe bajo, a Saúl; si mantiene su persecución, demostrará que es un hombre malo, del que sale maldad. Por otra parte, esa persecución es ridícula; con humildad retórica, David se compara con un perro y una pulga, para que Saúl advierta lo absurdo de su conducta.

David está a punto de terminar su discurso. Sabe claro lo que él hará. No sabe lo que hará Saúl. Y se refugia

de nuevo en el Señor, como única garantía absoluta: «Vea y defienda mi causa, librándome de tu mano».

La respuesta de Saúl no puede ser más positiva y sincera, pronunciada entre lágrimas. Sin buscar excusas, se reconoce culpable, admira la capacidad de perdonar de David, expresa su convencimiento de que llegará a rey de Israel, y sólo le pide que no aniquile a su descendencia.

Como lectura política, este breve discurso de Saúl es de gran trascendencia. Si alguien alberga dudas sobre la conducta de David antes de llegar a rey, el mismo Saúl proclama su inocencia y el convencimiento de que será él, no ninguno de sus hijos, quien herede el trono.

En cuanto a enseñanza moral, el discurso de Saúl también contiene una frase que ayuda a recapacitar sobre el mensaje del capítulo: «Si uno encuentra a su enemigo, ¿lo deja marchar por las buenas?». El odio y la enemistad recorren la historia del mundo desde Caín y Abel. La reacción fácil, espontánea, es la venganza. Ya lo anunció Lamec ante sus mujeres:

*Por un cardenal mataré a un hombre,
a un joven por una cicatriz.
Si la venganza de Caín valía por siete,
la de Lamec valdrá por setenta y siete.*

(Gén 4,23-24)

Lo difícil, como reconoce Saúl, es perdonar. Sus palabras: «el Señor me entregó a ti y tú no me mataste» reflejan el mismo asombro que embargó a los soldados de David. Pero esas palabras demuestran también un profundo desconocimiento de lo ocurrido. En ellas, David queda por encima del Señor; el Señor entrega, David perdona. Más aún, en sentido estricto, David se alza contra el Señor, porque no aprovecha la oportunidad que Dios pone en sus

manos. El error de Saúl es el mismo que el de los soldados de David: no se ve en ese momento como «ungido del Señor», sino como simple «enemigo», un adversario que provoca odio y espíritu de venganza. En el fondo, Saúl no ha entendido a David. Ha pasado por alto esa frase capital de su discurso: «dije que no extendería la mano contra mi señor, porque eres el ungido del Señor» (v. 11).

En definitiva, el pasaje no sólo enseña la grandeza del perdón, sino también los motivos del perdón. Caín mató a Abel porque ignoró su identidad, la ignoró como hermano y como hijo de Dios. David podría haber matado a Saúl si hubiese ignorado su identidad de ungido del Señor. Pero le resultó imposible. Por encima de lo que Dios (el oráculo) diga y de lo que haga («el Señor me entregó a ti»), está la realidad profunda de la persona, que inspira un respeto sagrado.

Sin embargo, al lector le puede quedar una duda. ¿Qué le habría ocurrido a un enemigo de David que no fuese el ungido del Señor? ¿Habría perdonado también en esas circunstancias? El capítulo siguiente responderá a esta pregunta.

DAVID, NABAL Y ABIGAIL (1SAM 25)

¹Samuel murió. Todo Israel se reunió para hacerle los funerales, y lo enterraron en su posesión de Ramá. David bajó al desierto de Farán. ²Había un hombre de Maón que tenía sus posesiones en Carmel. Era muy rico: tenía tres mil ovejas y mil cabras, y estaba en Carmel esquilando las ovejas. ³El hombre se llamaba Nabal, y su mujer, Abigail; la mujer era sensata y muy guapa, pero el marido era áspero y de malos modales; era descendiente de Caleb. ⁴David oyó en el páramo que Nabal estaba de esquila, ⁵y mandó diez mozos con este encargo:

—Subid a Carmel, presentaos a Nabal y saludadlo de mi parte. ⁶Le decís: «¡Salud! La paz contigo, paz a tu familia, paz a tu hacienda. ⁷He oído que estás en el esquila; pues bien, tus pastores estuvieron con nosotros; no los molestamos ni les faltó nada mientras estuvieron en Carmel. ⁸Pregunta a tus criados y te lo dirán. Atiende favorablemente a estos muchachos, que venimos en un día de alegría. Haz el favor de darles lo que tengas a mano a tus siervos y a tu hijo David».

⁹Llegaron los mozos de David, le dijeron todo eso a Nabal, de parte de David, y se quedaron aguardando. ¹⁰Nabal respondió a los servidores de David:

—¿Quién es David, quién es el hijo de Jesé? Hoy día abundan los esclavos que se escapan de su amo. ¹¹¿Voy a tomar mi pan y mi agua y las ovejas que maté para mis esquiladores y voy a dárselos a una gente que no sé de dónde viene?

¹²Los mozos desandaron el camino de vuelta, llegaron y se lo contaron todo. ¹³David ordenó a sus hombres:

—¡Ceñíos todos la espada!

Se ceñieron todos la espada, también David se ceñó la suya, y subieron tras él unos cuatrocientos hombres, mientras doscientos se quedaron con el bagaje.

¹⁴Uno de los criados avisó a Abigail, la mujer de Nabal:

—David ha mandado unos emisarios desde el páramo a saludar a nuestro amo, y éste los ha tratado con malos modos.

¹⁵Y esos hombres se portaron muy bien con nosotros; no nos molestaron ni nos faltó nada todo el tiempo que anduvimos con ellos, cuando estuvimos en descampado; ¹⁶día y noche nos protegieron mientras estuvimos con ellos guardando las ovejas. ¹⁷Así que mira a ver qué puedes hacer, porque ya está decidida la ruina de nuestro amo y de toda su casa; es un cretino que no atiende a razones.

¹⁸Abigail reunió aprisa doscientos panes, dos pellejos de vino, cinco ovejas adobadas, cinco arrobas de trigo tostado,

cien racimos de pasas y doscientos panes de higos; lo cargó todo sobre los burros, ¹⁹y ordenó a sus criados:

—Id delante de mí, yo os seguiré.

Pero no dijo nada a Nabal, su marido.

²⁰Mientras ella, montada en el burro, iba bajando al reparo del monte, David y su gente bajaban en dirección opuesta, y se encontró con ellos. ²¹David, por su parte, había comentado:

—He perdido el tiempo guardando todo lo de éste en el páramo para que él no perdiese nada. ¡Ahora me paga mal por bien!²² ¡Que Dios me castigue si antes del amanecer dejó vivo en toda la posesión de Nabal a uno solo de los que mean a la pared!

²³En cuanto Abigail vio a David, se bajó del burro a toda prisa y se postró ante él, rostro en tierra. ²⁴Postrada a sus pies, le dijo:

—La culpa es mía, señor. Pero deja que hable tu servidora, escucha las palabras de tu servidora. ²⁵No tomes en serio, señor, a ese cretino, Nabal, porque es como dice su nombre: se llama «Necio» (Nabal), y la necedad va con él. Tu servidora no vio a los criados que enviaste. ²⁶Ahora, señor, ¡vive el Señor que te impide mancharte de sangre y salvarte por tu mano!, por tu vida, sean como Nabal tus enemigos y los que intentan hacerte daño. ²⁷Ahora, este obsequio que tu servidora le ha traído a su señor, que sea para los criados que acompañan a mi señor. ²⁸Perdona la falta de tu servidora, que el Señor dará a mi señor una casa estable, porque mi señor pelea las guerras del Señor, y en toda tu vida no te ocurrirá nada malo. ²⁹Aunque alguno se ponga a perseguirte a muerte, la vida de mi señor está bien atada en el zurrón de la vida, al cuidado del Señor, tu Dios, mientras que la vida de tus enemigos la lanzará como piedras con la honda. ³⁰Que cuando el Señor cumpla a mi señor todo lo que le ha prometido y lo haya constituido jefe de Israel, ³¹mi señor no tenga que sentir remordimientos ni desánimo por haber derramado sangre gratuitamente y haber

hecho justicia por su mano. Cuando el Señor colme de bienes a mi señor, acuérdate de tu servidora.

³²David respondió a Abigail:

—¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que te ha enviado hoy a mi encuentro!³³ ¡Bendita tu prudencia y bendita tú, que me has impedido hoy mancharme de sangre y salvarme por mi mano!³⁴ ¡Vive el Señor, Dios de Israel, que me impidió hacerte mal! Si no te hubieras dado prisa en venir a encontrarme, al amanecer no le quedaba vivo a Nabal uno solo de los que mean a la pared.

³⁵David le aceptó lo que ella le trata, y le dijo:

—Vete en paz a tu casa. Ya ves que te hago caso y te he guardado consideración.

³⁶Al volver Abigail encontró a Nabal celebrando en casa un banquete regio; estaba de buen humor y muy bebido, así que ella no le dijo lo más mínimo hasta el amanecer. ³⁷Y a la mañana, cuando se le había pasado la borrachera, su mujer le contó lo sucedido; a Nabal se le agarró el corazón en el pecho y se quedó de piedra.³⁸ Pasados unos diez días, el Señor hirió de muerte a Nabal, y falleció. ³⁹David se enteró de que había muerto Nabal y exclamó:

—¡Bendito el Señor, que se encargó de defender mi causa contra la afrenta que me hizo Nabal, librando a su siervo de hacer mal y haciendo recaer sobre Nabal el daño que había hecho!

Luego mandó a pedir la mano de Abigail, para casarse con ella. ⁴⁰Los servidores de David llegaron a casa de Abigail, en Carmel, y le dijeron:

—David nos ha enviado para pedirte que te cases con él.

⁴¹Ella se levantó, se postró rostro en tierra y dijo:

—Aquí está tu esclava, dispuesta a lavar los pies de los criados de mi señor.

⁴²Luego se levantó aprisa y montó en el burro; cinco criadas suyas la acompañaban, detrás de los emisarios de David. Y se casó con él.

⁴³ *David se casó también con Ajinoán, de Yezrael. Las dos fueron esposas suyas. Por su parte, Saúl había dado su hija Mical, mujer de David, a Paltiel, hijo de Lais, natural de Galín.*

La referencia inicial a la muerte de Samuel (que se repite en 28,3) parece un dato innecesario, sin valor en el contexto. Más adelante veremos que no es así. Pero dejémoslo aparte momentáneamente.

El final feliz de la escena anterior no significa que David vuelva a la corte ni a su casa de Belén. El autor lo sitúa ahora muy al sur, en el desierto de Farán, antiguo lugar de residencia de Ismael (Gén 21,21), primera etapa del pueblo después del Sinaí (Núm 10,12), desde donde tiene lugar el famoso envío de los exploradores de la Tierra Prometida (Núm 13,3). Esta localización tan lejana, adentrada en la península del Sinaí, ya resultó extraña a algunos traductores antiguos, que cambiaron Farán por Maón. De hecho, la estepa de Maón ha aparecido en 23,24-25 como lugar donde se oculta David. Y el relato posterior habla de un personaje que reside en Maón. En esta hipótesis, más probable, nos encontraríamos en las montañas de Judá, unos diez kilómetros al sur de Hebrón. Tampoco estamos muy lejos de Engadí, donde se situó el encuentro con Saúl.

El episodio comienza hablándonos de un personaje importante y muy rico: tres mil ovejas y mil cabras. Sus posesiones no llegan a las de Job, pero no tienen mucho que envidiarle. ¿Nos encontramos ante un personaje parecido, modelo de virtud y de confianza en Dios? ¿Será un nuevo Abraham, bendecido por el Señor con abundancia de ganado? De entrada, al lector le cabe una sospecha. Este señor no tiene hijos ni hijas, sólo rebaños. Pero tampoco Abraham los tuvo durante años, y eso no significaba una maldición divina. Sin embargo, el autor no nos mantiene en vilo por

mucho tiempo. Inmediatamente nos da su nombre, Nabal, y el de su mujer, Abigail. El nombre de Nabal, «necio», no despierta mucha simpatía. Pero el autor prefiere comenzar por la mujer, presentándola como sensata y muy guapa. «La sensatez se gana el favor», dice un proverbio (Prov 13,15). «Fuente de vida es la sensatez para el que la posee», afirma otro (Prov 16,22). Efectivamente, la sensatez de Abigail le servirá de mucho para ganarse el favor de David y salvar la vida. Además, es muy guapa. Y esto nos traslada al ambiente de las tradiciones patriarcales, donde se subraya con gusto la belleza de las protagonistas. Sara era «muy hermosa» (Gén 12,12.15), igual que lo será Rebeca (Gén 24,16); Raquel, «guapa y de buen tipo» (Gén 29,17). Abigail, al unir la belleza a la sensatez, parece superarlas. El narrador, después de suscitar nuestra admiración por la mujer, vuelve a su marido. Es todo lo contrario: una persona áspera y de malos modales. El nombre de Nabal adquiere ahora contornos precisos. Al conocedor de la Biblia le vienen a la mente una serie de textos que prefiero no anticipar, para incluirlos en el momento adecuado del relato. La presentación del personaje termina indicando su familia: descendiente de Caleb. Uno de los grandes personajes del pasado, el único, junto con Josué, que fue perdonado por Dios de toda la generación que salió de Egipto (Núm 14,24.30), y que recibió en heredad la importante ciudad de Hebrón (Jos 14,6-14). Pero su mayor fortuna fue morir sin conocer a su descendiente Nabal, porque, como afirma un proverbio:

*Quien engendra un tonto pasará pena,
no tendrá alegría el padre de un necio (nabal).
(Prov 17,21)*

Tras esta presentación de los protagonistas, mucho más detallada que en los relatos anteriores, se plantea el pro-

blema. David aprovecha el esquiteo para pedir a Nabal una contribución. Su mensaje es muy atento. Los emisarios no deben comenzar pidiendo, sino saludando con la paz. Cuatro veces resuena en boca de David la palabra *šalom*, como signo de su buena actitud. Luego sigue exponiendo los beneficios hechos a los pastores de Nabal («no les molestamos ni les faltó nada»). Y termina pidiendo cualquier cosa («lo que tengas a mano»), sin plantear exigencias concretas y presentándose como servidor e hijo de Nabal. David, indudablemente, «habla muy bien» (1Sam 16,18). Pero al lector moderno, conocedor de otras historias de bandoleros, la actitud de David le puede parecer una especie de «impuesto revolucionario». ¿Qué mérito tiene no molestar a los pastores? Y si no les faltó nada, sería porque lo llevaban o lo buscaban, no porque se lo regalase David.

De todos modos, lo importante no es lo que pensemos nosotros, sino lo que piensa Nabal. Sus palabras difieren plenamente de las de David. Al respeto responde con la ofensa. Lo injuria a él, desprecia a su familia, lo considera un esclavo. Nabal, orgulloso de su ascendencia calebita, desprecia al desconocido «hijo de Jesé». El rico hacendado, cuyas posesiones alcanzan hasta Carmel, desprecia a esos esclavos fugitivos sin oficio ni beneficio. Si Nabal hubiese leído el libro de Job, aplicaría a David y sus hombres lo que en él se dice de esos pobres desgraciados:

*Como asnos salvajes salen a su tarea,
madrugan para hacer presa;
el páramo ofrece alimento a sus crías;
se procuran forraje en descampado
o rebuscan en el huerto del rico;
pasan la noche desnudos,
sin ropa con que taparse del frío;*

*los cala el aguacero de los montes,
y, a falta de refugio, se pegan a las rocas.*
(Job 24,5-8)

Pero estas palabras adquirirían en boca de Nabal otro sentido. No tendrían un deje de pena ni de rabia ante esta injusticia, sino un tono de desprecio hacia el pobre desposeído de sus bienes. A esa gente no hay que ayudarla «con mi pan y mi agua». Y nos viene a la mente un texto de Isaías (32,6):

*El necio (nabal) dice necedades
y su corazón planea el crimen;
practica el vicio y habla falsamente del Señor;
deja vacío al hambriento y le quita el agua al sediento.*

David, hasta ahora tan sumiso, reacciona coléricamente. Cuatrocientos de sus hombres se ciñen la espada (no sabemos de dónde la sacarían en una época en que casi nadie tenía espada) y marchan contra Nabal. Ese mismo David que en el episodio anterior ponía a Dios por juez y le encomendaba su causa, olvida ahora al Señor y decide tomarse la justicia por su mano.

Pero el narrador nos traslada de repente a la presencia de Abigail. Allí interviene un personaje anónimo, que puede pasar desapercibido, pero que desempeña un papel importantísimo. Para demostrar su buena conducta, David había dicho a Nabal: «Pregunta a tus criados y te lo dirán». Ahora, uno de esos criados cuenta a su señora lo ocurrido y elimina las posibles sospechas del lector. La actitud de David y sus hombres no ha sido meramente pasiva, limitándose a no hacerles daño. «Esos hombres se portaron muy bien con nosotros». Y algo más importante, que no había dicho David: «Día y noche nos protegieron mientras estuvimos

con ellos guardando las ovejas». El pobre comprende al pobre. Conoce esos sufrimientos que ignora el rico, y considera justo que David y sus hombres tengan su recompensa. Pero la solución tendrá que venir de Abigail: «mira a ver qué puedes hacer». El criado se convierte en consejero de su señora, aunque no le ofrezca soluciones concretas. Y, sin morderse la lengua, califica a su señor de un cretino que no atiende a razones.

La expresión que traducimos por «cretino» (*ben-beli-ya`al*) es quizá mucho más fuerte. Se aplica a los malvados que incitan a la idolatría (Dt 13,14); a los habitantes de Guibeá que violaron a la mujer del levita (Jue 19,22; 20,13); a la mujer borracha (1Sam 1,16); a los hijos del sacerdote Elí, que se portan mal con Dios y con el pueblo (1Sam 2,12); a los malvados que desprecian a Saúl después de elegido rey (1Sam 10,27); a Sebá, que promueve una revuelta contra David (2Sam 20,1); a los canallas que acusan falsamente a Nabot para que muera (1Re 21,10.13); a los que se unieron a Jeroboán contra Roboán (2Cro 13,7). En los Proverbios también se lo califica con extrema dureza:

*Hombre depravado cava zanjas funestas
y lleva en los labios fuego abrasador*
(Prov 16,27)

*Es hombre depravado y malvado
el que emplea palabras tortuosas,
guiña el ojo, menea los pies y señala con el dedo;
piensa desatinos y planea maldades
y siempre está sembrando discordias*
(Prov 6,12-14)

Abigail no responde a esta opinión tan dura sobre su marido. Parece compartirla (más tarde veremos que la

comparte) y se lanza a la acción. En diversos momentos del relato indicará el narrador la rapidez con que actúa esta mujer. Aquí tenemos la primera: «Se dio prisa en coger...». David ha pedido a Nabal «lo que tengas a mano». Nabal, al escucharlo, pensó que quería pan, agua y ovejas. Algo elemental, lo más fácil de conceder. Abigail no piensa sólo en lo esencial (los panes y las ovejas); añade lo superfluo: vino, trigo tostado, racimos de pasas, panes de higos.

Las dos escenas anteriores suponen un montaje en paralelo: reacción de David y reacción de Abigail. El autor sigue usando la misma técnica en lo que sigue. Pero ahora los dos protagonistas se acercan sin saberlo, cabalgando en direcciones opuestas. Y, antes de encontrarse, el narrador da un salto atrás para hablarnos de los sentimientos de David ante la ofensa recibida. Al conocer la respuesta de Nabal, sus únicas palabras fueron: «¡Ceñíos todos la espada!». Ahora nos enteramos con más detalle de lo que pasa por su interior: se siente frustrado («he perdido el tiempo guardando todo lo de éste en el páramo para que él no perdiese nada»), traicionado («me paga mal por bien») y con deseos de venganza («¡que Dios me castigue si dejo vivo... a uno solo de los que mean a la pared!»). La frase «me paga mal por bien» es importante porque nos recuerda a la última escena entre David y Saúl; en ella, el rey reconoce que «tú me has pagado con bienes y yo te he pagado con males» (24,19). Saúl y Nabal se han comportado de forma idéntica con David. Pero la reacción de éste es diversa en ambos casos. En el de Saúl, adopta la perspectiva que encontramos en los Salmos cuando el orante se queja de que «me pagaban mal por bien» (Sal 35,12; 38,21), «me devuelven mal por bien, odio por amor» (Sal 109,5); ante esta traición, el Salmista se refugia en Dios, esperando que él lo vengue de sus enemigos. Es lo que hizo David con

Saúl. En cambio, en el caso de Nabal reacciona de acuerdo con un principio sapiencial:

*Quien paga mal por bien,
el mal no se apartará de su casa.*
(Prov 17,13)

Con una diferencia importante: el proverbio constata una experiencia universal; David pretende poner en práctica esa experiencia, trayendo el mal sobre la casa de Nabal: «Que Dios me castigue...». Al lector occidental, la referencia a los que mean a la pared le resulta poco elegante; en la Biblia es típica para referirse a los varones, ya que sólo los varones y los perros mean a la pared (véase 1Re 14,10; 16,11; 21,21; 2Re 9,8). Además, para el oyente hebreo de nuestra historia, la expresión está cargada de ironía: Nabal es descendiente de Caleb, y Caleb suena parecido a *keleb*, perro. La muerte de Nabal está asegurada por doble motivo: por ser varón y por recordar a un perro, los dos seres que mean a la pared. Ironías aparte, lo esencial es que David ha tomado la decisión de matar y la refrenda invocando a Dios: «Que Dios me castigue...». ¿Es una decisión justa o precipitada? ¿Es ésa la voluntad del Dios al que acaba de invocar, del Dios que le inspiró respetar la vida a Saúl? Ninguno de sus hombres se atreve a llevarle la contraria, convencidos seguramente de que lleva la razón.

Pero no es éste el punto de vista de Abigail. La mujer que ha callado cuando el criado insultó a su marido, que probablemente lo considera digno de castigo, no intentará salvarse ella sola, ni salvar sus posesiones, sino salvar a David de un grave error. Tras postrarse rápidamente ante él (segunda mención de la velocidad con que actúa), pronuncia un extenso discurso, lleno de sensatez y con visión de futuro, que nos recuerda la habilidad y la sabiduría que hicieron famosas a las mujeres de la cercana Técoa.

Comienza echándose la culpa de lo ocurrido y llamando a David «señor». A diferencia de Nabal, que calificó a David de «esclavo», Abigail le dará siete veces en su discurso el título de «señor». En cuanto a Nabal, un canalla, no se lo puede tener en cuenta; es como su nombre indica (el criado llevaba razón). Pero Abigail aterriza rápidamente en lo esencial: «¡Vive el Señor que te impide mancharte de sangre y salvarte por tu mano!». David ha invocado a Dios, a la divinidad en abstracto. Abigail invoca al Señor (Yahvé), al dios personal que ha elegido a David y lo ha acompañado en todo momento. Y una prueba de la bondad del Señor hacia David es que le impide mancharse de sangre y tomarse la justicia por su mano. Es como si Abigail conociese el reciente episodio de David y Saúl y se lo recordase. Igual que entonces, será el Señor quien se encargue de vengarlos de sus enemigos. La expresión «mancharse de sangre» (*ba' b' damim*) sólo aparece dos veces en el Antiguo Testamento, las dos en este capítulo; la fórmula habitual es «derramar sangre» (*šafak dam*), muy frecuente. No creo que se trate de un simple matiz estilístico. «Mancharse de sangre» parece más fuerte, más marcado por el temor y respeto al simple contacto con la sangre. La siguiente expresión: «tomarte la justicia por tu mano», traducida literalmente sería: «salvarte por tu mano», «salvarte por ti mismo». Intentar «salvarse uno por su mano» supone un pecado de soberbia, como le dijo Dios a Gedeón: «No sea que luego Israel se me gloríe diciendo: Mi mano me ha salvado» (Jue 7,2). Sólo la mano o el brazo de Yahvé salvan al pueblo y a cualquier individuo. David, que en tantos episodios anteriores ha experimentado esa ayuda y salvación del Señor, ahora la ha olvidado. Abigail, con sus palabras, le recuerda el contenido básico de un importante proverbio:

*No digas: «Me las pagarás»;
espera en el Señor, que él te salvará.
(Prov 20,22)*

Sólo después de evocar estas importantes ideas teológicas habla Abigail de los dones que trae. Pero no se detiene en ellos. No los enumera minuciosamente, como habría hecho cualquier persona menos sabia. Pasa a hablarle a David del futuro, anunciándole «una casa estable», asegurándole que el Señor siempre lo defenderá, y que lo hará jefe de Israel. La referencia a la «casa estable» nos hace sonreír. Parece como si Abigail ya conociese la futura promesa de Natán (2Sam 7). Pero quizá sea un elemento más de esa ironía del autor, que intenta presentarla ahora no sólo como sensata y hermosa, sino también como profetisa: lo que anunciará Natán queda ya anunciado por esta mujer. Y, siguiendo en esta línea profética, Abigail exhorta de nuevo al futuro rey a no derramar sangre innecesariamente ni tomarse la justicia por su mano. Estas ideas quedan inmersas en un juego premeditado con los conceptos de «mal» y «bien». David se había quejado a sus hombres de que Nabal le había devuelto «mal por bien». Abigail le hace caer en la cuenta de que está equivocado. A David nadie podrá hacerle mal, porque el Señor lo protege; y el bien no debe esperarlo de los hombres, sino del Señor: «Cuando el Señor cumpla a mi señor todo el bien que le ha prometido...». Pero ese bien futuro puede verse empañado por el mal: no el mal que hagan los hombres a David, sino el que haga David a otros hombres. El que Nabal sea un canalla no resta validez a este principio. Matarlo equivaldría a «derramar sangre gratuitamente». Muchos traducen «derramar sangre inocente». Pero es distinto «derramar sangre inocente» (*šafak dam naqî*) y «derramar sangre gratuitamente» (*šafak dam hinnam*). Nabal no es inocente; pero matarlo

carece de justificación, es un acto arbitrario. Y esto es lo que preocupa a Abigail: que David tenga un día que arrepentirse si no sigue su consejo. Lo que podría considerarse aceptable en una persona cualquiera (la venganza), es incompatible con quien llegará a ser jefe de Israel. Idea que provoca también la sonrisa amarga del lector, recordando cuántos monarcas no aprendieron esta lección y se tomaron la justicia por su mano antes y después de llegar al trono. El magnífico discurso termina con una breve alusión a su propio destino: «Cuando el Señor colme de bienes a mi señor, acuérdate de tu servidora». Abigail, mujer sensata, no descuida sus intereses. Pero adviértase la nueva referencia a los «bienes» del Señor. David, molesto por el bien que Nabal no le ha hecho, debe poner su esperanza en el bien que el Señor le hará.

El discurso produce un cambio profundo en David. El hombre que había olvidado a Dios lo redescubre a través de Abigail. Y ahora comprendemos el enorme valor de la referencia inicial a la muerte de Samuel. Con ella, la palabra de Dios, que había vuelto a hacerse rara, parece haber desaparecido totalmente de nuestro mundo. Abiatar puede usar el efod en favor de David; Gad podrá darle buenos consejos (sin presentarlos como «palabra del Señor»). Pero el gran profeta, el que enseñaba y aconsejaba, ha muerto. ¿No habrá nadie que hable en nombre del Señor? La respuesta del autor de este capítulo es tajante: el Señor sigue hablando a través de otras personas, aunque no usen fórmulas proféticas («así dice el Señor», «oráculo del Señor»). Abigail cumple perfectamente la función de profetisa (la vimos anticipando el oráculo de Natán) y David puede decir de ella que «el Señor te ha enviado a mi encuentro». Lo esencial del profeta es que es «enviado» por Dios y «habla» en su nombre. Las dos condiciones se cumplen en el caso de Abigail. Pero la genialidad del autor consiste en no presen-

tarla claramente como profetisa; se limita a insinuar. Abigail, como Amós, podría haber dicho: «No soy profetisa ni hija de profetisa». Pero, igual que Amós, transmite la palabra del Señor y salva a David de cometer un error gravísimo.

Pero el narrador, maestro de la ironía, sugiere que David se siente impresionado no sólo por haber reencontrado a Dios, sino también por hallarse ante una mujer sensata y bella. A la bendición del Señor sigue la de Abigail: «¡Bendita tu prudencia y bendita tú!». Esto no lo escuchó nunca un profeta. ¿Qué ha podido más en David: la prudencia de la mujer o su belleza? Ahora, lo que más le preocupa no es Nabal. Piensa en que podría haber maltratado a Abigail si llega a cumplir su promesa.

La escena siguiente, en casa de Nabal, tampoco carece de humor. Cuando Abigail vuelve, su marido está borracho. Una vez más, el oyente hebreo capta la ironía. Nabal suena parecido a *nebel*, la vasija de vino. El necio (*nabal*) está ahora como una cuba (*nebel*). Nada extraño, si recordamos un texto de Jeremías: «Así dice el Señor: “Las vasijas (*nebel*) se llenan de vino”; te contestarán: “Como si no supiéramos que las vasijas (*nebel*) se llenan de vino” (Jer 13,12). Nabal está lleno de lo que su nombre sugiere.

Pero Abigail no le dirige la palabra, igual que tampoco le avisó de su marcha al encuentro de David. El autor del Eclesiástico estaría de acuerdo con ella:

*Es pegar cascotes enseñar a un necio,
o despertar a uno de un profundo sueño;
el que da explicaciones a un necio se las da a
[un borracho,
al final le responde: ¿de qué se trata?
(Eclo 22,9)*

El autor continúa con sus juegos de palabras. Lo que hemos traducido «por la mañana, cuando se le pasó la borrachera», sería literalmente «cuando salió el vino de Nabal». La referencia a la mañana hace pensar en la salida del sol, pero lo que sale en este caso es el vino. Cuando se entera de la noticia, el corazón de Nabal se queda de piedra. El Eclesiástico emplea una imagen distinta para la misma idea:

*Flecha clavada en el muslo
es la noticia en las entrañas del necio.
(Eclo 19,12)*

Diez días más tarde, Nabal muere por acción de Dios. El Señor ha vengado a David de su enemigo, sin que haya derramado sangre gratuitamente. Y el destino del rico hacendado, egoísta, incapaz de compartir sus bienes, nos recuerda otra imagen sapiencial conservada en Jeremías, que juega también con el nombre del personaje:

*Perdiz que empolla huevos que no puso
es quien amasa riquezas injustas;
a la mitad de la vida lo abandonan,
y él termina hecho un necio (nabal).
(Jer 17,11)*

Con una diferencia notable: en el texto de Jeremías, el rico pierde sus bienes pero sigue con vida. En el relato, el rico pierde la vida y sus bienes pasarán, mediante el matrimonio, a manos de David.

El autor encomienda a David pronunciar la lección del pasaje: «¡Bendito el Señor, que se encargó de defender mi causa contra la afrenta que me hizo Nabal, librando a su siervo de hacer mal! ¡Hizo recaer sobre Nabal el daño que había hecho!».

Resulta extraño que quien añadió las ambientaciones históricas de los Salmos no aprovechara este episodio para poner en boca de David el 14 o el 53, prácticamente iguales, que hablan del necio (*nabal*).

Piensa el necio: «No hay Dios».

*Se corrompen cometiendo execraciones,
no hay quien obre bien.*

*Todos se extravían igualmente obstinados,
no hay uno que obre bien, ni uno solo.*

*Pero, ¿no aprenderán los malhechores
que devoran a mi pueblo como pan y no*

[invocan al Señor?

Pues tendrán que temblar,

porque Dios está con los justos;

el designio del desvalido los confunde,

porque el Señor es su refugio.

(Sal 14)

Efectivamente, el Señor ha sido el refugio de David, su salvador. Pero la historia no podía terminar sin hablar del destino de Abigail. Ella le había pedido: «acuérdate de tu servidora», cuando el Señor te colme de bienes. Con ello se refería al momento de ser rey. David no espera tanto tiempo para pedirla en matrimonio. Curiosamente, el autor que ha narrado con tanto detalle el primer encuentro entre los dos protagonistas silencia ahora el segundo y definitivo. Se limita a indicar: «Y se casó con él». Como si tendiese un velo de respeto sobre la intimidad del nuevo matrimonio.

El capítulo termina con una noticia histórica sobre el matrimonio de David con Ajinoán y sobre el destino de la primera esposa, Mical. De acuerdo con esta noticia, tenemos la impresión de que David se casó primero con Abigail y luego con Ajinoán. Sin embargo, en todas las listas aparece

Ajinoán delante de Abigail, como si hubiera sido su primera mujer (véase 1Sam 27,3; 30,5; 2Sam 2,2). Este dato lo confirma el hecho de que el primogénito de David fue Amnón, hijo de Ajinoán (2Sam 3,2), mientras que Quilab, hijo de Abigail, fue el segundo (2Sam 3,3). Amnón será un vicioso que morirá a manos de su hermano Absalón. De Quilab no sabemos nada; probablemente murió de niño. Tampoco Abigail reaparece en la historia posterior. La única mujer que desempeñará un papel importante en la vida de David será la esposa de Urías, Betsabé. También en esto nos recuerda Abigail a los profetas. Termina marginada y desaparece en el silencio.

El tema central del capítulo, la venganza, ha completado el relato del capítulo anterior. David, que renunciaba a vengarse de Saúl por tratarse del ungido del Señor, aprende que tampoco debe vengarse de un canalla como Nabal. Por muy distintos que sean los adversarios, siempre debe ser el Señor quien defienda su causa.

Dos vidas separadas y antitéticas (1Samuel 27-31)

El capítulo 26 termina con la separación de David y Saúl. No volverán a encontrarse, ni siquiera en el momento de la muerte del rey. Y esta es la idea fundamental de los cinco últimos capítulos del libro. Roland de Vaux los titula «David con los filisteos», pero este título no es exacto. Lo esencial no es que David esté con los filisteos, sino que no está con ellos cuando Saúl se acerca a la muerte. De este modo lo libra de toda responsabilidad con respecto a la posible acusación de haber participado en el trágico destino del monarca. El autor nos ofrece un espléndido montaje en paralelo, de acuerdo con esa maestría narrativa que ya ha mostrado en escenas anteriores, pero aplicándola ahora a grandes bloques.

27 ¹David se echó esta cuenta:

—Saúl me va a eliminar el día menos pensado. No me queda más solución que refugiarme en el país filisteo; así, Saúl dejará de perseguirme por todo Israel y estaré seguro.

²Entonces, con sus seiscientos hombres, se pasó a Aquís, hijo de Maón, rey de Gat. ³David y su gente vivieron con Aquís en Gat, cada uno con su familia: David con sus dos mujeres, Ajinoán, la yezraelita, y Abigail, la esposa de Nabal, el de Carmel. ⁴Avisaron a Saúl que David había huido a Gat, y dejó de perseguirlo.

⁵David pidió a Aquís:

—Si quieres hacerme un favor, asígname un sitio en una población del campo para establecerme allí; pues este servidor tuyo no tiene por qué residir contigo en la capital.

⁶Aquel mismo día Aquís le asignó Siclag. (Por eso Siclag pertenece a los reyes de Judá hasta hoy.) ⁷David estuvo en la campiña filistea un año y cuatro meses. ⁸Solía subir con su gente a saquear a los guesureos, a los guirzitas y a los amalecitas, los pueblos que habitaban la zona que va desde Telán hasta el paso de La Muralla y hasta Egipto. ⁹David devastaba el país, sin dejar vivo hombre ni mujer; cogía ovejas, vacas, burros, camellos y ropa, y se volvía al país de Aquís. ¹⁰Aquís le preguntaba:

—¿Dónde habéis saqueado hoy?

David respondía:

—Al sur de Judá.

O bien:

—Al sur de los yerajmelitas.

O bien:

—Al sur de los quenitas.

¹¹David no se trataba a Gat ningún prisionero vivo, hombre ni mujer, para que no lo denunciaran por lo que hacía.

Ese fue su modo de proceder todo el tiempo que vivió en la campiña filistea. ¹²Aquí se fiaba de David, pensando que David se había enemistado con su pueblo, Israel, y que sería siempre vasallo suyo.

28 ¹Por entonces los filisteos concentraron sus tropas para salir a la guerra contra Israel. Aquís dijo a David:

—Que sepas que tú y tus hombres tenéis que ir conmigo al frente.

²David le respondió:

—Muy bien. Verás cómo se porta un vasallo tuyo.

Aquís le dijo:

—Muy bien. Te nombro de mi guardia personal para siempre.

Tenemos tres escenas principales: David se pasa al rey de Gat (1-6); David engaña a Aquís durante esos dieciséis meses (7-11); Aquís deposita plena confianza en David (27,12-28,2). Estos episodios no tienen la fuerza literaria y teológica de los anteriores, pero son importantísimos desde el punto de vista político. A la acusación innegable de que David se pasó a los filisteos, los mayores enemigos de Israel, el autor responde que es cierto, pero que lo hizo como último recurso para salvarse de la persecución de Saúl. (Esta llegada de David a Gat resulta mucho más verosímil que la narrada en 21,11-16.). Además, mientras estuvo con ellos no atacó a Israel, sino a otros pueblos (guesureos, guirzitas, amalecitas), engañando luego al rey de Gat con informes falsos. De los amalecitas ya hemos hablado a propósito de 1Sam 15. Sabemos el odio que Israel alimentaba contra ellos. En Jos 13,13 aparecen los guesureos en una zona cercana a los filisteos que no pudieron conquistar los israelitas. (Esta Guesur debemos distinguirla de la región de Transjordania entre Basán y el monte Hermón, donde reinaba Talmay, padre de Maacá, que se casará con David y le

dará a Absalón; cf. 2Sam 3,3.) De los guirzitas o guizritas no sabemos nada; parece tratarse de una tribu situada al sur de Canaán. Efectivamente, el autor deja claro que las campañas de David se dirigían contra la zona comprendida entre Telán y el paso de La Muralla, hasta Egipto. Nadie puede acusarlo de haber atacado a su propio pueblo mientras estaba con los filisteos. Y reaparece el David astuto (y cruel) que elimina a todos aquellos que podrían denunciarlo. Sin embargo, lo que dice al rey es muy distinto. Presume de haber atacado a los israelitas (el sur de Judá) o a sus amigos. Recuértese que, según 1Sam 15,6-7, los quenitas se portaron muy bien con los israelitas cuando salieron de Egipto. Los jerajmelitas también aparecerán en 1Sam 30,29 como amigos de David. En 1Cro 2,42, Jerajmeel aparece como hermano de Caleb.

La última escena aumenta notablemente la tensión del lector. David, acostumbrado a actuar libremente, sin control alguno, se ve ahora comprometido a luchar contra Israel, bajo la supervisión directa del rey Aquís. El antiguo vencedor de los filisteos parece ahora dispuesto a colaborar con ellos en la derrota de su pueblo. ¿Cómo se resolverá el problema?

El autor no lo indica de inmediato. Desde Gat, en el sur, nos traslada de repente al norte, a los montes de Gelboé en la llanura de Yezrael. De David volvemos a Saúl, en una escena de fuerte dramatismo.

SAÚL Y LA NIGROMANTE (1SAM 28,3-25)

³Samuel había muerto; todo Israel asistió a los funerales, y lo habían enterrado en Ramá, su pueblo. Por otra parte, Saúl había desterrado a nigromantes y adivinos.

⁴Los filisteos se concentraron y fueron a acampar en Sunán. Saúl concentró a todo Israel y acamparon en Gelboé. ⁵Pero al ver el campamento filisteo, Saúl temió y se echó a temblar.

⁶Consultó al Señor, pero el Señor no le respondió, ni por sueños, ni por suertes, ni por profetas. ⁷Entonces Saúl dijo a sus ministros:

–Buscadme una nigromante para ir a consultarla.

Le dijeron:

–Precisamente hay una en Fuendor.

⁸Saúl se disfrazó con ropa ajena; marchó con dos hombres, llegaron de noche donde la mujer, y le pidió:

–Adivíname el porvenir evocando a los muertos y haz que se me aparezca el que yo te diga.

⁹La mujer le dijo:

–Ya sabes lo que ha hecho Saúl, que ha desterrado a nigromantes y adivinos. ¿Por qué me armas una trampa para luego matarme?

¹⁰Pero Saúl le juró por el Señor:

–¡Vive Dios, no te castigarán por esto!

¹¹Entonces la mujer preguntó:

–¿Quién quieres que se te aparezca?

Saúl dijo:

–Evócame a Samuel.

¹²Cuando la mujer vio aparecer a Samuel, lanzó un grito y dijo a Saúl:

–¿Por qué me has engañado? ¡Tú eres Saúl!

¹³El rey le dijo:

–No temas. ¿Qué ves?

Respondió:

–Un espíritu que sube de lo hondo de la tierra.

¹⁴Saúl le preguntó:

–¿Qué aspecto tiene?

Respondió:

–El de un anciano que sube, envuelto en un manto.

Saúl comprendió entonces que era Samuel, y se inclinó rostro en tierra, prosternándose.

¹⁵Samuel le dijo:

—¿Por qué me has evocado, turbando mi reposo?

Saúl respondió:

—Estoy en una situación desesperada: los filisteos me hacen la guerra, y Dios se me ha alejado y ya no me responde ni por profetas ni en sueños. Por eso te he llamado, para que me digas qué debo hacer.

¹⁶Pero Samuel le dijo:

—Si el Señor se te ha alejado y se ha hecho enemigo tuyo, ¿por qué me preguntas a mí?¹⁷ El Señor ha ejecutado lo que te anunció por mi medio: ha arrancado el reino de tus manos y se lo ha dado a otro, a David.¹⁸ Por no haber obedecido al Señor, por no haber llevado a cabo su condena contra Amalec, por eso ahora el Señor ejecuta esta condena contra ti.¹⁹ Y también a Israel lo entregará el Señor contigo a los filisteos; mañana, tú y tus hijos estaréis conmigo, y al ejército de Israel lo entregará el Señor en poder de los filisteos.

²⁰De repente, Saúl se desplomó cuan largo era, espantado por lo que había dicho Samuel. Estaba desfallecido, porque en todo el día y toda la noche no había comido nada.²¹ La mujer se le acercó y, al verlo aterrado, le dijo:

—Esta servidora tuya te obedeció, y se jugó la vida para hacer lo que pedías.²² Ahora obedece tú también a tu servidora; voy a traerte algún alimento, come y recobra las fuerzas para ponerte en camino.

²³Él lo rehusaba:

—¡No quiero!

Pero sus oficiales y la mujer le porfiaron, y les obedeció. Se incorporó y se sentó en la estera.²⁴ La mujer tenía un novillo cebado. Lo degolló enseguida, cogió harina, amasó y coció unos panes.²⁵ Se los sirvió a Saúl y sus oficiales. Comieron y se pusieron en camino aquella misma noche.

El relato comienza con dos noticias básicas para comprender lo que sigue: la primera se refiere a la muerte de

Samuel con palabras idénticas a las de 25,1; esta noticia, que desconoce la anterior, podría indicar que el capítulo 25 se insertó más tarde; también podríamos interpretarla como un simple deseo del autor de recordar un dato importante para lo que sigue. La segunda noticia se refiere al destierro de nigromantes y adivinos, orden dictada por el mismo Saúl y que es un dato a su favor. En efecto, la ley del Deuteronomio ordena expresamente: «No haya entre los tuyos quien queme a sus hijos o hijas, ni vaticinadores, ni astrólogos, ni agoreros, ni hechiceros, ni encantadores, ni espiritistas, ni adivinos, ni nigromantes. Porque quien eso practica es abominable para el Señor» (Dt 18,10-12). A la hora de conocer el futuro, el israelita debe acudir exclusivamente al profeta o a otros medios lícitos.

Tras estas dos breves indicaciones, el autor entra en materia hablando del lugar geográfico donde tendrá lugar la batalla. No estamos ahora en la zona limítrofe entre Judá y Filistea, como cuando David mató a Goliat, sino muy al norte, en la llanura de Yezrael. Este dato, que el autor no comenta, es de gran importancia para los historiadores: lo que estará en juego en esta batalla será el extenso valle que separa el centro del norte. Si los filisteos consiguen apoderarse de él, las tribus del norte quedarán separadas de las del centro y sur; la unidad rudimentaria intentada por Saúl se habrá ido a pique. Al mismo tiempo, la llanura de Yezrael tiene gran importancia económica por los cultivos y el paso de las caravanas que recorren la «Vía Maris» desde Egipto hacia el norte. Así se comprende que Saúl se meta en la boca del lobo, yendo al sitio más inadecuado para luchar contra los filisteos. No lo hace por gusto, sino por necesidad. Y, en cuanto ve al ejército enemigo, se llena de miedo y se echa a temblar. Nos acordamos del Saúl acobardado ante Goliat (1Sam 17,11), que escucha palabras de ánimo de David (17,32). Pero ahora David no está a su lado. Además, el lec-

tor tiene motivos para pensar que se encuentra en el bando enemigo. ¿A quién acudirá Saúl? En su primera batalla contra los filisteos consultó al Señor, pero no le respondió (14,37); la respuesta posterior sólo sirvió para tenderle una trampa (14,41-45). Desde entonces, Saúl nunca ha consultado a Dios. Sin embargo, en esta situación desesperada vuelve a hacerlo a través de sueños, suertes y profetas. Son los medios ordinarios y lícitos para conocer su voluntad.

De los sueños se habla a menudo, comenzando por el Génesis. Curiosamente, el primer caso que se registra no es de un patriarca, sino el de Abimelec, rey de Guerar, al que Dios le avisa en sueños que deje a Sara (Gén 20,3). Un sueño llevará a Jacob a fundar el santuario de Betel (Gén 28,11-16). Y los sueños de distintos personajes jalonan la historia de José: los suyos propios, que presagian su superioridad sobre los hermanos (Gén 37), los del copero y el panadero (Gén 40) y los del Faraón (Gén 41). También los jefes militares, como Gedeón, conocen la voluntad de Dios a través de sueños (Jue 7,10). Una situación parecida a la de Saúl es la que cuenta Heródoto siglos más tarde a propósito del sacerdote egipcio Setón (*Historia* II, 141); cuando se vio amenazado por el gran rey asirio Senaquerib, «penetró en el sagrario del templo y se puso a gemir ante la imagen por el peligro que le amenazaba. Y, mientras estaba deplorando su suerte, de improviso le entró sueño y, en la visión que tuvo, creyó ver que se le aparecía el dios y le daba ánimos, asegurándole que no sufriría desgracia alguna si salía al encuentro del ejército de árabes, pues él personalmente le enviaría socorros».

El segundo recurso al que acude Saúl es el de las suertes (*'urim*). El texto más explícito sobre el uso de este instrumento (otras veces se lo designa como *urim* y *tummim*) se ha transmitido en la traducción griega de 1Sam 14,41, donde el texto hebreo ofrece una pequeña laguna: «Señor, Dios

de Israel, si somos culpables yo y mi hijo Jonatán, salga *urim*; si es culpable tu pueblo Israel, salga *tummim*». Es fácil imaginar un procedimiento parecido al nuestro de «cara» o «cruz». Pero es difícil concretar más. Gressmann los concibe como dos piedras o varitas que se diferenciaban por el color o por una inscripción equivalente a «sí» y «no». Sellin, como flechas marcadas, más tarde desprovistas de punta. Döller como dos piedras, con *alef* (inicial de *'urim*) y *tau* (inicial de *tummim*); o una sola piedra, con el *alef* por una cara y la *tau* por otra. García de la Fuente, como trozos de caña en los que podían escribirse diversos nombres para una consulta selectiva. Queda, en cualquier hipótesis, el problema de explicar cómo es posible que a veces no haya respuesta divina. ¿Porque no salía ningún dado o piedra? ¿Porque salían los dos? La cuestión se presta a muchas conjeturas inútiles. Lo que sí parece seguro es que, al menos en época posterior, debían de ser objetos pequeños, ya que el sacerdote los lleva colgados dentro del pectoral (Éx 28, 29-30 = Lev 8,8). También parece fuera de duda que se trataba de un procedimiento usado por los sacerdotes. En la bendición de Leví se considera una prerrogativa de ellos: «Para tus leales el *tummim* y el *urim*» (Dt 33,8.10). Incluso en 1Sam 14,41, donde no se menciona al sacerdote expresamente, podemos presuponer su presencia por lo que se dice al comienzo de la escena (14,36). Las tradiciones indican los casos tan diversos en que se podía usar este procedimiento: antes de emprender una batalla, para descubrir al culpable de alguna falta, para garantizar la legitimidad del linaje sacerdotal (Esd 2,63).

Finalmente, Saúl recurre a los profetas. No se nombra a ninguno en concreto. Para el autor, lo importante es subrayar el silencio de Dios ante la angustia del rey. Y éste elige un último recurso, prohibido expresamente por él mismo: la necromancia, o consulta de un muerto. Para ello es

preciso buscar a una nigromante, una mujer «dueña de un 'ôb». En cualquier hipótesis que se acepte sobre esta difícil palabra, la mujer tiene aparentemente la capacidad de evocar a cualquier difunto que le pidan, como lo demuestra su pregunta, «¿a quién quieres que te evoque?» (v. 11). El relato, tan minucioso en otros aspectos, silencia totalmente la técnica empleada por la mujer para evocar al muerto. Inmediatamente, sin más trámites, ve subir al espíritu ('*elohîm*). Sólo ella lo ve, Saúl debe confiar en su palabra, y una descripción tan vaga como la de «un anciano envuelto en un manto» basta para convencerlo de que se trata de Samuel. Con esto llegamos al punto culminante: cuando el hombre se siente olvidado de Dios, acude a un difunto «para que me digas lo que debo hacer» (v. 15).

Pero Samuel no le da consejo alguno. Se limita a anunciarle su muerte y su derrota, justificándola con el antiguo pecado de desobediencia cometido durante la campaña contra Amalec (1Sam 15). En las palabras del antiguo profeta, el futuro se hace pasado: «el Señor ha arrancado el reino de tus manos y se lo ha dado a otro, a David». Todo esto no carece de ironía: Saúl, al frente del ejército de Israel, ya no es su rey. Su rey es David, que el lector sitúa entre las filas enemigas.

Y la escena termina de forma irónica y trágica. El hombre que busca una palabra de ánimo y consuelo, sólo encuentra un poco de comprensión y cariño por parte de una mujer prohibida por la ley, desterrada por el mismo Saúl.

DAVID, EXCLUIDO DE LA BATALLA (1SAM 29)

¹ Los filisteos concentraron sus tropas en Afec. Israel estaba acampado junto a la fuente de Yezrael. ² Los príncipes filisteos desfilaron por batallones y compañías. David y los suyos iban en la retaguardia, con Aquís. ³ Los generales filisteos preguntaron:

—¿Qué hacen aquí esos hebreos?

Aquís les respondió:

—Ese es David, vasallo de Saúl, rey de Israel. Lleva conmigo cosa de uno o dos años, y desde que se pasó a mí hasta hoy no tengo nada que reprocharle.

⁴ Pero los generales filisteos le contestaron irritados:

—¡Despide a ese hombre! Que se vaya al pueblo que le asignaste. Que no baje al combate con nosotros, no se vuelva contra nosotros en plena batalla; porque el mejor regalo para reconciliarse con su señor serían las cabezas de nuestros soldados. ⁵ ¿No es ese David al que cantaban: «Saúl mató a mil, David a diez mil»?

⁶ Aquís llamó entonces a David y le dijo:

—¡Vive Dios, que eres honrado y no tengo queja de tu comportamiento en el ejército! No tengo nada que reprocharte desde que entraste en mi territorio hasta hoy, pero los príncipes no te ven con buenos ojos; ⁷ así que vuélvete en paz para no disgustarlos.

⁸ David replicó:

—Pero, ¿qué te he hecho? ¿En qué te he ofendido desde que me presenté a ti hasta hoy? ¿Por qué no puedo ir a luchar contra los enemigos del rey, mi señor?

⁹ Aquís le respondió:

—Ya sabes que te estimo como a un enviado de Dios; pero es que los generales filisteos han dicho que no salgas con ellos al combate. ¹⁰ Así que tú y los siervos de tu señor madrugáis, y cuando claree, os marcháis.

¹¹ David y su gente madrugaron y salieron temprano, de vuelta al país filisteo. Los filisteos subieron a Yezrael.

El comienzo del capítulo 28 nos presentaba al ejército filisteo acampado en Sunán. Era un dato importante para explicar el temor de Saúl y su consulta a la nigromante. Ahora, el autor da un salto atrás en el espacio (nos encon-

tramos en Afec, y sólo al final del episodio subirán los filisteos a Yezrael) y en el tiempo para responder a una pregunta decisiva: ¿está David con los filisteos? Su respuesta es rotunda: no. Y explica el motivo: la falta de confianza en él. Este dato tiene también su importancia política: es una forma clara de decirle al lector que los filisteos, a pesar de las protestas de Aquís, nunca vieron a David como un aliado de confianza. Puede extrañarnos la fuerza con que David defiende su fidelidad. Esto lo deja en mal lugar a nuestros ojos. Pero es el David astuto el que aparece de nuevo, guardándose las espaldas e intentando quedar bien ante Aquís. De todos modos, la idea principal que quiere defender el narrador es la que ofrece en la última frase: David vuelve a territorio filisteo, hacia el sur, mientras el ejército sube al norte, a Yezrael. Dos direcciones opuestas, que excluyen cualquier participación de David en la batalla que costará la vida a Saúl.

MUERTE DE SAÚL (1SAM 31)

¹Mientras tanto, los filisteos entraron en combate con Israel. Los israelitas huyeron ante ellos, y muchos cayeron muertos en el monte Gelboé. ²Los filisteos persiguieron de cerca a Saúl y sus hijos, e hirieron a Jonatán, Abinadab y Malquisúa, hijos de Saúl. ³Entonces cayó sobre Saúl el peso del combate; los arqueros le dieron alcance y lo hirieron gravemente. ⁴Saúl dijo a su escudero:

–Saca la espada y atraviésame, no vayan a llegar esos incircuncisos y abusen de mí.

Pero el escudero no quiso, porque le entró pánico. Entonces Saúl tomó la espada y se dejó caer sobre ella. ⁵Cuando el escudero vio que Saúl había muerto, también él se echó sobre su espada y murió con Saúl. ⁶Así murieron Saúl, tres hijos suyos, su escudero y los de su escolta, todos el mismo día.

⁷Cuando los israelitas de la otra parte del valle y los de Transjordania vieron que los israelitas huían y que Saúl y sus hijos habían muerto, huyeron, abandonando sus poblados. ⁸Los filisteos los ocuparon. Al día siguiente fueron a despojar los cadáveres, y encontraron a Saúl y sus tres hijos muertos en el monte Gelboé. ⁹Lo decapitaron, lo despojaron de sus armas y las enviaron por todo el territorio filisteo, llevando la buena noticia a sus ídolos y al pueblo. ¹⁰Colocaron las armas en el templo de Astarté y empalaron los cadáveres en la muralla de Betseán.

¹¹Los vecinos de Yabés de Galaad oyeron lo que los filisteos habían hecho con Saúl, ¹²y los más valientes caminaron toda la noche, quitaron de la muralla de Betseán el cadáver de Saúl y los de sus hijos y los llevaron a Yabés, donde los incineraron. ¹³Recogieron los huesos, los enterraron bajo el tamarindo de Yabés y celebraron un ayuno de siete días.

El relato, en sí mismo, no precisa comentario. Pero leyéndolo en el conjunto del libro, contiene abundantes referencias a episodios anteriores que pueden pasar desapercibidas.

Ante todo, el anuncio de Samuel se ha cumplido: «Mañana, tú y tus hijos estaréis conmigo, y al ejército de Israel lo entregará el Señor en poder de los filisteos» (28,19). Pero el lector recuerda también la antigua promesa de Dios a Samuel: «Mañana te enviaré un hombre de la región de Benjamín, para que lo unjas como jefe de mi pueblo y libre a mi pueblo de la dominación filisteo» (9,16). ¡Qué contraste tan profundo entre las esperanzas iniciales y el resultado final! Aparentemente, nada ha cambiado. Los filisteos, enemigos implacables desde el comienzo del libro, siguen destrozando al ejército de Israel. E igual que al comienzo se llevaron el arca como signo de victoria, ahora envían las armas de Saúl y de sus hijos por todo el territorio, lle-

vando la buena noticia a sus ídolos. Pero la situación ha empeorado. El arca infundió el pánico a los filisteos y destrozó a su ídolo, Dagón. Las armas de Saúl y de sus hijos no son tan poderosas. Quedan en el templo de Astarté, sin que la diosa se inmute por ello.

¡Qué contraste también entre los deseos formulados por el pueblo al pedir un rey y su actitud final! «Que nuestro rey nos gobierne y salga al frente de nosotros a luchar en la guerra» (8,20). Eran las ilusiones del comienzo. Ahora, en cuanto empieza la batalla, «los israelitas huyeron», dejando que el peso de la misma recaiga sobre Saúl, sus tres hijos y su escolta. Y quienes deseaban ser como los demás pueblos, se ven reducidos al grado mínimo de identidad nacional, «abandonando sus poblados» (v. 7).

Entre la escolta, un personaje adquiere el valor de símbolo: el escudero. A él dirige Saúl sus últimas palabras, pidiendo que lo mate. Pero el escudero, como David, siente pánico a matar a su señor. Prefiere morir con él. Lo irónico del caso es que este muchacho entró a ocupar el puesto dejado por David, al que Saúl nombró su escudero (16,21). Si no hubiese estallado la enemistad entre ellos, sería David quien estaría ahora junto al rey, recibiendo la orden de matarlo y abocado él mismo al suicidio. ¡Qué extraña es la vida! O mejor: ¡que extraños son los caminos del Señor!

El relato termina con una nota consoladora. Los vecinos de Yabés de Galaad, a los que Saúl había liberado (capítulo 11), arriesgan su vida para enterrarlo a él y sus hijos debidamente, celebrando luego un ayuno de siete días. Son los únicos en llorar a Saúl, el rey deseado y pedido por todo Israel.

Al cerrar el primer libro de Samuel, el lector advierte el tremendo contraste entre el comienzo y el final. Comienza hablando de una nueva vida, de una madre que lucha con

Dios por tener un hijo. Y termina hablando de muerte. Entre el nacimiento de Samuel y la muerte de Saúl está todo el arco de un importante período de la historia de Israel, tal como la han reconstruido el autor o los autores de este libro. Un arco que se tensa y dispara una flecha envenenada al lector, porque le hace caer en la cuenta de la futilidad de todo lo humano. Lágrimas y humillaciones, plegarias y votos, himnos de acción de gracias, peticiones al profeta y exhortaciones divinas, persecuciones y huidas..., todo termina bajo el signo inexorable del fracaso y de la muerte.

(Al lector de la Biblia no debe extrañarle esta trágica ironía de la existencia. Cuando Eva tuvo su primer hijo, exclamó entusiasmada: «He conseguido un hombre con la ayuda del Señor» (Gén 4,1). No podía imaginar que había conseguido al primer asesino de la historia.)

Sin embargo, el autor del libro de Samuel no es Qohelet. Comparte con él la relativización de todo lo humano. Pero no cree que Dios se limite a asignar una dura tarea a los hombres, hasta que les llegue el instante de la muerte. Ve a Dios más cerca. Y, sobre todo, tiene una mentalidad menos individualista, más histórica. Por encima del individuo que nace y muere está el pueblo en su conjunto y los planes de Dios. Y esos planes seguirán adelante, a través de David. Pero esta historia pertenece al segundo libro de David.